Editorial UNIMAGDALENA

CAF BANCO DE DESARROLLO DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

SANTA MARTA 500 AÑOS

El café y una historia de amor

El romance de una joven estadounidense en una hacienda de café



Mary Boardman Sheldon



El café y una historia de amor

El romance de una joven estadounidense en una hacienda de café

Título original: *Coffee and a love affair. An American girl's romance on a coffee plantation*

Mary Boardman Sheldon

Colección Santa Marta 500 años

Catalogación en la publicación – Biblioteca Germán Bula Meyer. Universidad del Magdalena

Sheldon, Mary Boarmand, autor.
El café y una historia de amor. El romance de una joven estadounidense en una hacienda de café / Mary Boarmand Sheldon ; traducción Padraic Michael Quinn y Claudia Patricia Vinueza Riveros ; editores Jorge Enrique Elías Caro, y Ricardo Adrián Tete Mieles .-- Primera edición. -- Santa Marta, Colombia : Editorial Unimagdalena, 2026.
Título original: Coffee and a love affair. An American girl's romance on a coffee plantation.
144 páginas : ilustraciones, fotografías ; 23 cm (Colección Santa Marta 500 años)

ISBN 978-628-7904-76-7 (impreso) -- 978-628-7904-77-4 (pdf) -- 978-628-7904-78-1 (epub)

1. Caficultura. 2. Haciendas cafeteras. 3. Producción agrícola. 4. Intercambio cultural. 5. Viajes y exploraciones. 6. Costumbres colombianas. 7. Relaciones interculturales. I. Elías Caro, Jorge Enrique, editor. II. Tete Mieles, Ricardo Adrián, editor III. Quinn, Padraic Michael, traductor. IV. Vinueza Riveros, Claudia Patricia, traductora. V. Universidad del Magdalena. Editorial Unimagdalena. VI. Título.

CDD: 813.52

Primera edición, agosto de 2026

2026 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena
Calle 29H3 n.º 22-01
Edificio de Innovación y Emprendimiento
(57 - 605) 4381000 Ext. 1888
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co
https://editorial.unimagdalena.edu.co/

Colección Santa Marta 500 años

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro
Coordinadora de Publicaciones y Fomento Editorial: Angélica María Cortés Martínez

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora
Diagramación: Jeynner Kevin Páez Vélez
Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro
Traducción: Padraic Michael Quinn y Claudia Patricia Vinueza Riveros
Corrección de estilo: Ricardo Adrián Tete Mieles

Santa Marta, Colombia, 2026

ISBN: 978-628-7904-76-7 (impreso)
ISBN: 978-628-7904-77-4 (pdf)
ISBN: 978-628-7904-78-1 (epub)

DOI: https://doi.org/10.21676/9786287904767.9786287904774

Impreso y hecho en Colombia - Printed and made in Colombia
Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S. - Xpress Kimpres (Bogotá)

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa así como su distribución, reproducción digital y puesta a disposición de la totalidad o parte del presente libro de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. No se autoriza la realización de versiones derivadas ni traducciones o adaptaciones. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



OPEN ACCESS

Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no comprometen al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni generan responsabilidad frente a terceros.



Colección Santa Marta 500 años

> Así como no se conoce el valor y belleza de la perla hasta que, abierta la concha que la ocultaba, se deja ver ella a todas luces hermosa; así la provincia de Santa Marta, por más rica, fecunda y preciosa que sea, permanece en nuestros días oculta, y quedará para siempre poco estimada por no conocida si no se rasgara el velo de la ignorancia que la encubre […].
>
> Antonio Julián: *La Perla de la América, provincia de Santa Marta.*

A través de esta colección, la Editorial Unimagdalena conmemora el quinto centenario de la fundación de Santa Marta dando testimonio de su exuberante naturaleza, rica historia y prolíficas manifestaciones culturales, para que las presentes y futuras generaciones conozcan, admiren y preserven la perla más hermosa del Caribe colombiano.

Querido(a) lector(a):

Como presidente ejecutivo del Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe (CAF), pero especialmente como samario, es un gusto presentar junto a la Universidad del Magdalena la primera reedición de una serie de libros esenciales e icónicos sobre la historia de la ciudad de Santa Marta, su tradición cultural y sus extraordinarios espacios. Con ocasión de los primeros 500 años de fundación de la ciudad, se nos abre una oportunidad inigualable para conectar con una maravillosa identidad histórica que se nutre de diversas vertientes.
Este hito presenta una oportunidad propicia para hacer de la literatura una hoja de ruta que nos reencuentre con nuestras raíces.
El reencuentro con la historia y la esencia supone un impulso valioso y necesario para proyectarnos hacia el futuro. Es esta la oportunidad para enviar un mensaje de optimismo a un mundo cruzado por crisis simultáneas, promoviendo visiones complementarias entre espacios geográficos, procesos históricos y visiones del mundo.
La promoción del desarrollo sostenible, la cultura y la generación de bienestar para cada vez más personas son caminos para proyectar hacia adelante todos los valores que nos unen.
Repasar los procesos históricos y las construcciones culturales que han dado forma a nuestra identidad contemporánea como ciudad, implica también repasar la forma en que hemos construido nuestra identidad como nación y región.
Se trata de un ejercicio valioso, necesario y constructivo en tiempos en los que el encuentro, la construcción colectiva y la promoción de consensos a partir de intereses comunes se plantean como los únicos caminos viables para superar los desafíos que nos plantea la historia.
Esta es una conmemoración de nuestras raíces y de las inmensas posibilidades que la historia abre ante nosotros. En buena hora esta reedición nos permite sumergirnos en la lectura del pasado para navegar con decisión hacia un futuro lleno de posibilidades.

Sergio Díaz-Granados
Presidente ejecutivo de CAF

Contenido

Prólogo

Amor y aventura en los cafetales de la Sierra Nevada de Santa Marta a principios del siglo XX 11

El café y una historia de amor

El Cafetal, Sierra Nevada de Santa Marta 21

Prólogo

Amor y aventura en los cafetales de la Sierra Nevada de Santa Marta a principios del siglo XX

Jorge Enrique Elías Caro[1]
Ricardo Adrián Tete Mieles[2]

El café y una historia de amor. El romance de una joven estadounidense en una hacienda de café es una novela que entrelaza una aventura personal con descripciones de la incipiente industria cafetera de

1. Profesor investigador de la Facultad de Ciencias Empresariales y Económicas y vicerrector de Investigación de la Universidad del Magdalena. Doctor en Ciencias Históricas y máster en Historia Contemporánea, mención Estudios Latinoamericanos, de la Universidad de La Habana (Cuba); magíster en Administración de Empresas de la Universidad del Norte; especialista en Derecho Público, con énfasis en Derecho Público Internacional, de la Universidad Autónoma de Colombia. Director del Grupo de Investigación Historia Empresarial y Desarrollo Regional. Ha publicado en libros y revistas científicas de Alemania, España, México, Cuba, Venezuela, Honduras, República Dominicana y Colombia. Actualmente, es presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y de la Asociación Colombiana y del Caribe (ACOLEC). Correo electrónico: jelias@unimagdalena.edu.co

2. Profesional en Lingüística y Literatura de la Universidad de Cartagena, magíster en Edición de Textos de la Universidad Diego Portales (Chile) y magíster en Industrias Editoriales de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona, España). Actualmente, labora como profesional especializado de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad del Magdalena. Ha participado como corrector de estilo y editor en varios proyectos de edición, entre ellos las colecciones «Tertulia Samaria. Historia de Santa Marta», de la Editorial CAJAMAG, y «Santa Marta: 500 años», de la Editorial Unimagdalena. Correo electrónico: rtete@unimagdalena.edu.co

principios del siglo XX en las plantaciones de Santa Marta. Gracias a ella, seremos testigos de la sociedad, las costumbres y la naturaleza del Caribe colombiano montañoso rural que narra la protagonista, Constance Parnell, una estadounidense que ha llegado a desempeñarse como institutriz en la hacienda de una familia de connacionales suyos, los Martin. Con un exuberante paisaje de cerros, ríos, bosques, haciendas y vestigios de los antiguos habitantes del territorio como escenario principal, Constance se sumerge en la vida cotidiana de una plantación de café y se dedica a plantar una huerta, en un viaje que la llevará a encontrarse consigo misma y con el amor de su vida. En definitiva, es una simbiosis de una historia de amor y la odisea de vivir un sistema montañoso complejo como la Sierra Nevada de Santa Marta.

Su autora, la estadounidense Mary Boardman Sheldon, teje una historia en la que la heroína, quien ha viajado sola, navega por las complejidades del amor y la ambición en un territorio desconocido y exuberante en cuanto a biodiversidad (flora y fauna). Es un mundo rural habitado por colonos extranjeros y gente variopinta tanto en lo étnico (población nativa) como en lo social. Durante esta aventura, surge una tensión amorosa entre Constance y dos hombres, un colombiano (don Roberto) y un estadounidense (Kent), quienes encarnan dos formas de interpretar la vida y de concebir el amor, y ante los cuales nuestra protagonista tendrá que decidir su futuro.

Al ser una obra publicada en 1908 e incluir detalles del contexto histórico, político y económico de Colombia a inicios de la centuria pasada, es una novela clásica. Fue publicada por primera vez por la editorial Frederick A. Stokes Company, con el título *Coffee and a Love Affair: An American Girl's Romance on a Coffee Plantation*. Se han publicado varias ediciones a cargo de HardPress (2012), FB&C Limited (2015 y 2017) y Creative Media Partners LLC (2019 y 2022). Sin embargo, la presente edición es la primera que traduce la obra al español, trabajo realizado por dos traductores del Centro de Plurilingüismo de la Universidad del Magdalena: Padraic Michel Quinn y Claudia Patricia Vinueza.

De la autora se conocen dos obras más. La primera fue publicada en 1898 y lleva por título *One Thousand Men for a Christmas Present* ('Mil hombres como regalo de Navidad'), editado por H. M. Caldwell Company. Es una historia que tiene como trasfondo el famoso cruce del río Delaware por parte del ejército de George Washington y la batalla de Trenton durante la Navidad de 1776, que condujo a la captura de cerca de mil prisioneros (de ahí el título). La otra obra es un cuento titulado «Missing» ('Desaparecido'), que fue publicado en 1900 en la revista *The Black Cat* (vol. 5, n.º 12). Narra la historia de la pareja Hiram y Mary Tibbles, quienes buscaron honrar el sacrificio de Jim Mullen, quien se ofreció a ir como soldado en la guerra de Secesión estadounidense en lugar de Hiram y fue dado por desaparecido después de la batalla de Gettysburg.

En cuanto a datos biográficos de la autora, sabemos que fue la institutriz de los hijos (Harry y Carmie) de la pareja conformada por los estadounidenses Orlando Lincoln Flye, de Ohio, y Eva Blanot, de Cincinnati. Su estancia en la hacienda cafetera, que lleva por nombre la ciudad de origen de Eva, fue por varios meses y se constituyó en la fuente de inspiración para escribir su relato amoroso. Esta finca cafetera se funda en 1898 y comienza con la siembra de las plantas con la variedad Typica (*Coffea arabica typica*). Tres años después, una vez finalizado el conflicto interno que la historiografía ha denominado la guerra de los Mil Días, inicia las exportaciones del grano.

Allí, la pareja y sus hijos echan raíces. La vivienda principal de la hacienda Cincinnati —llamada La Casa Grande— se construye en 1902. Fue en ese lugar donde la autora de la novela también residió y apoyó con la educación y crianza de Harry y Carmie Flye, pues sus padres querían que recibieran una formación de calidad.

No sobra decir que la hacienda La Victoria, de propiedad de los Bowden, familia inglesa, fue fundada en 1896. A ella llegó Orlando Flye a trabajar como ingeniero eléctrico para liderar el trabajo de infraestructura para poner en marcha el sistema hidráulico, contratado por el administrador de la propiedad, William S. Crane, en 1897.

Para ese mismo año, Orlando Flye fue contratado por la empresa Marshall & Co., compañía dueña de la también hacienda cafetera El Recuerdo, para hacer el mismo trabajo de infraestructura hidráulica y eléctrica que llevó a cabo en La Victoria. Estos trabajos le dieron los conocimientos y la experiencia suficientes para emprender sus propios proyectos de caficultura y, además, gracias a ellos obtuvo las primeras semillas para crear la hacienda Cincinnati.

Es en el auge del comercio cafetero, hacia 1907-1908, cuando Mary Boardman Sheldon llega a Cincinnati para ser la institutriz de los Flye. Allí tiene sus vivencias y forja sus percepciones de ese mundo rural y serrano, así como de la región Caribe y de Santa Marta, que le permitieron caracterizar ese ambiente económico de plantación y auge portuario de cafetales y otros efectos, así como del incremento del sector bananero. Igualmente, percibió la llegada de inmigrantes extranjeros para emprender proyectos agrícolas o pecuarios: ingleses, italianos y sirio-libaneses que hicieron diversas inversiones en sectores productivos diferentes y en el comercio. Para ese entonces, Santa Marta comenzaba a despuntar como uno de los centros mundiales de exportación del banano impulsado por la United Fruit Company y del cacao por los franceses, especialmente por la Compañía Agrícola.

De primera mano, observa el romance que tuvo Carmie, la hija mayor de la pareja, con el ornitólogo y entomólogo Melbourne Carriker, profesor que lideró una expedición científica de la Universidad de Indiana para investigar las aves de la Sierra Nevada de Santa Marta. Para 1912, esta pareja se casa, y desde 1916, ya teniendo hijos, montan otra hacienda cafetera que tuvo por nombre Vista Nieves, al sur de la hacienda Cincinnati, que por extensión y matas sembradas en su almácigo inicial llegó a contar con alrededor de 200.000 plantas como parte de su semillero.

Esta finca cafetera contó con el apoyo económico de Orlando Flye y fue de menor proporción productiva en comparación con Cincinnati, que contaba con 500.000 cafetos aproximadamente para 1925, y era una de las más grandes e importantes de la zona en cuanto

a producción. Cincinnati y las haciendas María Teresa y Manzanares, de los empresarios Pedro Manuel Dávila Pumarejo y José Ignacio Díaz Granados Capella, respectivamente, fueron decisivas en la conformación de la Federación Nacional de Cafeteros en su papel de empresas líderes agrícolas y comerciantes del grano en la Sierra Nevada de Santa Marta.

La historia de amor entre Meb Carriker y Carmie Flye en la plantación de las zonas rurales samarias y de sus hijos engendrados en los paisajes serranos ubicados entre la parte alta de la antigua hacienda Minca y El Campano tiene su fin en 1927, cuando la familia decide irse de Vista Nieves para vivir en los Estados Unidos con el fin de que los niños pudieran acceder al sistema educativo de ese país. Esto permitió que Vista Nieves y Cincinnati se fusionaran, lo que implicó que la productividad se incrementara considerablemente. De tajo, pasó a tener más de 700.000 plantas en 408 hectáreas cultivadas del grano.

Estas historias, el contacto con una cultura diferente y lo que el paisaje y la naturaleza ofrecían, en especial, las lluvias, el viento, las nubes y la biodiversidad existente, fueron un estímulo literario para Sheldon. Era el entorno ideal para escribir una obra de literatura de viajes porque reunía los elementos de exotismo y desconocimiento que resultan tan atractivos para los lectores del género.

Todo lo anterior hizo que esta novela fuera seleccionada por el Comité Editorial de Unimagdalena, no solo por el espíritu histórico que reviste su contexto —y más por la oportunidad que se tenía para reeditar obras con este sentido al conmemorarse los 500 años de la fundación hispánica de la ciudad—, sino por su importancia cultural y la forma de contribuir como acervo de conocimientos de las comunidades que allí habitaban durante esa época. Asimismo, se juzgó su conveniencia al ser una obra en dominio público y que nunca había sido traducida al español a pesar de que se desarrolla en Colombia.

Esta edición cubrirá un vacío en la enseñanza de una literatura basada en lo propio, en el entorno samario y su ruralidad en los albores del siglo XX, en un contexto complejo por la posguerra civil,

la separación de Panamá, la Hegemonía Conservadora y el establecimiento del capital extranjero en grandes proyectos agroindustriales.

Respecto a lo literario, cabe añadir la presencia del determinismo naturalista, una corriente filosófica hegemónica del siglo XIX que postulaba que el carácter de los individuos es producto del entorno, la clase social y la raza. Está impregnada de descripciones de la naturaleza salvaje y exótica, con las que se construye un discurso grandilocuente sobre la belleza del paisaje, señalando, a su vez, lo agreste e inaccesible del territorio. Asimismo, se mencionan aspectos culturales de los nativos de esas zonas serranas, que encarnan, para los personajes extranjeros de la novela, una forma de pensar más atrasada que la de la sociedad «gringa». Entre los mansos atardeceres y amaneceres se vislumbra una apología del heroísmo de los extranjeros que llegan a emprender en un medio ambiente con enormes riquezas, pero con la dificultad de encontrarse en un país poco desarrollado.

Así las cosas, la Editorial Unimagdalena, con auspicio del Banco de Desarrollo de América Latina y el Caribe (CAF), ofrece esta edición en nuestra lengua para que pueda ser leída y estudiada por historiadores, sociólogos, economistas, literatos y público en general para quienes el inglés haya constituido una dificultad para acceder a ella. Como editores de esta obra, agradecemos a ambas instituciones su esfuerzo por preservar estas narrativas y ponerlas en conocimiento del público hispano, con el fin de mantener vivo y vigente lo que allí se relata. Lo anterior cobra más valor si consideramos que lo cuenta una mujer, pues la mayoría de los diarios de viajes sobre nuestro país hasta esa época están narrados por hombres.

No nos cabe duda de que los lectores quedarán fascinados con la historia de Constance Parnell, una mujer audaz, sensible y que se expresa con libertad sobre política, historia, amor y colonización mientras se aventura en el exuberante entorno de la Sierra Nevada de Santa Marta.

A mi hermano

El café y una historia de amor

El Cafetal, Sierra Nevada de Santa Marta

14 de junio

Llevo dos semanas aquí. Estoy viva. Estoy bien, y me gusta. Aunque, ¡qué experiencia ha sido mi llegada hasta aquí! Si en algún momento de la vida me hubiera considerado un ángel, esta acción por mi parte me habría abierto los ojos a la realidad de que yo no debía ser nada más que una tonta. No cabe duda de que este es un caso en el cual hasta los ángeles habrían temido incursionar; mientras que yo, por mi parte, entré tan apurada como mi mula podía llevarme.

Estaba en Santa Marta esperando que llegara el barco bananero, con la idea de viajar en él y regresar a lo que los extranjeros aquí llaman «la tierra de Dios». Llevaba más de un año y medio en Colombia, ahí arriba en Bogotá. Me había bajado nuevamente a la costa con toda la intención de volver a la civilización en el primer barco de vapor. Supongo que cualquier persona cuerda habría hecho eso, pero, cuando se trata del asunto de viajes, reconozco que sinceramente no lo soy. Me pregunto si cualquier otra chica en el mundo alguna vez se negó a casarse con un hombre simplemente porque prefería irse para Europa. Hace dos años, en Nueva York, le dije a Kent Winthrop que elegiría irme para Europa antes que casarme con cualquier hombre del mundo. Me contestó que preferiría que me fuera para Europa en vez de casarme con cualquier otro hombre en el mundo diferente a él. Pero cuando cambié el énfasis y le dije que preferiría irme para Europa que casarme con *cualquier* hombre, me contestó —de manera bastante seca— que, si yo prefería irme a Europa antes que casarme con él, que bien podía. Escogí Europa. Allí conocí a los Caravallos, los acompañé a Bogotá, volví a la costa con la intención de regresar a casa, me enamoré del café y subí aquí,

a la Sierra Nevada. Como bien dice Kipling, ¡la «fiebre de ir» es más real que muchas de las enfermedades de los médicos!

El día que llegué a Santa Marta, conocí a uno de los cinco hombres estadounidenses del pueblo. El mero hecho de haber llegado —de estar allí— yo, una mujer sola, soltera y sin canas, en sí ya fue suficientemente singular para que fuera perfectamente razonable, casi inevitable, que esta quinta parte de la población estadounidense masculina me planteara la pregunta que él me hizo. Se me olvida cómo la planteó —con algunas palabras que expresaban un interés amigable entre un paisano y otro—, pero la esencia de la interrogante fue:

«¿Qué diablos está *usted* haciendo *aquí*?».

Le contesté que estaba haciendo precisamente nada; es decir, que no tenía una razón de negocios para estar allí. Había venido, le dije, por placer.

—¿Placer? —repitió de manera incrédula—. ¡Por Dios! ¡*Placer*!

Si yo hubiera estado allí por cualquier otro motivo, creo que este jarro de agua habría sido bastante frío, la verdad. Pero como yo realmente había venido simplemente porque se me antojaba hacerlo; y como sabía que, si así lo deseaba, podría irme en el siguiente barco bananero el próximo martes; y, además, y sobre todo, de veras la estaba pasando bien en ese momento, entonces las palabras del Señor Anson no me asustaron más de lo que asusta una tormenta en una obra de teatro. Ciertamente, la casa es bastante oscura, y tanto ruido y semejantes destellos de los relámpagos deberían de ser terroríficos, pero, la verdad, la estoy pasando maravillosamente bien y por nada del mundo me dejaría engañar por uno de los escalofríos de terror que recorren mi espalda.

Fue incluso en ese primer día, creo, cuando nació mi interés por el café. Sabía, por supuesto, antes de venir a Santa Marta, que esta era una región de café y que allí arriba, en la Sierra Nevada, había cafetales. Pero no sabía en qué consistía el ambiente de una región cafetera sino hasta estar inmersa en una. Lo que significa es café, café y más café. Tierras de café —del pasado, el presente y el futuro—, árboles de café, con y sin sombra; la recolección de café, el secado del café,

Pueblo indígena de la Sierra Nevada de Santa Marta.

los precios del café; hasta que uno sienta que devolverse a América del Norte sin haber experimentado lo que es un cafetal sería entregarse a un remordimiento largo y vano en lo que resta de la vida. Todo el mundo que conocí, casi sin excepción, estaba directamente involucrado con el café; o era dueño de una hacienda, o administraba una, o iba a vivir en una para aprender el negocio, o buscaba tierra en la cual pudiera crear una, o estaba creando una empresa para capitalizar una. De una u otra manera, seguro se trataba de café. Claro que está la United Fruit Company y esa no tiene que ver con el café, sino con los bananos, y tiene un gran poder en el territorio. Quizá otra persona que viaje a Santa Marta relacionaría todo con el banano, pero para mí, y desde el primer momento, ha sido el café.

Como decía, me encontré inmediatamente con este entusiasmo al llegar, y con todo parecía que no había forma de estar más cerca del café de lo que estaba en ese momento —estaba quizá a unos veinticuatro kilómetros de la hacienda más cercana—. No hay hoteles en las montañas —solo hay las casas de los hacendados y sus familias— y no tenía excusa alguna para entrometerme en alguno de ellos. Yo no era capitalista, ni prospectora, ni un hombre joven buscando una oportunidad para convertirme en hacendado. Solo era una mujer.. ¿Por qué el café debe interesarse en mí? Y, con todo, cuando se trata de las mujeres, querer es poder.

El domingo por la tarde, el cónsul de los Estados Unidos invitó a algunos de nosotros a ir a ver unas tumbas indias antiguas aproximadamente a cinco kilómetros a las afueras de Santa Marta, además de visitar la casa en la que murió Bolívar. El señor cónsul me llevó en su pequeña calesa de un solo caballo, mientras los demás iban en mula o caballo. Como de costumbre, la conversación fue en torno al café, y le dije que nunca en mi vida había deseado algo tanto como ir ahora a una hacienda y experimentar la vida allí.

—¿Iría usted como institutriz? —inquirió el señor cónsul sin pensar. Él no tenía idea de que yo hablaba en serio.

—¡Ir como institutriz! —Simplemente aproveché la oportunidad—. ¡Ir como institutriz, por supuesto! —Mi afirmación llegó con tal fuerza y rapidez que le tomó al señor cónsul por sorpresa.

—A usted no le gustaría para nada —me aseguró apresuradamente. Al parecer, sentía que, si yo fuera a ir, él sería de alguna manera responsable por mí y mi bienestar.

—¿No me gustaría? ¡Me encantaría! —le dije—. ¿*Por qué no* debería de gustarme?

—¿Usted vive en Nueva York? —preguntó.

—Sí, pero me gusta ir a sitios nuevos.

—¿Alguna vez usted ha estado durante cualquier duración de tiempo totalmente alejada de la civilización?

—He pasado un verano en las montañas Adirondack.

El señor cónsul se sonrió.

—¿Quiere decir en el bosque? —preguntó.

—No, no exactamente. Estuvimos al otro lado del lago de Prospect House. Solíamos cruzar para ir a los bailes y a jugar bolos en las mañanas.

—Exactamente. Ahora, si usted subiera al cafetal, simplemente se quedaría enterrada en vida. Los Martin son buena gente —de los mejores—, pero viven en una casa de barro de cuatro alcobas y con techo de paja. Por ventanas simplemente tienen huecos en las paredes sin vidrios. No hay puertas para las alcobas; solo tienen cortinas. La última vez que estuve allí arriba, la puerta principal no cerraba bien; la humedad la había deformado. En la temporada de lluvia, que ahora apenas empieza y que continuará hasta el próximo diciembre, se empapa todo durante dieciocho horas de las veinticuatro. La neblina que entra a la casa es tan densa que casi se puede enrollar en bolas de nieve. Cuando no llueve, uno puede salir, pero no hay adónde ir. La casa se ubica en la loma de una montaña empinada y no se puede subir, porque en las inmediaciones, en la parte de atrás de la casa, hay un bosque casi impenetrable. Si camina en sentido contrario, usted —bueno, si llegara a pisar mal y empezara a rodar— estaría nuevamente en Santa Marta antes de poder detenerse. Los

Martin son personas encantadoras, pero, como ya dije, para usted son perfectos desconocidos. ¿No se sentiría algo desolada estando sola con ellos? Los vecinos más cercanos se encuentran a unos cinco kilómetros de distancia, por lo menos.

Hizo una pausa.

«¡Por fin!», me dije. Porque, durante todo el tiempo que él había estado hablando, aunque lo había estado escuchando, yo seguía mi propio hilo de pensamientos.

—¿Cuántos niños hay? —quería saber.

—¡Niños! Oh, seis, pero uno de ellos está en Barranquilla, en el colegio.

—¿Los otros cinco tienen edad para recibir clases?

—No, solo tres de ellos. Mire, realmente no lo dice en serio, ¿verdad? Porque, hasta hace media hora, ni sabía de su existencia. ¿No lo va a pensar al menos?

—Señor cónsul —dije—, hace un año, en agosto, estaba en Suiza. Había ido a Europa con la idea de vivir como institutriz de alguna familia francesa o alemana para aprender francés o alemán mientras enseñaba inglés. En Suiza, conocí a los Caravallos, una familia de Bogotá. Nunca los había visto ni había escuchado de ellos antes, y ni hablar del lugar de donde eran; de hecho, sabía tan poco acerca de eso que, cuando uno de ellos me dijo que su hogar era Colombia, el único país que se me ocurrió fue la Columbia Británica[1]. Cuando él me explicó que era Colombia, en América del Sur, fui a mi cuarto y busqué en un atlas para saber si Colombia se ubicaba al norte o al sur de Río de Janeiro. Solo tres de los ocho Caravallos sabían una palabra de inglés y, hasta ese momento, no había ni siquiera oído hablar la lengua española. Cuando llevaba cuatro semanas con estas personas, me preguntaron si yo volvería con ellos a Bogotá como institutriz para una hija, una niña de quince años. Eran aproximadamente las cinco de la tarde cuando me hicieron la propuesta, y cuando fuimos a cenar ese mismo día, ya todo estaba arreglado. Al día

1. **N. del E.:** En realidad, la Columbia Británica no es un país, sino una provincia de Canadá.

siguiente fui a Ginebra y compré el pasaje en el mismo barco de vapor en que iban a viajar los Caravallos. Fui con ellos hasta Bogotá y me quedé con ellos durante un año y medio, y estaba tan lejos de arrepentirme que ahora estoy lista para…

—Hacerlo todo de nuevo en El Cafetal —interrumpió el señor cónsul.

—Sí —dije, de manera positiva—; para ir a El Cafetal si me reciben».

Por supuesto, también había que tomar en cuenta ese lado de la historia. Yo, siendo, como ya he explicado, no un ángel, sino lo otro, podía estar dispuesta a ir donde una familia desconocida, a una casa de barro en el bosque, a 32 kilómetros de Santa Marta, que queda a tres mil kilómetros de mi casa. Pero para esa gente, *yo* era la incógnita, no ellos, ¿y quién sabía si tendrían ganas de arriesgarse o no conmigo? Como dice Elizabeth de su institutriz, «temo que ella nos desprecia porque cree que somos extranjeros —nosotros, por nuestra parte, la consideramos una extranjera—, lo cual, por supuesto, vuelve todo bastante complicado».

Sin embargo, sobre este punto, el señor cónsul, como es su deber (si no, ¿por qué es el cónsul?), ofreció arbitrar, mediar o intervenir, o lo que sea que hagan los cónsules para sacar a sus paisanos de las dificultades (solo que, en este caso, es una paisana y se va a meter en dificultades, no a salir de ellas), y dijo que, la próxima vez que «bajara» el señor Martin, intentaría organizar este asunto para mí.

—Usted habla —le dije— como si el señor Martin fuera el ángel Gabriel a punto de descender del Paraíso. ¿Cómo hace para bajarse y para qué fin?

—Espere hasta que usted suba al cafetal y sabrá —fue la única respuesta que me dio. Ya he subido y, en efecto, entiendo todo lo que me explicaba.

El señor Martin llegó a Santa Marta un par de días después y, por supuesto, visitó el consulado. Mandaron por mí apresuradamente, me acomodaron en la sala y me presentaron a los demás como la joven mujer que quisiera irse a las montañas como institutriz. El señor Martin me examinó con cuidado y dijo que haría la consulta con su

esposa y me informaría de la respuesta. Tiempo después, la señora Martin me dijo que le preguntó a su esposo qué pinta yo tenía.

«¿Qué pinta tiene?», le contestó. «Oh, no sé. Considero que tiene una apariencia muy pulcra». Hasta tal punto puede comentar un hombre casado.

La señora Martin debió haber sentido que estar bien presentada era una cualidad deseable en una institutriz, porque tan solo unos días después recibí una nota de ella (que me bajó Juana porque les daba miedo enviar a un hombre, por si lo cogían para la revolución), en la cual escribió que estarían encantados de recibirme y que el señor Martin bajaría el lunes y que podría regresar con él. Agregó que estaban construyendo una casa nueva que tendría muchas alcobas y que estaría terminada en unos tres o cuatro meses. Mientras tanto, esperaba que no me importara dormir con los niños. Pensé en la respuesta del señor cónsul a mi pregunta sobre cuántos pequeños Martin había, y debo confesar que por un momento me falló el corazón. Luego recordé el café, y le envié una nota con Juana diciendo que yo y mi maleta estaríamos listas en la hora indicada. Hice las otras maletas, con varias libras de alcanfor contra las polillas, y luego pedí que llevaran todas mis cosas a la casa de la señora cónsul, quien gentilmente ofreció guardarlas hasta tal momento en el que pudiera «bajarme» para regresar a mi país. En estos días revolucionarios, los consulados extranjeros son, por supuesto, las casas más seguras contra el saqueo; en cualquier momento podría estallar el combate en Santa Marta. Metí en la maleta la ropa que se podía lavar; le puse lazos nuevos de muselina a mi gran sombrero para el sol, y quedé lista. En la dicha y en la adversidad, iba a pasar los próximos seis meses en la jungla.

Salimos de Santa Marta a las seis de la mañana. El señor Martin había bajado una mula para mí y otra para mi maleta, que se colgó de una silla, en un lado de la mula, y que se equilibró con el peso de la mercancía —el arroz, el aceite, la harina, todo lo que se subía a la hacienda— en el otro lado. Había otras mulas de carga también, que subían cargadas de artículos para la tienda (cada plantación tiene

su propia tienda donde los hombres y sus familias pueden comprar todo lo que necesitan), y dos arrieros arreaban a los animales delante de ellos. Son 34 kilómetros de Santa Marta hasta El Cafetal, y en esa distancia se suben unos 1.200 metros; por ende, el camino es empinado; no obstante, los nativos, no solo los hombres, sino las mujeres y niños también, suben y bajan a pie como si fuera nada. Los arrieros van la mayoría del camino de pie en un estilo de trote y no tienen ninguna dificultad en seguir el ritmo de las mulas, incluso en zonas planas.

Acababa de salir el sol cuando el señor Martin y yo nos fuimos del hotel, pero ya hacía mucho calor. Durante las dos primeras horas, hay que coger el camino que pasa por la planicie que se extiende desde Santa Marta y la bahía en una distancia de quizá unos 13 kilómetros. La temporada de lluvia en la costa se suben unos 1.200 metros, después de una temporada seca de unos cuatro o cinco meses, y la planicie estaba achicharrada. Esa parte del camino para subir es la menos atractiva. Sobre las ocho de la mañana empezamos a subir y de ahí en adelante fue un ascenso constante. Después de un rato, el aire se tornó más puro y fresco, y luego, pasando los 600 metros de altura, pudimos apreciar unas maravillosas vistas de Santa Marta; allí abajo, junto con su bahía, y más allá de ella, el mar Caribe, extendiéndose hasta el horizonte. Mientras subíamos, pasamos varias plantaciones. El Cafetal es la más lejana de Santa Marta, es decir, la más lejana en este valle. Existen otras plantaciones en el siguiente valle, y una de ellas, dicen, se encuentra a más altura que la de nosotros. Me empezó a caer bien el señor Martin durante el viaje de esa mañana y, antes de que terminara, me encontré pensando que ojalá la señora Martin fuera la mitad de simpática de lo que él era.

Después de que se había decidido que vendría hasta aquí arriba (la mayoría de la gente lo hubiera hecho antes, no después, supongo), le pregunté al señor cónsul:

—¿Qué tipo de hombre es el señor Martin?

—¿Qué tipo? —contestó el señor cónsul—. Él es administrador de una plantación de café.

—Por supuesto —le contesté, sorprendida—. Eso es lo que hace. Quiero decir, ¿cómo es él como persona?

—Es como el único tipo de hombre que puede ser un caficultor exitoso —insistió el señor cónsul.

—¿Quiere decir que sabe todo sobre el café?

—Nadie en el mundo sabe todo sobre el café. No obstante, el señor Martin sabe tanto como es posible, creo. Pero eso no es, de ninguna manera, todo lo necesario. Un regente de café debe saber administrar, lo cual es muy importante.

—¿Administrar la plantación?

—Administrar a los mozos, la mano de obra. ¿Usted sabe cuántos hombres hay allí, en El Cafetal?

—No. ¿Cuántos hay?

—Unos cien, más o menos, creería. La mayoría de ellos tienen familias y viven en ranchos con tejado de paja regados alrededor de la hacienda. Ahora bien, esos mozos necesitan un patrón que los entienda plenamente.

—¿Son difíciles de controlar?

—«Controlar» no es la palabra correcta; por lo menos, no lo es cuando se trata de un buen patrón. Él hace eso solo como último recurso.

—¿Qué hace primero?

—Oh, los manipula, los dirige, los guía, los conduce y los regula. Como dije, administra.

—¡Ah! —respondí pensativa. Mi inquietud, «¿qué tipo de hombre es el señor Martin?», estaba siendo contestada. Empezaba a entender cómo era.

—Pero los mozos —pregunté nuevamente—. ¿Ellos son…?

—«Medio salvajes y medio niños» —dijo el señor cónsul—. Eso lo expresa todo. Son igual de irresponsables y poco fiables que los niños, junto con las pasiones elementales e instintos de los salvajes. Es imposible tratar con ellos como si fueran seres razonables, aunque siempre existe la necesidad de concertar un plan de acción con y a través de ellos.

—¿Y el señor Martin sí hace esto?

—Ah, sí, lo hace. Usted lo verá. En primer lugar, todos ellos saben que no hay parte del trabajo que él mismo no sepa hacer, desde plantar el café hasta herrar las mulas.

Sobre las once y media, para volver a la mañana de mi viaje hasta aquí, mientras montábamos en un lugar donde el valle se abre y permite una vista amplia hacia la izquierda, el señor Martin señaló un punto blanco en el lado de una montaña que quedaba aproximadamente a dos kilómetros y medio de distancia.

—¿Ve eso? —me preguntó.

—Sí, lo veo —le dije—. ¿Qué es?

—Es el lugar adonde usted va a ir —contestó—. Es la casa del administrador de El Cafetal.

Entonces esa era la casa de tejado de paja de cuatro alcobas y paredes de barro con puertas y ventanas que daban pena de la cual el señor cónsul me había advertido. Esforcé la vista para verla mejor y, aunque pequeña y rara sí era, sobre todo ante los ojos de un estadounidense, tenía un aire de hogar y daba la sensación de ser acogedora. En ese momento pensé que de pronto era a causa de las rosas, pero ahora, después de una semana, sé que se debe a la señora de la casa, la Niña Eva.

Montamos arriba hasta el corredor, y en un instante parecía haber cuarenta o cincuenta niños corriendo para saludarnos, todos gritando en una sola voz: «¡Ahí viene la *teacher*!», «¡ahí viene la *teacher*!». De todos estos niños, solo quedaron tres que tenían la edad para correr y hablar, uno que podía correr y gritar y un bebé de dos meses en los brazos de su madre.

Miré a la señora Martin y la señora Martin me miró, luego me rodeó con sus brazos y me dijo algo de lo cual no tengo idea, pero sé que, desde ese momento, me sentí como en casa. Por supuesto, no sé cuál fue el resultado, en la mente de la señora Martin, en cuanto al escrutinio de su nueva institutriz, pero, en cuanto a mí y mi mente, estábamos perfectamente satisfechas.

Las características necesarias para ser la esposa de un colonizador son las mismas por el mundo entero, me imagino. Algunas mujeres

se adaptan a esta vida dura bien y felizmente, mientras otras refunfuñan y lo toman de la peor manera. Pero la vida está allí y debe ser vivida, y espero que, en caso de que me tocara vivirla, lo hiciera tal como lo hace la señora Martin.

Aunque tenemos seis sirvientas, todas son tan incompetentes que la señora Martin se encuentra ocupada desde la mañana hasta la noche. En primer lugar, confecciona toda la ropa suya y la de los niños, hornea el pan y hace la mantequilla cuando hay suficiente leche para batir. Aunque hay una mujer en la cocina que se ocupa únicamente de cocinar, la confección de todo lo dulce recae sobre la señora Martin —es decir, los dulces, las conservas, los postres, etcétera— y cualquier comida que requiera de inteligencia y un manejo cuidadoso. De vez en cuando hay una lavandera que conoce los rudimentos de almidonar la ropa, pero, por lo general, no hay nadie con este talento, razón por la cual la señora Martin debe encargarse de eso también. Además de todo esto, la Niña Eva cultiva todas las verduras que llegan a nuestra mesa; tiene una huertica muy bien cuidada, y se encarga ella misma de sembrar, deshierbar y recoger todo. No he comido nada tan rico desde que me fui de Nueva York. Toda la carne de res que comemos se sacrifica en el lugar (se hace la matanza los domingos por la mañana, a las cuatro de la mañana, con la intención de iniciar bien la semana) y, por primera vez en dieciocho meses, estoy disfrutando de asados jugosos, además de buenos filetes americanos. En Bogotá, cuando matan a un animal, lo siguiente que hacen es desangrarlo hasta que la carne se asemeja a aquella mencionada en el contrato de Shylock[2]; luego, la cocinan a fuego tan lento que un buen pedazo de cuero, por más tierno y jugoso que fuera, resultaría un lujo en comparación. Entonces la dejan enfriarse, la cortan en tiras y la sirven en platos fríos, y después, cuando uno la come con moderación, los colombianos gritan: «¡Ave María! ¡Qué raro que no le guste la carne!». En cuanto a las verduras frescas, deje que el nativo tenga

2. **N. del T.:** Hace referencia al libro *El mercader de Venecia* de William Shakespeare.

su arroz preparado con manteca, junto con plátano frito, y no le daría ni un «gracias» por todas las frutas y verduras del mercado de Nueva Jersey.

Escribo desde mi alcoba —no la mía y de los niños, sino toda mía—. Algunas personas sí cumplen con su palabra y la señora Martin supera con creces la suya.

Al llegar, hizo que me sintiera muy bienvenida, tal como he descrito. Luego me preguntó: «¿No entrará en su cuarto a quitarse el sombrero?».

La seguí, preguntándome si habría una cama solamente para mí o si debería dormir junto con los cinco niños. Pasamos por una habitación que parecía usarse como sala para recibir a invitados, porque tenía un escritorio y había libros y elementos para coser. Pero vi que debió ser, al mismo tiempo, el comedor, porque allí estaba la mesa del comedor, puesta para el desayuno. La señora Martin abrió la cortina (no hay puertas entre habitaciones, ¡lo que decía usted era verdad, señor cónsul!) y había otra habitación no tan grande, pero muy bien organizada, tal como soy yo. En un rincón había una cama, solamente una, que más bien era un catre de lona sencillo. Entonces, ¿los niños dormían en el piso? ¿O se dormían en la cama y me iba a tocar a mí dormir en el piso? ¿O todos los seis debíamos dormir en esa cama, donde cabía una sola persona?

«Este era el comedor —la voz de la señora Martin interrumpió mi asombro—, pero pensé que sería más agradable para usted tener su propia alcoba, entonces hemos llevado la mesa del comedor a la sala y organizamos esta habitación para usted».

Esa noche, mientras estaba quedándome dormida en el pequeño catre de lona, escuché unos crujidos extraños sobre mi cabeza. La casa no tiene cielo raso, solo están las vigas, techadas con hojas de palma que por dentro están totalmente secas. Este techo no se alinea muy bien con las paredes, de tal modo que por debajo de los aleros hay espacios por los cuales pasa el aire sin obstrucción.

«Ah», me dije soñolientamente, «la brisa está haciendo crujir las hojas de palma. ¡Vaya pensamiento tan lindo e interesante!».

Pero en medio de la noche me despertó un golpe seco, pero suave, en la parte exterior de mis cobijas, como si algún objeto pequeño, aunque no *tan* pequeño, hubiera caído a mi cama. Era como si un gatito hubiera saltado desde el piso, o caído desde el techo, pero no había visto a ningún gatito. Fue bastante curioso el suceso, pero ese día había estado despierta desde las cuatro de la mañana, había viajado 32 kilómetros en mula y estaba cansada y somnolienta; por lo tanto, no podía quedarme despierta para asombrarme de nada.

Hacia el amanecer, que es casi siempre alrededor de las seis en esta latitud, abrí los ojos, me acordé de dónde estaba y miré a mi alrededor. Nuevamente, escuché los crujidos sobre mi cabeza y miré hacia el techo. ¡Las hojas de palma se movían, pero no debido al viento! Simplemente, el techo estaba infestado de ratas, corriendo por las vigas, en el techado, en todas direcciones. ¡Esto había sido mi pensamiento lindo! Lo cierto es que sí era interesante, pero hay momentos en los cuales uno estaría dispuesto a estar desinteresado incluso hasta el punto del hastío.

Me vestí apresuradamente y salí. Mi pequeña alcoba tiene tres puertas —una que se comunica con la sala y dos más que salen al pasillo que rodea toda la casa—. El sol apenas salía, aunque no aparecería por encima de la montaña detrás de nosotros por unas dos horas todavía. Si esta vista que vi esa mañana, y que he visto todas las mañanas a partir de entonces, estuviera en Europa, el señor Cook y Cía. no darían abasto vendiendo pasajes a los turistas que acudirían en masa para verla. Me quedé de pie en nuestro corredor del frente y, contemplando toda la extensión del valle, vi a Santa Marta, a 32 kilómetros de distancia, reposando bajo esa luz de la madrugada, blanca y reluciente, como una ciudad en un sueño. Santa Marta tiene la situación más bella que pueda imaginarse —construida sobre su curva larga del mar Caribe, con la Sierra Nevada alzándose detrás de ella—. Cuando llegué a Colombia, aterricé primero en Barranquilla, pero quisiera volver a hacerlo navegando, pasando por el Morro hasta entrar a la bahía de Santa Marta, o muy temprano en la mañana o al atardecer.

A mi derecha, entonces, como decía, tenía la vista larga del valle, con Santa Marta reposándose al pie y, más allá de ella, el mar. A la izquierda había cordillera tras cordillera de montañas. Detrás de la casa, había montañas y bosques; en frente y a una distancia muy lejana, estaba el río Magdalena, y a una distancia más cercana, se encontraba la ciénaga que cruzamos cuando vine desde Barranquilla. Recuerdo que, a las cinco de la mañana en el último día de aquel viaje de Barranquilla, otro pasajero se acercó a la ventana de la pequeña cabina donde nosotras las mujeres habíamos dormido y me llamó para que subiera a la cubierta. «Salga, por favor», dijo él, «la vista es hermosa: la Sierra Nevada toda rosada; ¡se ven la luna y tres estrellas de la Cruz del Sur!». Salí apurada, y me encontré con que apenas empezaba a clarear, que el sol casi había salido, mientras la luna aún no se había puesto, y que, de las estrellas, solamente aquellas tres grandes de la Cruz permanecían en el cielo. No tenía idea alguna en ese momento de que un día cercano estaría viviendo en esas montañas de la Sierra Nevada que se veían tan hermosas en el alba de un día tropical.

A estas alturas me estoy familiarizando bastante bien con la plantación y su estilo de vida. En cuanto a la casa, es exactamente lo que me había dicho el señor cónsul, y hasta más, ya que no mencionó las ratas. Hay cuatro habitaciones. Una de ellas es de los señores Martin, la bebé Dollie y el niño de dos años, Willie. En otra están la niña mayor, Carmelita, de nueve años; Alva, de siete años, y Clara, de cinco años. Estas tres son mis estudiantes. La tercera habitación es la sala-comedor, y la cuarta es la mía. Al igual que en todos los establecimientos en el sur, la cocina, la despensa y los cuartos de las sirvientas están separados.

Ciertamente, estamos posados en el lado de una montaña empinada; a diario es un milagro que no terminemos rodando hacia abajo. Salimos, como decimos, a «dar una vuelta», pero realmente lo que hacemos es caernos unos 122 metros y luego volver a subirnos. Esto lo hacemos casi todos los días para visitar «la casa nueva» y observar el proceso de su construcción. Todo el interés de El Cafetal se centra en esa casa nueva (hasta el café está más o menos en

el segundo plano) y será el día más importante de nuestras vidas cuando se termine y podamos mudarnos allá.

Todos nos levantamos a las seis de la mañana, y a las seis y media desayunamos con café, dulces y pan con mantequilla. Al llegar las siete y media, ya he empezado a enseñar, y las clases van hasta mediodía. Luego, el señor Martin y su supervisor, don Pepe —un hombre medio italiano y medio colombiano—, llegan de hacer su trabajo y todos «desayunamos». En la tarde, mis estudiantes y yo subimos o bajamos hasta que nos coja la lluvia, y luego partimos unas hojas gigantescas de plátano y las usamos para protegernos de la lluvia y nos apresuramos de vuelta a la casa. Llego sin aliento y más o menos mojada, porque no sé muy bien usar mi hoja de plátano, pero, en cambio, los niños llegan perfectamente tranquilos, secos y despreocupados. Nos estamos haciendo muy buenos amigos, los niños y yo.

Siento que el señor cónsul exageró lo que era la temporada de lluvia, aunque, por cierto, es temprano todavía y de ninguna manera he vivido lo peor de una. Las mañanas son radiantes, con un sol brillante —un sol tropical— y cielos azules. Alrededor de la hora del «desayuno», que es, recuerda, sobre las doce del mediodía, empiezan a juntarse las nubes y la neblina empieza a subir por el valle hasta tal punto que no podemos ver el rancho más cercano, que se encuentra a tiro de piedra. Luego, la lluvia cae fuertemente durante varias horas; pero, para las cinco de la tarde, o por ahí, sale de nuevo el sol y los atardeceres son simplemente hermosos.

A las cinco de la tarde se les da la señal a los hombres para que dejen de trabajar. Por lo general, uno de los niños golpea con una piedra la hoja de una azada vieja que está colgada de un árbol y el sonido reverbera como un gong chino, y se puede escuchar a una distancia lejana. Entonces el señor Martin y don Pepe regresan a casa (de hecho, don Pepe duerme en la tienda) y cenamos sobre las seis. Al ponerse el sol, el aire se vuelve más frío, y ya que tiende a empezar a llover en la tarde y puede durar toda la noche, en la casa hay mucha humedad, aunque no he podido moldear la neblina en bolas aún. Tenemos una chimenea en la sala, y aunque humea de

manera espantosa, el arder del fuego nos complace y nos hace sentir cómodos. El señor Martin dice que la chimenea de la nueva casa no va a humear. *¡Ojalá!,* como dicen los nativos, lo que, cuando se traduce de manera libre, significa '¡vaya, espero que así sea!'.

Los que se levantan a las seis de la mañana suelen acostarse a las nueve de la noche, y así lo hacemos. Directamente después de la cena, se acuesta a los niños. Nosotros, los adultos, hablamos un rato sobre la casa nueva y todo lo que pretendemos hacer en ella, y luego también nos ponemos debajo de las cobijas, con dos o tres cada uno, porque en las noches hace frío.

16 de junio

Tuvimos visita ayer. Aunque vivimos en el bosque, sí nos llegan visitas. Esta vez fue un inglés, un vecino nuestro. No exactamente un vecino de al lado, sino uno de una hacienda a no más de 13 o 16 kilómetros de distancia. Él subió en su mula, se bajó en el corredor y la señora Martin me lo presentó.

—¡Ah! —dijo cuando se le informó que soy estadounidense—. Ah, nunca he visitado los Estados Unidos, pero tengo un amigo que fue allá el año pasado.

—¿De verdad? —dije. De alguna manera, no me gustó su tono.

—Así es. Es un par del reino, ¿sabe? Pero… eh… no es rico. Él fue allá… eh… había escuchado tanto de las mujeres estadounidenses, ¿sabe?

—¿Sí? —le contesté de manera educada—. ¿Y bien?

—¡Por Jove![3] Volvió y me dijo que todas las chicas simpáticas que había conocido eran pobres. Mala suerte, ¿verdad?

—Pero ¿por qué? —le pregunté aún siendo educada, como Mulvaney[4].

3. **N. del E.:** Jove es otro nombre para Júpiter, el dios principal de los romanos.
4. **N. del T.:** Hace referencia a Terence Mulvaney, personaje de una serie de cuentos de Rudyard Kipling.

—Pues porque no podía casarse con ellas, ¿sabe? Él fue allá con el propósito de…

—¿Casarse con una heredera?

—Por supuesto. Ya sabe cómo usted…, cómo las mujeres estadounidenses que se impresionan con un título nobiliario. Se casó con una que tenía 200.000 libras por derecho propio y tendría más al morir su padre.

—Pero yo pensé que él le dijo…

—… que todas las chicas simpáticas eran pobres. Así me lo dijo. Por eso digo que tuvo mala suerte, porque la mujer con quien se casó era terriblemente vulgar —o debió de serlo, ¿sabe?, porque si no, no se hubiera casado con él por su título—.

Esto ya era demasiado. Vi a la señora Martin apretando los labios. El inglés era invitado suyo, no mío.

—Debió de ser vulgar, porque se casó con un hombre por su título —repetí.

—Pues, si eso es vulgaridad, ¿qué palabras usará para describir el carácter de un hombre que a propósito cruza el mar con la intención de buscar a una mujer con suficiente dinero para mantenerlo, y que, después de haberla encontrado y casarse con ella, regresa a casa y dice que todas las chicas simpáticas que conoció eran pobres?

En este momento miré a la señora Martin y vi que me estaba animando con sus ojos, entonces seguí.

—Sin duda es vulgar, además de erróneo, casarse por cualquier motivo que no sea el amor. No obstante, a mí me parece que, de las dos ambiciones, la de la chica que desea un título y todo lo que implica —nacimiento, familia, posición y, supuestamente, cultura y crianza— es mucho más fina y menos vulgar que la ambición del hombre cuya avaricia es simplemente por el dinero, nada más ni nada menos.

El señor inglés me miró bastante impresionado. Dijo: «¡Por Jove!» y agregó que nunca lo había pensado de esa forma antes. Cuando un inglés es amable, es ciertamente bastante amable, pero cuando es grosero, es tan horroroso que hace que el estadounidense promedio sienta vergüenza de sus antepasados.

Esperábamos otro huésped desde hace unos días, pero justo cuando iba a partir de Santa Marta, el Gobierno exigió su caballo para que lo prestara a algún oficial, y ahora debe esperar con cualquier paciencia que le quede a que le devuelvan el animal. Aquí arriba parece que estamos bastante lejos de la guerra, pero allí sigue, sin señales de que vaya a acabar. Hoy un mozo nos trajo noticias de unos cuatrocientos liberales en Bonda y la consecuente alarma y agitación en Santa Marta, que queda tan solo a unos ocho kilómetros. ¡Me alegra que mis maletas estén en el consulado! El Gobierno está agarrando a cuanto hombre puede echarle mano, de tal modo que no es seguro enviar a los arrieros allí abajo. Ya se han llevado a uno de nuestros mozos. Hace un par de tardes, un grupo pequeño de hombres armados subió por el valle desde Santa Marta, cogiendo a todo hombre y mula que pudiera. Se llevaron a dieciséis mulas y algunos hombres de nuestro vecino más cercano, de una plantación inglesa, a unos cinco kilómetros debajo de nosotros. Un mozo que logró escaparse subió y nos dio la alarma; entonces nuestros hombres huyeron a la montaña para pasar la noche en el bosque. Escondieron todas nuestras mulas de tal forma que, cuando llegó aquí la comisión, desde nuestro punto de vista, no existía ni mula ni mozo en el mundo. El señor Martin asegura que tiene provisiones suficientes aquí en la finca para aguantar tres meses en caso de que no se pueda mantener la comunicación de ninguna manera con la costa. Creo que mi pensamiento principal en un evento de esta naturaleza sería el correo. El barco bananero viene a Santa Marta cada catorce días, por lo cual el tiempo se divide en semana de correos y semana de no correos. No obstante, siempre será seguro que el mismo señor Martin baje, porque el Gobierno difícilmente puede reclutar a un ciudadano estadounidense, y en este caso él podría servir como nuestro cartero. Recibí un paquete de cartas hoy, de las cuales más de la mitad son de personas que esperaban verme llegar a casa en el barco de vapor que llegó hace seis semanas. El correo se envió a mi dirección en Nueva York y luego me lo reenviaron aquí. En su mayoría fueron invitaciones a «almorzar el martes», «a

cenar el jueves», «a pasar el domingo», y demás. Mientras leía, sentía una sensación rara de estar casi en casa y, al mismo tiempo, de estar muy, muy lejos.

Una carta, la de Edith, explica que Kent Winthrop se ha ido a algún lado, pero nadie sabe ni a dónde ni para qué. No he recibido ni una palabra de él desde la nota que me envió al barco de vapor el día que partí para Liverpool.

«Adiós», dijo él entonces. «Si alguna vez siente que ya ha tenido de Europa todo lo que quería, sabe que siempre podrá volver a Nueva York».

Siempre he guardado esa última nota. De vez en cuando pienso en sus últimas palabras y me dan una sensación en mi corazón de calidez y consuelo: «Sabe que siempre podrá volver a Nueva York».

Ahora, parece que el mismo Kent se ha ido de Nueva York. Me pregunto por qué.

20 de junio

La próxima vez que me encuentre con un ángel, le voy a decir lo siguiente:

«Ángel, esa política tuya de temer donde otros se atreven es un error absoluto y total».

«¿Por qué?», me reclamará ella con aspereza, porque hasta los ángeles (de hecho, en especial los ángeles) odian que se les diga que están equivocados. «¿Por qué?».

«Porque», contestaré con firmeza, «porque es una política que, mientras permitas que determine todo lo que vas a hacer, impedirá que hagas esas cosas que quisieras hacer al hacerte creer que algún día desearás no haberlas hecho».

Y luego, para convencerla de que tal creencia no es corroborada por la experiencia, le relataré la historia verdadera sobre mi afán de llegar.

Tuve un sueño rarísimo anoche. Pensé que el padre de algunos conocidos míos en Nueva York había muerto y que yo, tan pronto

me enteré de la pérdida, había pasado por la casa y dejado mi tarjeta. Había escrito una sola palabra en la tarjeta antes de entregarla, y mi intención era que dicha palabra fuera «pésame». Sin embargo, para mi horror, al cerrar la puerta de la casa y encontrarme en el andén, supe con absoluta certeza que lo que realmente había escrito no fue «pésame», sino «felicitaciones».

Algunas personas, creo, interpretarían ese sueño como una advertencia de que, si se quedaran en lugares no civilizados durante demasiado tiempo, no sabrían cómo comportarse cuando volvieran a las tierras iluminadas. Por mi parte, pienso que, si tiene algún significado en lo más mínimo, sería el de señalar las cosas más ridículas y sin sentido que hace la gente cuando se mueve en la sociedad metropolitana.

Ahora «nosotros» —a modo de contraste— «nosotros» hemos estado plantando cafetos, precisamente 22.000 de ellos, durante los últimos cuatro días.

La época de siembra del café en la finca no es una temporada para tomarse a la ligera, ni para vivirse sin andar con pies de plomo y reflexionar seriamente sobre el mañana. Se planea y organiza todo con días de antelación, teniendo en cuenta todas las posibles circunstancias (pero, sobre todo, el clima) y, en la medida de lo posible, buscando que todo resulte propicio. Ya vamos muy avanzados en la temporada de lluvia, pero cada año, más o menos en esta época, ocurre lo que llaman los nativos «el verano de San Juan», con lo cual quieren indicar un periodo de una semana a diez días durante el cual, si cae algo de lluvia, es muy mínimo. Sembrar café durante el verano de San Juan sería un sinsentido, porque si no se empapan los árboles durante las primeras veinte horas después de trasplantarlos, lo más probable es que mueran, o si alcanzan a sobrevivir, nunca prosperarán. El problema es que hasta los administradores más experimentados no pueden estar seguros de cuándo llegará el verano de San Juan, ya que, si ocurriera en una fecha fija, no sería una temporada de lluvia colombiana. Puede que haya caído lluvia cada día durante semanas,



Mujer en mula hacia la Sierra Nevada de Santa Marta.

con todavía mucho tiempo antes de esperar el verano, y el administrador decide que la hora de sembrar ha llegado. Él siembra miles de cafetos, cuando, ¡vaya!, una sequía de diez días y todo se ha hecho en vano.

Estos pequeños árboles que el señor Martin y los mozos han estado sembrando durante los últimos cuatro días son los más aptos de miles y miles que nacieron de semillas sembradas en viveros hace un año. Solo los más fuertes y mejores se llevan. Se colocan las raíces con mucha cautela en huecos muy bien preparados y luego se rellenan los huecos cuidadosamente, de tal forma que ninguna raicilla se rompa ni se perjudique. Cuando uno contempla que los futuros cultivos de café dependen del crecimiento y vigor de estos árboles, y que el éxito o no de El Cafetal depende de los cultivos del futuro, uno entiende por qué se toma tan en serio la época de siembra.

Durante estos días, el señor Martin se levanta a las cuatro de la mañana (al igual que la señora Martin). Toma su café a la luz de una lámpara y sale con sus hombres mucho antes de la alborada. Al llegar la luz del día, se encuentran en el claro, donde ya se han cavado más de veinte mil huecos. Algunos de los hombres cargan en sus espaldas grandes cantidades de cafetos jóvenes de los viveros hasta el claro, donde otros los reciben y los colocan en los huecos, tal como lo he dicho. Durante todo el día, el señor Martin observa celosamente, por temor de que una sola raíz de un cafeto sea maltratada. Se le manda su desayuno porque está demasiado lejos de la casa para volver a mediodía. Durante la mañana el sol pega fuerte, incluso a esta altura, y luego, desde la una hasta las cuatro, la lluvia, tan fría como el sol caliente, cae a cántaros (¡Ojalá! Porque si no, puede ser que esta siembra tenga que volverse a hacer). Hacia las cinco de la tarde, el señor Martin llega a casa cansado, hambriento y empapado, pero si está empapado, entonces está feliz, porque la misma lluvia que le ha caído a chorros por la nuca también ha caído sobre la tierra y, por ende, ha empapado las raíces de los pequeños cafetos de tal modo que, de aquí a tres años, comenzarán a dar fruta; esperemos que al ciento por uno.

24 de junio, domingo

La iglesia más cercana se encuentra en Santa Marta, a veinte millas de aquí. La iglesia protestante más cercana, que yo sepa, se encuentra en Barranquilla. Nosotros, los cafetaleros, no vamos a la iglesia, pero «la naturaleza llega, a veces, y dice: "¡Yo soy la embajadora de Dios!"». Ir a la iglesia no hace un domingo. He tenido verdaderos días de *sabbat* sin iglesia y, en Bogotá, mucha iglesia sin *sabbat*.

Aquí en las montañas nos acostamos los sábados con un sentido bendecido de sueño ilimitado que nos espera. A decir la verdad, no dormimos hasta muy tarde, pero dormimos todo lo que nos place; ni príncipes ni potentados podrían pedir más. El desayuno se toma con parsimonia, en una atmósfera de descanso amplia y sin afán; luego, provistos de salud y de todo un día por delante, nos disponemos a dejar en ridículo la pompa de los emperadores[5].

Esta mañana nos pusimos en marcha sobre la plantación. La señora Martin y yo montamos mulas, ya que el camino es largo y empinado, pero el señor Martin y los niños Carmie, Alva y Clara caminaban firmemente. Avanzamos y avanzamos, con lentitud y alegría, porque «el mundo está tan lleno de tantas cosas»[6], hasta que por fin llegamos a lo que es, sin duda, el lugar de un antiguo pueblo indio. Hay un gran espacio abierto y plano donde antes había viviendas, que es bastante evidente debido a la cantidad de cerámica rota esparcida: había restos de cuencos, utensilios de cocina y tinajas para el agua. En el centro del área hay una enorme piedra plana, de forma circular, que está medio enterrada, de tal forma que solo se puede ver la superficie superior, mientras a su alrededor hay más

5. **N. del T.:** «Salud y un día» es una alusión a la cita famosa de Ralph Waldo Emerson: «Dadme salud y un día, y haré ver la pompa de los emperadores ridícula» (*Give me health and a day, and I will make the pomp of emperors ridiculous*).

6. **N. del E.:** Es una cita de un verso del poema «Happy Thought», de Robert Louis Stevenson: «The world is so full of a number of things / I'm sure we should all be as happy as kings» (*El mundo está tan lleno de tantas cosas / Estoy seguro de que todos deberíamos ser tan felices como reyes*).

piedras planas, colocadas en forma de un círculo alrededor de la piedra grande. Nos atormenta a la señora Martin y a mí este gran deseo de saber de qué se trata y qué hay enterrado dentro de este círculo. Debe haber algo porque esas lajas no fueron colocadas allí para nada; debió haber sido con algún propósito serio que los viejos indios cortaron y moldearon las piedras y con tanto esfuerzo las colocaron como están ahora.

Si el señor Martin tiene algún interés en el asunto, no lo quiere admitir. Le rogamos que, por lo menos, haga levantar la gran piedra central, pero él nos señala que, para hacerlo, requeriría el tiempo y el esfuerzo de muchos mozos, y parece que él cree que el tiempo y el esfuerzo de los mozos se emplean mejor en sembrar cafetos.

Esta tarde, después de haber regresado de nuestro paseo, haber desayunado tarde y estar sentados en el corredor, hablé con don Pepe acerca de mi interés en los indios y los días de antaño. Él ha viajado por toda la región en mula y a pie, a leguas y leguas de nuestro valle, y ha vivido durante semanas enteras con las tribus indias muy metidas en el interior, tribus que apenas conocen al hombre blanco o que ni siquiera saben de su existencia. Una vez, dice, conoció a un indio que le dijo que tenía ciento diez años, y don Pepe asegura que su apariencia parecía confirmarlo. Este anciano piel roja había oído de su abuelo los relatos extraños sobre los días cuando los sacerdotes españoles venían a la región por primera vez, y si la mitad de las cosas que le contó a don Pepe eran ciertas, aquellos «padres» debieron haber sido un grupo bien «precioso». Me entusiasmé tanto al oír de esto que un asistente nuestro llegó incluso a bajar a la tienda y volver a subir, trayendo consigo un documento escrito en español, con una caligrafía latina fina y menuda. Me lo entregó y esta es la traducción de lo que leí:

«Relatado por Teti Flórez Izquierdo, un indio de ciento diez años, en relación con la llegada de los padres capuchinos, o sacerdotes, a las montañas de la Sierra Nevada. Aquellos que, vestidos de rojo, llevan barbas largas y una tonsura en la cabeza, verdaderamente son capuchinos». (El capuchino es un mono suramericano cuyo pelo de

la cabeza se dispone como una capucha). «Son idénticos a aquellos que, hace cientos de años antes (mi bisabuelo, Nastuyama, y mi abuelo, Nasarumaka, me lo relataron y así lo relato hoy), tenían, además de aquellos signos, rosarios colgados en sus cinturas, junto con una cuerda con nudos, y en sus pies llevaban sandalias. Por consiguiente, siempre son iguales y quizá con las mismas ideas. De pronto, en tal caso, perseguirán nuevamente a los indios y los obligarán a cambiar de religión. De nuevo querrán atraparnos con ronzales sobre nuestros cuellos y forzarnos a vivir en pueblos. Querrán, tal como querían en aquel entonces, obligarnos a llevarles ovejas, pescado, aves salvajes, huevos, papas, cebollas y todo lo demás que quisieran exigirnos. Si hay algún indio que, por desgracia, decida no cumplir con sus exigencias, nos atarán de pies y manos, y así nos obligarán a acercarnos al fuego, quemándonos la planta del pie hasta que accedamos a darles lo que requieren. Si por razón del tiempo de nuestra libertad hay algún indio fuerte que pueda aguantar esos tormentos, no estarán contentos, sino que llamarán a los otros indios cobardes, porque son indolentes, y los harán cortar más leña, cantidades de leña suficientes para una pila tan alta como nuestras casas. Frente a la iglesia amarrarán un poste y atarán a cualquiera que hubiese tenido la fuerza para resistir. Luego, a su alrededor, colocarán toda la leña que se cortó, y cuando les parezca suficiente, uno de ellos prenderá fuego a la leña mientras otro, con una cruz en la mano, dirá que tiene una enfermedad enviada por Dios en el cuerpo y que este indio se quema para que los demás indios no se contagien esta enfermedad. Cuando el pobre indio empieza a llorar y gritar, entonces todos los sacerdotes empiezan a cantar y siguen cantando hasta que no quede nada ni del indio ni del poste ni de la leña —no queda nada más que unas cenizas—. Tal como nosotros castigamos a los niños, nos darán látigos en la plaza pública, nos cortarán nuestras orejas, nuestras narices, nuestros dedos del pie y de la mano. Robarán a nuestros hijos con la intención de convertirlos y nuestras mujeres sufrirán los mismos castigos que nosotros. Sepa, por lo tanto, que ni uno de nosotros debe apreciar a estos barbicanos. Lo mejor

que podría pasar es que se mueran de hambre o que se larguen. Ningún indio se permitiría venderles comida ni darles agua; el que se prestara a hacer eso se consideraría él mismo enemigo de su raza y el buen Dios lo castigaría en su tiempo. Empezarán como ovejas y terminarán siendo tigres. Comenzarán regalándonos medallas que no tienen valor alguno, además de figuras impresas en papel, y luego, poquito a poco, recolectarán todo lo que nos han dado y terminarán por consumir todo lo que tenemos. Nadie tiene permitido acercarse al lugar donde ellos viven, para que puedan administrarlo ellos mismos. En cuanto a su comida y bebidas, hay agua en el río y la tierra nos da comida; el que quiera puede sembrar y comer. De nosotros no tendrán ni una brizna de pasto. Que así sea».

Esta representa una lectura pintoresca, pero debió haber sido cosa seria vivirla, me parece a mí. En cuanto a los sacerdotes y su canto mientras se quemaba el pobre indio, me hace pensar con escalofríos en una mañana en Santa Marta antes de subir aquí. Estaba visitando a la señora Anson, quien vive cerca del cuartel, cuando, de repente, hubo un gran toque de trompetas, y luego, una música estruendosa y vibrante de la banda militar. Si hubiera sido en Bogotá, habría pensado que los liberales habían obtenido una victoria, porque el Gobierno siempre quemaba fuegos artificiales de consolación y hacía un gran despliegue de música y desfiles cada vez que resultaba derrotado. Pero en Santa Marta quedé perpleja. La señora Anson escuchaba atentamente, luego:

—¿Usted sabe lo que significa eso? —me preguntó con una expresión rara en su cara, como un poco asustada, pero con bastante indignación.

—No —contesté—. ¿Qué?

—Están azotando a algunos soldados allí —señalaba al cuartel— y la música se usa para silenciar sus gritos. Cuando se toca *esa* canción, ¡entendemos lo que sucede!

Los domingos por la noche, la señora Martin suele contarles historias de la Biblia a los niños en su cuarto. Esta noche, por algún

motivo, Alva decidió quedarse en la sala conmigo. Cuando llegué por primera vez, los niños solo hablaban en español, aunque entienden el inglés cuando lo escuchan. He estado intentando animarlos a usar su lengua materna, y el resultado es que en sus conversaciones conmigo, la mezcla de lenguas resulta a veces muy chistosa.

—Yo soy *baby*, ¿por qué tú *no sing*? («Yo soy un bebé, ¿por qué no me cantas?») —empezó Alva esta noche, después de subirse a mi regazo, mientras estaba sentada en una silla grande frente a la chimenea. La «bebé» de siete años es muy dada a que la consientan y le canten.

Entonces empecé con *Rock-a-bye, baby* (*Duérmete, niño*), que a ella le gusta mucho, sobre todo cuando dice:

«… *and down will come baby, cradle and all*» (Y el bebé caerá, con cuna y todo). Al terminar:

—Ahora, los *piguitos* —exigió.

Yo sabía lo que eso significaba, así que, tomándole la mano, comencé de la forma tradicional, doblando su pulgar y diciendo:

«*This little pig went to market*…».

Luego el dedo índice:

«*This little pig stayed home*…».

Pero aquí me interrumpieron.

—En español —dijo mi Bebé.

¡Imagínense el «*Este cerdito fue al mercado*» en español! No obstante, como siempre, empecé con prisa con una traducción literal. Creo que escuché carcajadas de don Pepe, quien estaba fumando en el corredor.

Este marranito se fue al mercado,
Este marranito quedó en casa,
Este marranito tenía *roast beef*,
Este marranito no tenía nada,
Este marranito gritó: «¡Wee! ¡Wee! ¡Wee!».

—¿Así gritan los *piguitos*? —preguntó Alva, mientras terminaba.

—Pues, sí —le dije—. ¿Nunca has escuchado un cerdito chillar?

—Sí, pero no en *English*. Aquí gritan en español.

En la pausa que seguía a mi risa, algo que decía su madre a los otros niños en la habitación adjunta le llamó la atención, y de repente dijo:

—Yo no quiero morir.

—¿Por qué dices eso, pequeñita? —le pregunté, abrazándola—. No vas a morir aún, espero.

—Pero en algún momento, sí —insistió.

—Pues sí, en algún momento.

—¿Y a dónde voy yo, pues?

—Al cielo —le dije.

—¿No bajo tierra, como Fido? —Fido era su perro mascota que murió—.

—Tu cuerpo irá bajo tierra —intenté explicarle—; pero la parte de ti que piensa, siente y habla saldrá de tu cuerpo e irá arriba, al cielo.

Contemplaba esto y luego preguntó

—¿Y aún seré la pequeña Alva?

Le dije que «sí», porque lo creo. Quizá debiera haberle dicho «¿quién sabe?».

Su siguiente pregunta fue:

—¿Dónde están tu papá y tu mamá?

—En el cielo.

—¿Hay muchas personas en el cielo?

—Ah, sí, muchas, muchísimas.

—¿Y quién los cuida?

—Pues Dios los cuida, cariño.

Su noción de cuidarse se relaciona principalmente con refugio, comida y vestimenta, y luego dijo:

—¿De dónde consigue Dios casas suficientes y todo lo que necesitan comer y los vestidos para todos ellos?

Me sentí incapaz de expandir en el concepto de un cielo inmaterial, entonces solamente dije:

—Oh, sabes que Dios puede hacer cualquier cosa. Tiene mucho de todo lo que quiere darle a la gente.

—Debe ser muy rico —comentó pensativa. Luego siguió una deducción lógica, casi inevitable. En su mundo hay una sola cosa que genera la riqueza:

—¡Entonces tendrá montones de café!

Miércoles, 27

¿Quién hubiera pensado que a un día tan tranquilo como el domingo le seguiría uno tan emocionante y turbulento como fue el lunes?

Estaba enseñándole a Carmelita en mi habitación. Le había pedido que me diera el plural de *ox* (buey), y había dicho *bulls* (toros) con total convicción. Me temo que metí la pata con mi corrección; en cualquier caso, su atención se dispersó y empezó a mirar por la ventana, interesándose por lo que sucedía afuera.

—¡Carmelita! —le dije reprobadamente—, no te preocupes por lo que hacen afuera. Presta atención a lo que estoy intentando explicarte.

Justo en ese momento escuchamos un ruido confuso de niños llorando y una sirvienta pasó por la ventana corriendo.

—¡Algo está mal! —exclamó Carmelita, y se levantó de un salto de su silla.

Supuse que Willie había caído del corredor, o que Clara había pisado una puntilla, o que Alva se había quemado la mano preparando sancocho. Estos son incidentes de nuestra vida cotidiana y siempre producen conmoción, pero no vi ninguna razón para interrumpir la lección de Carmelita.

—No le prestes atención —le dije de nuevo remilgadamente y en mi tono más disciplinario—. No importa lo que está pasando. Mientras te enseño, incluso si la casa está en llamas, tú…

En ese instante, la señora Martin entró prácticamente volando a la habitación.

—¡La cocina está ardiendo! —exclamó sin aliento—. ¡Oh, vénganse! ¡Vénganse, rápido!

Salimos corriendo, maestra y alumna, por la puerta hacia una escena de la más salvaje exaltación y confusión.

La cocina, la despensa y los cuartos de la servidumbre están separados de la casa principal, pero igual están tan cerca que un incendio en una implica un peligro inminente en la otra. Aunque la señora Martin nos había llamado al instante, con el tiempo que tomé para llegar afuera, el techo de la cocina ya estaba hecho una llama. El techo es de palma, como el de la casa principal, y ardía como una fogata otoñal de hojas secas.

Con aplomo, lo primero que hizo la señora Martin fue sonar la alarma con el gong —la vieja azada golpeada con una piedra—. Esto se hace solamente a mediodía y por la noche para que los hombres dejen de trabajar, de manera que su clamor inoportuno a las diez de la mañana significaba que algo muy fuera de lo común ocurría. En un tiempo increíblemente corto, el señor Martin llegó galopando cerro arriba en una mula y, tras él, llegaron corriendo mozos y más mozos. Hay una sola escalera y, con la señora Martin, ya la habíamos colocado para cuando nos alcanzaron los hombres. Se amontonaron sobre el techo y empezaron a dar hachazos a la palma con sus machetes, tirando fardos de palma ardiendo al suelo. Nosotras, las mujeres, los dispersábamos vertiendo agua y pisoteando el fuego para extinguirlo. En menos de una hora se había pasado el peligro. La cocina quedó sin techo: obviamente, algunas cosas se habían roto y los muebles de la casa que se sacaron con afán estaban tirados por todas partes. Pero eso fue todo. No había podido propagarse el incendio, e incluso la despensa y los cuartos de la servidumbre estaban intactos. Esa misma tarde los hombres fueron al bosque con las mulas y cortaron postes nuevos para el armazón del techo, además de conseguir grandes fardos de palma para el techo, y esta noche todo estaba terminado y organizado nuevamente.

No hubo clases ni ayer ni esta mañana porque hemos estado bastante afectados y ocupados mientras arreglábamos todo. Por ende, no ha habido ocasión para regañar de nuevo a Carmelita por no prestar atención.

Otra cosa sucedió el lunes por la mañana: en pleno incendio, entró un personaje nuevo a mi vida, el señor don Roberto Álvarez.

Como he dicho, mientras se cortaba la palma del techo que ardía y la tiraba al piso en grandes fardos de llamas, de inmediato nosotras abajo los cogíamos, los dispersábamos y los extinguíamos. Tenía un viejo palo de escoba que usaba como trilladora y lo usaba enérgicamente, por ventura demasiado enérgicamente porque, de repente, había una presencia al lado de mi codo con una voz que me decía de manera imperativa:

—¡No tire ese material ardiendo por el barranco! El helecho está seco como la yesca y, si no tiene cuidado, ¡provocará otro incendio!

Levanté la vista y vi dos ojos cafés intensos, y una mano extendida para quitarme el palo de la escoba, como si fuera alguien en quien no se pudiera confiar ni un momento más. El dueño de los ojos fue un hombre a quien nunca había visto, ni siquiera había escuchado de él. Y, aun así, aunque ahora sé quién es, no tengo idea de cómo llegó hasta allí. Supongo que debió estar montando por allí cerca, habrá escuchado la alarma o visto el humo, y se acercó a ayudarnos rápidamente. De todos modos, allí estaba dándome órdenes en un inglés más inglés que el inglés de un inglés, pero en una voz que inmediatamente supe que no había nacido en Inglaterra.

La señora Martin me ha dicho todo ahora. El señor don Roberto Álvarez nació en Bogotá y cuando tenía cinco años, debido a unas diferencias políticas, su padre decidió llevar toda la familia a París, donde se encuentran hasta el día de hoy. A don Roberto lo educaron principalmente en Devon, de allí su inglés. Hace tres años, volvió a su tierra natal sin acompañante, con la excepción de una carta de presentación de su padre dirigida a un viejo amigo suyo, el dueño de una hacienda llamada Vista Linda, que se encuentra más debajo de nosotros en el mismo valle. Primero lo recibieron como aprendiz sin salario y, luego, mientras empezaba a saber del café, lo nombraron asistente con un sueldo humilde. Ahora es administrador, ganando alrededor de $100 mensuales. Con el tiempo, o su padre comprará Vista Linda, que está a la venta, o don Roberto tomará posesión de

una tierra más arriba, en el valle, y empezará a establecer una plantación nueva propia.

Mientras tanto, él es nuestro vecino, por lo menos según el concepto de vecindad en la Sierra Nevada, y aunque no me hace mucha gracia que me digan que no soy una persona en quien se pueda confiar con un viejo palo de escoba, de todos modos, siempre he admirado los ojos marrones intensos y ahora me parece que ese vibrar de la erre, tan poco inglés, al decir «señorita», puede resultar muy atractivo.

6 de julio

Hemos «ido abajo» el señor y la señora Martin, don Roberto y mi persona. Volvimos a subir ayer. El lunes pasado por la mañana, en medio de las clases, la niña Eva apareció en la puerta con una nota en su mano.

—Esto acaba de llegar —dijo alegremente, agitando el papel—. Es de la señora Anson; nos ha invitado a pasar el Cuatro de Julio en Santa Marta.

(La señora Anson es la esposa del señor Anson, quien dijo «¡por Dios!» cuando le dije que había venido a esta parte del mundo por placer).

—¿Vamos a ir? —pregunté sin aliento.

—Por supuesto que vamos a ir —dijo la señora Martin—. Usted, el señor Martin y yo.

En ese momento se escuchó el rastro del golpeteo de una mula, mientras alguien se acercaba cabalgando hacia el corredor. Miramos hacia afuera y allí se encontraba don Roberto.

—No puedo quedarme sino un momentico —nos gritó. Luego se desmontó, entró a la sala y se quedó durante tres cuartos de hora.

—Por supuesto, todos ustedes van a bajar a la parranda de los Anson —empezó él al momento en que nos sentamos.

—Acabamos de recibir la nota de la señora Anson —respondió la señora Martin— y ya hemos decidido aceptar. ¿Usted va a ir? —Esto

último era superfluo, pues se le notaba en toda su presencia que no pensaba perdérselo.

—¡Pues claro! —dijo él—. A eso vine. ¿No podemos bajar todos juntos? ¿A qué hora saldrán?

—Oh, ya conoce al señor Martin —dijo riéndose su esposa—. Si es por él, saldremos con la luz de la luna. Le gusta bajar antes de que apriete el calor y antes de que empiecen las lluvias.

Lo cierto es que eran las siete de la mañana siguiente cuando nos alejamos de la casa a caballo. Dejamos a don Pepe a cargo de la finca y, de los asuntos domésticos, a Juana y Andrea, dos mujeres que han sido las niñeras de los niños y les tienen devoción. Don Roberto se presentó para el café a las seis y media. Como tuvimos que pasar por Vista Linda en la bajada, habría podido esperar para juntarse con nosotros en su propia puerta, pero así no lo hizo; entonces hubo cuatro de nosotros cabalgando en fila única y con un arriero a pie a nuestro lado que conducía la mula de carga con nuestro equipaje.

Bajamos en menos de cinco horas y no nos mojamos, así que uno de los deseos del señor Martin se cumplió. Pero en cuanto al otro, al llegar al llano, el sol ya quemaba. Cruzamos el río (siempre me siento aliviada cuando cruzo un río a salvo porque una vez supe de una mula que se echó a rodar en medio de la corriente, sin importarle en absoluto el jinete que llevaba a cuestas), seguimos durante una hora o más debajo del verde oscuro de los mangos y, alrededor del mediodía, llegamos a Santa Marta. Había pasado casi un mes desde que dejé aquel pueblo para subir al monte, y tomando en cuenta que, cuando vine de Bogotá y Barranquilla la primera vez, el lugar parecía igual de grande que un pueblo de juguetes, me llevé una inmensa sorpresa ese martes al descubrir que lucía como una auténtica metrópolis.

En realidad, no debería ser tan pequeño, porque lo cierto es que no es tan joven. Me pregunto si los lugares son sensibles en cuanto a su edad. Le tengo tanto cariño a Santa Marta y siempre se ha portado muy bien conmigo, tanto que me dolería herir sus sentimientos con cualquier comentario concerniente al número de temporadas —me refiero a las de lluvia y sequía— que lleva presentándose

ante el público. Sin embargo, tales cosas simplemente son asuntos de comparación; y recuerdo ahora que, cuando hablé de la antigüedad de Santa Marta con uno de los oficiales del Adirondack —claro, un alemán—, él dijo: «*¡Himmel! Fräulein*[7]*,* ¡eso no es antiguo!». En cualquier caso, se dice que es la ciudad existente más antigua en el hemisferio occidental, fundada por los españoles en 1525. Ya tenía cincuenta años cuando, como nos cuenta Kingsley en *Westward Ho!*, el obispo de Cartagena se sentaba en la cabina de su gran galeón, bebiendo vino enfriado «en un balde con hielo de la Horqueta» y contemplando «la bahía de Santa Marta, ondulante ante la brisa de tierra, como una sola sábana de llama viva». El «Mar trópico dorado», describe Kingsley; «y los dorados atardeceres del trópico, por las costas de la Nueva Granada, en el dorado Caribe español». Se parece mucho a eso cuando una se sienta en el balcón de los Anson, contemplando el agua, el Morro y (en una curva de la costa) las ruinas del fuerte de Drake.

Los Anson viven en una casa enorme que una vez era un monasterio. El patio está rodeado de arcadas y, cuando entramos cabalgando el martes y volví a verlo después de un mes, me pareció más grande, más pintoresco y con un aire más de la época de Fernando e Isabel que nunca.

Fuimos los últimos en llegar a la fiesta. Imagínate, ¡una fiesta en una casa en Santa Marta! Si los viejos monjes habían estado mirando hacia abajo a su monasterio últimamente, habrían estado asombrados y, como apuesto que los monjes no son tan diferentes de los demás, me imagino que estarían bastante envidiosos también.

En primer lugar, estuvieron el señor y la señora Anson y Baby (Bebé) —esta última, la hermana del señor Anson—, con dieciocho años, no meses. Los Anson son estadounidenses, pero creo que vivieron un tiempo en Canadá; igual, de alguna manera u otra, a Baby la educaron en un convento en Montreal, y el resultado es la combinación más encantadora de niña estadounidense con novicia

7. **N. del E.:** En alemán, *¡por Dios! Señorita.*

francesa que una quisiera conocer. No me explico por qué don Roberto no está enamorado de Baby. Por supuesto, podría ser que sí lo esté, pero en ese caso no creo que actuaría como lo hace; quiero decir, si está enamorado de ella, una esperaría que le prestara más atención. Quizá sea porque el joven señor Hunter no le da ninguna oportunidad. No obstante, don Roberto parece ser el tipo de hombre que no esperaría que le dieran oportunidades, sino que en cambio diría, como Napoleón: «¿Oportunidades? ¡Yo creo mis propias oportunidades!». El señor Hunter es otro de nuestros vecinos aquí arriba, en las montañas; es decir, está «aprendiendo del café» en una plantación (La Ventura), en el valle contiguo al nuestro. Los Anson tienen una casita, es decir, una casita campestre en el mismo valle, a no más de media hora en mula de La Ventura, y van allá con frecuencia. Harry Hunter es inglés (¡pero no aquel que nos visitó aquí el otro día!) y es tan tímido y guapo que no comprendo cómo puede Baby tener el corazón para burlarse de él como lo hace. Su lado de chica estadounidense llega a tales extremos, a veces tanto, que la razón de aquel británico le dice que debería desaprobarla. Pero entonces, la pequeña y recatada novicia sale a relucir, y ya no es la cabeza de un inglés, sino simplemente el corazón de un hombre lo único que entra en juego. Estoy absolutamente segura de que se dice a sí mismo decenas de veces que ella es demasiado frívola, demasiado independiente, demasiado... en pocas palabras, demasiado estadounidense. Luego, decenas de veces más, no la analiza para nada, sino que siente que ella es la chica más dulce que conocerá, sea inglesa o estadounidense. Además, realmente ella no es tan frívola ni tan independiente, si tan solo él lo supiera. No estoy segura de si ella lo quiere o no, pero como ella es tan joven, me temo que sus posibilidades, por lo menos por ahora, no son tan buenas. Las chicas estadounidenses rara vez toman decisiones sobre sus vidas a los dieciocho años porque suelen estar pasándola tan bien a esa edad que quieren sentir que están libres para seguir pasándola bien durante varios años más.

Bueno, pues estaba nombrando a los invitados de la fiesta en la casa. Éramos, entonces, el señor y la señora Anson, Baby, los señores

Martin y su institutriz (yo, Constance Parnell), los señores Campbell (administrador y administradora de La Ventura), don Roberto, Harry Hunter, el señor Manners (el inglés desagradable, aunque, claro, no siempre es así) y uno más, a quien le voy a dedicar algunas líneas en unos momentos. Todos ellos se quedaban en la casa. Los demás de la pequeña colonia de extranjeros de Santa Marta, como por ejemplo el señor y la señora cónsul, el señor y la señora cónsul británico, el señor Cunningham de la United Fruit Company y demás, estuvieron más o menos interesados en el Cuatro de Julio, según el caso.

En cuanto al «uno más» que mencionaba de nuestra fiesta en la casa, de todas las personas del mundo, ¡era Kent Winthrop!

Fue esa misma tarde de nuestra llegada a Santa Marta que llegó el Adirondack. Pudimos ver el barco a vapor cuando todavía estaba más allá del Morro, y cuando llegó a atracar en el muelle, todos íbamos para allá a recibirlo y conseguir nuestro correo. Bajaron la rampa de desembarco y descendieron algunos pasajeros, y mientras nosotros subíamos, me encontré cara a cara con Kent, los dos demasiado sorprendidos para hablar. Debo hacerle lo justo y admitir que no me ha seguido hasta aquí, a América del Sur; realmente estuvo igual de sorprendido que yo. Él siempre es honesto; lo admitiré.

El señor Anson fue quien dijo la primera palabra.

—Pues, ¡hola, Winthrop! —exclamó—. Pensé que no venía sino hasta el próximo barco. De igual manera, me complace mucho verlo. Espere a que recojamos el correo y volveremos a la casa. Aquí le presento a mi esposa, a quien no había conocido. Y aquí le presento a la señorita Parnell… ¡Oh!

Kent y yo lo interrumpimos al encontrar nuestras voces exclamando de manera simultánea: «¿*Usted* está aquí?».

A mí me parecía la cosa más natural del mundo encontrarme allí, aunque claro que, para Kent, habría sido el último lugar en el mundo donde habría esperado verme. La parte extraña para mí fue *su* presencia en Santa Marta; mas, ahora que me lo ha explicado, sé que realmente tenía más razón para estar allí que yo. Él, por lo menos, no había venido por placer, y el señor Anson no le

Viviendas tipo chozas de comunidades de la Sierra Nevada de Santa Marta.

dijo a él «¡por Dios!». El señor Anson, de hecho, fue la razón por la cual estuvo allí Kent. Qué raro es que esos dos hombres hayan estudiado juntos y que yo hubiese conocido a uno de los dos tan bien, pero nunca había escuchado del otro sino hasta llegar a Santa Marta hace dos meses. Al parecer, se han escrito de vez en cuando y, a través del señor Anson, a Kent le ha interesado el café por mucho más tiempo que a mí. Y ahora, ha venido aquí abajo para indagar mejor el asunto y, si le convence, ¡comprará tierra e iniciará su propia plantación!

Mientras caminábamos de regreso a la casa del barco, me dijo Kent:

—¿Cuándo se fue de Europa?

—Hace un año y medio —le dije.

—Hace un año y medio —repitió—. Entonces, ¿cuánto tiempo estuvo allí?

—Menos de seis meses.

En este momento tuvo una Expresión en sus ojos. No la puedo describir, solamente la puedo escribir con una *e* mayúscula.

—¿Por qué? —me cuestionó—. ¿Acaso no fue… no fue todo lo que esperaba?

—Oh, por supuesto que sí —le aseguré apresuradamente—. Pero tuve una buena oportunidad para venir a Suramérica y pensé que podría ver Europa en otro momento, entonces fui a Bogotá.

—Ha estado en Suramérica más de un año, entonces.

—Sí.

—¿Y ahora?

—Ahora soy institutriz en una plantación de café en las montañas.

Me analizó sin hablar, por lo que parecieron minutos y minutos. Luego, y parece ser la impresión general que causo en los hombres con que me encuentro, él dijo tal como lo había dicho el señor Anson:

—¡Por Dios!

Me pregunto si no seré demasiado aficionada a viajar. Se lo pregunté a don Roberto esa tarde, mientras estábamos sentados en la cubierta del Adirondack, aprovechando un momento de privacidad.

—Claro que no —me aseguró con cariño—. Es exactamente eso lo que la hace diferente a la mayoría de las mujeres.

(No había sabido que me veía diferente a la mayoría de las mujeres; es decir, no había estado segura).

—Viajar es ampliar horizontes. Personalmente, me gusta viajar más que casi cualquier cosa del mundo.

—Imagínese —dijo él—. Si no le gustara viajar, ¡no estaría aquí ahora mismo!

¡Qué expresivos son los ojos cafés! Los de Kent son grises.

El miércoles era el día cuatro. Los Anson habían planeado un almuerzo campestre en San Pedro, donde está la casa en la que murió Bolívar. Este es el lugar donde el señor cónsul me había llevado el día que me sugirió irme a las montañas como institutriz, pero nunca pensó que lo tomaría en serio.

Esta vez, casi todo nuestro grupo de veinte iba en mula. Arrancamos muy temprano en la mañana, tuvimos un feliz almuerzo campestre con brindis y discursos, y luego alguien sugirió ir a Wasca. Por supuesto, el único de nosotros para el cual un pueblo indio no representaba una historia vieja era Kent, y aunque yo no había ido nunca a Wasca, había visto innumerables chozas de barro entre la costa y Bogotá. Pero el señor cónsul dijo que de pronto habría caza de palomas silvestres y a Kent le emocionaba la idea; yo quería ver las ruinas de la vieja iglesia española de la que había escuchado hablar, así que, al final, fuimos todos.

La iglesia realmente valió la pena, aunque ya no queda mucho de ella. No tiene techo aparte de una esquina donde estaba el altar, y las paredes están en ruinas. Fue en el altar donde encontré, tiradas en el piso, casi cubiertas por escombros, algunas piezas antiguas talladas de madera. Recogí un bloque de aproximadamente veinte centímetros y anuncié que lo iba a llevar conmigo.

—¡Claro que no lo hará! —declaró el cónsul—. Esta gente no lo permitirá.

—¿Qué gente? —le pregunté—. ¿Se refiere a estos salvajes? —Con mi mano señalé a las dos filas de chozas y a la población medio



Mujer indígena que representa a las etnias de la Sierra Nevada de Santa Marta.

desnuda—. ¡No me dirá que *ellos* aprecian las antigüedades y las piezas de tallas antiguas!

—Pues, no —admitió el señor cónsul, sonriendo—. No como antigüedades y piezas de antiguas tallas. Pero son bastante supersticiosos y esperarían que se les cayera el cielo completo si permitieran que alguien se llevara una sola astilla de lo que una vez fue una iglesia. Usted no es la primera persona que ha querido estas cosas —me informó—. El cónsul de Barranquilla vino aquí para ver la iglesia y se enloqueció con estas tallas. Ofreció comprarlas todas, pero la gente de aquí no se lo permitió. De ninguna manera le van a dejar llevar nada.

Todo esto me pareció un poco absurdo. Si había algo de sacrilegio en el asunto, era dejar aquellas encantadoras piezas antiguas allí tiradas en el suelo —ya ha desaparecido todo el piso de la iglesia— en medio de todo tipo de basura, para que se las coman los gusanos y se rompan, sin hacerle el más mínimo bien a nadie. Si me llevara una de las piezas, por lo menos se salvaguardaría para el futuro, donde se preservaría y se apreciaría.

—No se los voy a consultar —le dije, contestándole al último comentario del señor cónsul. Luego, con mucha calma, recogí mi bloque y me lo llevé caminando por la calle, a plena vista de toda la población, y nadie dijo ni «¡caramba!». La talla está ahora aquí, sobre la repisa de la chimenea, en nuestra sala.

He dicho que los habitantes de Wasca son salvajes que andan medio desnudos. Y, aun así, en una de las chozas igual a las demás, vivía un hombre blanco educado. Íbamos saliendo de la iglesia hacia nuestras mulas cuando un hombre, de quien estoy perfectamente segura de que nació caballero, se asomó a la puerta de una de las chozas de barro y se dirigió al Senor Anson en inglés. El señor Anson se frenó, y naturalmente hice lo mismo. Al principio, supuse que este hombre, un anglosajón, y por el tono de su voz un caballero, fue alguien que iba de paso por Wasca, al igual que nosotros. Luego, no sé exactamente cómo, me di cuenta de que estaba en su casa. Cada choza tiene una sola habitación y, desde donde estaba parada, en la

entrada, no podía evitar ver todo el interior de la casa. Una joven india estaba cocinando algo sobre un fogón de piedra en el rincón; en el suelo de barro, un niño de aproximadamente dos años estaba sentado y jugaba con un calabazo; había una mesa en la mitad de la habitación y tenía encima unos papeles y un par de libros. A excepción de esto último, era el hogar de un nativo, así de puro y simple. La situación contaba su propia historia.

Seguí caminando, pero casi de inmediato el señor Anson me adelantó. Durante un par de momentos, ninguno de los dos habló.

—Bueno —dijo él al cabo de un momento, mirándome con una sonrisa—, ¿está usted escandalizada, señorita Parnell? Uno tiene que acostumbrarse a ese tipo de cosas por aquí, ya sabe.

—No —negué con la cabeza—. No creo que «escandalizada» sea como me siento ahora.

—Entonces, ¿qué? —preguntó él—. Usted está sintiendo algo profundo, según veo en su rostro.

—Estaba pensando —dije—, ¡pensando en que es una verdadera lástima!

—¡Oh! —respondió el señor Anson en un tono que buscaba más información.

—Estoy segura de que él mismo lo siente —continué, siguiendo mis propios pensamientos.

—¿Sentir qué?

—¿No lo escuché pedirle a usted revistas nuevas?

—Es muy probable. Siempre le gustan. ¿Y qué?

—También había unos libros sobre la mesa.

El señor Anson hizo un gesto de alguien completamente confundido.

—Mi estimada señorita Parnell —suplicó—, ¿a qué quiere llegar con esto?

—Un hombre educado —expliqué—, un caballero, viviendo así…

El señor Anson se encogió de hombros.

—Es un verdadero desperdicio de buen material —admitió—. El hombre se ha deteriorado bastante en tres años. No sé qué tiene este

lugar —declaró— que parece arrastrar a los hombres jóvenes a esta situación. Supongo que la mayoría de ellos no pueden costear una esposa, así que toman lo que tienen a la mano. Aunque no suelen enredarse tanto como este tipo. Como regla, es *pour passer le temps*[8], y luego vuelven a su país a casarse.

—¡Imagínese casarse con un hombre así! —solté por un impulso del momento, e instantáneamente deseé haber guardado silencio.

—¡Qué! —exclamó el señor Anson, justo como yo sabía que lo haría—. ¿Qué dice usted, señorita Parnell?

—Lamento haber dicho algo —le respondí irritada—. Sería imposible hacerle entender.

—¡Vamos! —protestó él—. No diga eso. Expóngalo de la manera más sencilla posible e intentaré comprenderla.

Sabía que por dentro se sonreía, pero tontamente ya había comenzado y no quedaba otra sino completar mi indiscreción.

—Bueno, suponga —le dije—, suponga que un hombre, con la experiencia de este, regresa a casa, como usted dice, y se casa. ¿Cómo cree que se sentirá cuando llegue su primer bebé?

—¿Cómo se sentirá? —repitió el señor Anson, sorprendido—. Pues, no lo sé. Igual que cualquier otro hombre, supongo.

—¿Cómo podría? —contesté—. Oh, yo sé lo que dicen ustedes los hombres. Que estas cosas son pasajeras, que un hombre realmente no *quiere* a una chica india, que es algo totalmente distinto. Que cuando él, después, se case con una mujer de su propia clase, realmente la querrá, como si la chica india jamás hubiese existido. Quizá sea así, pero…

—Pero ¿qué? —insistió el señor Anson, mientras yo vacilaba.

—Bueno —dije—, a mí me parece que un hombre así defrauda a su esposa de algo que toda mujer tiene derecho a reclamar. Cuando llegue su bebé, él no *podrá* sentir lo mismo que ella. Para él no significará lo mismo que para ella. No podrá compartir con ella ese sentimiento de asombro y solemnidad que acompaña la primera toma de

8. **N. del E.:** *Pour passer le temps* es francés: 'para pasar el tiempo'.

conciencia de la paternidad. Y ¿cómo podría? Ya ha pasado por todo eso antes. Ya ha tenido en sus brazos a su primer hijo. Usted sabe que nunca volverá a ser lo mismo.

No sé lo que hubiera dicho el señor Anson, y estaba feliz de que no tuviera oportunidad para decir algo porque, por suerte, llegamos a las mulas en ese momento y don Roberto se apuró a ayudarme a montarme en una.

Salimos de Wasca hacia la planta eléctrica. ¡Chozas de barro y luz eléctrica! ¡Cómo lleva consigo el hombre blanco su civilización! Cerca de la planta, el señor cónsul disparó a la primera iguana que había visto, y ¡vaya criatura de pesadilla! Estaba en un árbol, y aunque quedó mortalmente lesionada por el disparo, tenía vida suficiente para agarrarse a una rama mientras se caía, y duró así colgada durante varios minutos hasta que por fin se cayó al arroyo de abajo. Dicen que hay personas que comen esas cosas. Por mi parte, «preferiría dejar que el hambre me borrara lentamente de la faz de la tierra»[9].

En lo fresco de la tarde, regresamos en mula a la «ciudad» y después nos entretuvieron en la cena en el consulado británico, donde las banderas inglesa y estadounidense se entrelazaban. Por la noche subimos a bordo del Adirondack y hubo fuegos artificiales, pero yo no lograba hacerme a la idea de que estuviéramos celebrando el Cuatro de Julio. El reflector del barco a vapor recorrió Santa Marta, se detuvo en la vieja catedral española y transformó las casas blancas en palacios resplandecientes, y las palmeras de coco circundantes, en penachos ondulantes y sombríos. Luego el resplandor se extendió a la bahía, al Morro y a las ruinas del fuerte. Y en ese momento, lejos de preocuparme por algo, ni siquiera por *The Star-Spangled Banner*[10], me quedé sentada allí imaginando los días de los conquistadores de hace más de trescientos años, pensando en sus tesoros y galeones. «Eso, después de

9. **N. del E.:** Parece una referencia al poema *Seein' Things*, de Eugene Field Sr., uno de cuyos sus versos dice: *I'd ruther let starvation wipe me slowly out o' sight / Than I should keep a-livin' on an' seein' things at night!*.

10. **N. del E.:** *The Star-Spangled Banner* («La bandera tachonada de estrellas») es el himno de Estados Unidos.

todo, es lo que hace el viajar tan especial», dice Maud Howe, «visitas no solamente diferentes países, sino también diferentes épocas».

Me acordé de esto, y fue en ese momento que le pregunté a don Roberto sobre mi posible excesiva afición a querer ver el mundo. Respondió como he dicho, y luego, como si hubiera sentido mis pensamientos del momento anterior, empezó a hablar de los viejos españoles y a contarme historias de sus tesoros.

—Sabe —me recordó— que esos viejos tipos tuvieron que irse del país a toda prisa, pero sin duda habrán esperado regresar. O enterraron o escondieron su botín, y después de todo, nunca volvieron por él. Aún está aquí, muchísimo. ¿Ha escuchado hablar del hombre que generó tanto entusiasmo en Santa Marta por sus idas y venidas, más o menos hace un año?

—No —le dije—. Me han contado muchas historias de tesoros, sobre todo en el interior —Honda está llena de ellas—, pero nunca había escuchado esa.

—Realmente no es nada seguro. Fue justo cuando había regresado de Inglaterra. Un hombre, un español de verdad, llegó aquí un día desde Barranquilla, y vino en el Royal Mail. Trajo consigo dos maletas grandes y los hombres que se las llevaron afirmaron que estaban vacías. Bueno, se fue al hotel y pagó una habitación, se quedó en ella todo un día mirando unos papeles y haciendo dibujos —o por lo menos así lo cuentan las muchachas—. Luego consiguió una carreta de mula y colocó sus dos maletas vacías en ella y se fue a algún lado, completamente solo. Estuvo ausente un día y una noche. Volvió con sus maletas y, esta vez, entre dos hombres apenas pudieron levantar cada una. Se fue para Barranquilla en barco el siguiente día, por supuesto, con sus maletas, y eso fue lo último que se supo de él.

—Pero ¿qué habrá sido lo que tenía en las maletas? —grité emocionada.

—Quién sabe. Pero aquí todo el mundo cree que fue descendiente de uno de los conquistadores y que tenía la llave de algún tesoro escondido por sus ancestros. Dicen que solamente llegó con sus papeles, encontró el lugar secreto y se fue navegando con el oro.

—¿Y eso lo cree usted? —le pregunté.

—¿A usted le importa lo que yo creo? —cuestionó don Roberto.

A la mañana siguiente —es decir, ayer por la mañana— salimos de Santa Marta a las seis de la mañana y estuvimos aquí, de regreso en El Cafetal, para el desayuno. El viaje de subida es mucho más agradable que el de bajada porque, cuando una sube, el aire se vuelve cada vez más fresco, y en el último tramo del viaje, cuando una suele estar ya cansada, se pasa por el frío sabroso de las montañas. ¿Quién quisiera estar en Nueva York colgado de la correa de un tranvía abarrotado pudiendo tener su propia mula en la Sierra Nevada?

Kent, por supuesto, sigue con los Anson. Me imagino que se quedará allá hasta que decida si compra tierra o no. Si yo fuese hombre, me gustaría estar vinculado a asuntos relacionados con la tierra la tierra. Hasta este momento, había querido ser embajadora en alguna corte extranjera de importancia, pero ahora sé que preferiría la vida de agricultora.

El señor Martin se rio cuando le dije esto anoche durante la cena y me preguntó por qué no me dedicaba a la horticultura comercial.

—Supongo que podría tener una huerta aquí —dije—, pero ¿dónde está el mercado?

—Pues en Santa Marta —repuso el señor Martin instantáneamente—. Nunca conocí un lugar que más necesitara de verduras frescas.

Es verdad que nunca he visto ni una brizna ni hoja de una verdura allí y que la señora Anson y las demás amas de casa extranjeras constantemente se lamentan de la imposibilidad de escaparse de las arvejas y espárragos enlatados.

—¿Realmente lo dice en serio? —le exigí al señor Martin—. Creo que sería lo más interesante que hubiese escuchado.

—Bueno, en cuanto a eso —objetó el señor experimentado—, tengo mis dudas. Es trabajo duro, ¿sabe? ¿O no? —interpeló a la señora Martin.

—Sí, lo es —concedió la Niña Eva renuentemente (nunca hubo una mujer menos dada a desanimar las propuestas de los demás)—. Pero a mí me gusta —agregó inmediatamente—, ¿y quién sabe si a la

señorita Parnell no le parecería interesante? Intente, a ver si le gusta —me aconsejó, volviéndose hacia mí.

—¿Dónde podría tener mi huerta? —quise saber entonces. Ya estaba llena de entusiasmo.

—Allí abajo, al lado de la casa nueva. Estaremos todos allá en tan poco tiempo que no valdría la pena empezar con algo aquí arriba. Iremos mañana a escoger un sitio.

La señora Martin estaba igual de emocionada que yo, mientras el señor Martin se reía de ambas y decía que me daba hasta la primera vez que me empapara para que cambiara de opinión.

—Trabajaré mientras brille el sol —declaré piadosamente.

—Entonces la plaga se la comerá viva —replicó él.

La plaga es un tipo de jején cuya picada deja pequeñas ronchas rojas por toda la mano, o donde sea que le piquen a uno. Nos molesta muy poco aquí arriba, pero más abajo es una peste; incluso a esta altura molestan en las partes con mucha vegetación.

Pero, con o sin plaga, mi intención es tener una huerta. La señora Martin y yo, y todos los niños, fuimos abajo hoy y escogimos el lugar, que quedó justo por debajo de la casa, donde puedo acceder en menos de dos minutos después de mudarnos. Escribo por correo a Nueva Orleans para que manden semillas, y hasta que lleguen, la señora Martin me prestará.

15 de julio

El señor Martin fue a Santa Marta hace dos días y de regreso trajo consigo al señor Anson. Cuando vi al señor Anson, buscaba también a Kent, pero este último al parecer se ha ido un tiempo a Barranquilla por negocios.

Nuestro invitado se quedó solo un par de horas, ya que iba a pasar la noche en otra plantación. Pero, antes de irse, admitió que, por primera vez, algo entretenido había pasado en aquel pueblito aburrido de la costa. Tanto él como el señor Martin estaban totalmente metidos en la historia cuando llegaban cabalgando a la casa ayer

a mediodía y pasaron la mayor parte de la hora del desayuno contándonosla, junto con risas y gritos de reminiscencia.

—Habíamos estado jugando billar toda la noche —dijo el señor Martin—, hasta alrededor de las once de la noche, cuando nos acostamos. Había estado durmiendo durante más o menos una hora cuando de repente me desperté y escuché voces fuertes en la calle.

—¡Fuertes! ¡Bastante! —enfatizó el señor Anson—. ¡Habrían despertado a los muertos!

—Bueno, salté de la cama y salí al balcón para ver qué sucedía, y un instante después salió corriendo el señor Anson de su cuarto.

—En pijamas —agregó el señor Anson, sonriendo.

—Los dos en pijamas —añadió el señor Martin, con una sonrisa de oreja a oreja—. Nos asomamos por la barandilla del balcón —seguía el señor Martin— y allí abajo, en la calle, había cuatro hombres: tres patrulleros y uno de los oficiales alemanes del barco a vapor. Esos soldados, que parecían niños, tenían agarrado al oficial por el brazo y querían llevarlo al cuartel, mientras él intentaba zafarse. Era evidente que el alemán no sabía ni una palabra de español y, por cierto, los patrulleros no sabían nada de alemán ni inglés, y aun así cada uno gritaba resistiéndose a todo pulmón.

—Estaban demasiado alterados como para darse cuenta de nosotros —se reía el señor Anson—, hasta que les grité «¡Hey!, ¿cuál es el problema?», y luego miraron hacia arriba. Martin, ¿cuál fue el disparate que nos soltó el gran extranjero?

—«Por el amor de Dios, ¿no pueden hacer que estos salvajes entiendan quién soy yo?».

—Ah, sí, exactamente. ¡Y usted dijo: «Ciertamente» de manera tan amable como si le hubiera pedido un fuego!

—Bueno, llamamos a los patrulleros. «Hola, su prisionero es un oficial alemán y deberían tener cuidado de meterse con él». Y balbucearon de respuesta que no les importaba quién era él, que no debería estar en la calle a esa hora sin su pasaporte.

—¿Y no fue en ese instante que salieron Hunter y Cunningham? —interrumpió el señor Martin.

—Exacto —dijo el señor Anson—. Salieron a su balcón, al lado, y nos gritaron: «¿Cuál es la bulla?».

—Empezamos a contarles, pero al verlos, el oficial alemán nos interrumpió, rogándoles que hicieran algo por él, ¡que hicieran algo, por el amor de Dios!

—Pudimos ver a Cunningham con una sonrisa de oreja a oreja —empezó a contar la historia el señor Martin—. Pero se asomó por su balcón y sugirió un acuerdo.

—Sería mejor que ofreciera pagar una multa —le aconsejó—. Seguramente se contentarán con eso.

—¡¡Multa!? —rugió el alemán; estaba fuera de sí de la rabia—. Ya me han quitado todo lo que tengo, hasta mi cortaplumas, y aun así no están satisfechos. Quieren meterme en su cuartel a pasar la noche.

—Oh, estaba furioso, ¿no? —recordó el señor Anson, deleitándose con la anécdota.

—Furibundo. Pero no me sorprende. Aunque se calmó un poquito, y dijo: «insisto en ver al alcalde».

—«El alcalde, o está durmiendo o está entretenido», le dijo Cunningham. «En cualquier caso, él no se va a molestar en verlo a usted hasta la mañana». Y ¿luego qué pasó, Anson?

—Pues los patrulleros pusieron fin al asunto y empezaron a llevar al oficial a rastras. ¿Usted se acuerda de cómo se los sacudía?

—¿Que si lo recuerdo? Tal como haría un perro grande sacudiendo a tres pequeñitos. Pero eran tres contra uno, y resistieron. Y así se fueron, el oficial haciendo comentarios que sonaron a cualquier cosa menos piadosos.

—Entonces dijo Hunter: «¡Vaya! Esto es muy hilarante, pero es un auténtico ultraje, ¿saben?».

—«Vamos a buscar al comandante», sugirió Cunningham.

—«Él es igual de malo que los demás», le dijimos, y luego dijo Cunningham: «Oh, seguramente, pero de pronto le importará que no se entere todo el mundo».

—Por supuesto que Hunter y Cunningham tenían puestas sus pijamas, igual que nosotros.

Nuestros narradores se detuvieron y se atragantaban de la risa, pero la señora Martin y yo no quisimos permitirles parar de contar.

—Ya basta —dijimos apresuradamente—. Basta. ¿Qué hicieron al respecto?

—Los perseguimos —dijo entre carcajadas el señor Anson—. ¡Nosotros cuatro! ¡Todos en pijamas! ¡Bajo la luna llena! ¡Todo se veía tan brillante como si fuera de día! ¡Oh!

—Justo en la puerta del cuartel los alcanzamos —pudo seguir contando el señor Martin—, y todos entramos juntos. La antesala tenía la luz prendida, pero no había nadie.

—Cunningham les dijo a los patrulleros: «Llamen a su comandante».

—«Está durmiendo», objetaron.

—«Despiértenlo», insistió Anson.

—Uno de los muchachos salió y escuchamos el sonido de alguien tocando una puerta en el patio. Un par de minutos después entró el comandante (con su ropa de dormir puesta, obvio). Allí teníamos pijamas rosadas, azul claro y pijamas de color gris; no recuerdo el color de las otras dos pijamas, pero allí estaban también, y entre todos había una variedad bonita de colores. El comandante estaba todavía medio dormido; el oficial, casi fuera de sí de la rabia, y los patrulleros se veían incómodos. En cuanto a nosotros, nuestra intención era parecer serios e intransigentes, pero el efecto habría sido mejor si hubiéramos tenido tiempo de peinarnos.

Al llegar a este punto, fui yo quien interrumpió el relato. Me imaginé al señor Cunningham y al señor Hunter —ambos ingleses, ambos de lo más convencionales y decorosos— en una sala de justicia a medianoche, ataviados con pijamas de variados tonos pastel, con semblantes solemnes y judiciales, pero con el cabello desordenado por sus almohadas. Por vez primera en mi vida, me reí hasta las lágrimas. Únicamente mi fuerte deseo de saber cómo terminaría el relato me hizo detener por fin.

—No hay mucho más que contar —dijo el señor Anson—, pero se lo diré porque fue el señor Martin quien lo hizo. Bueno, como les

habíamos dicho, entró el comandante. Se inclinó como si estuviera vestido de ropa formal tradicional, y dijo «buenas noches», como si la hora hubiera sido las nueve en vez de casi la una de la madrugada.

—Todos dijimos buenas noches educadamente, pero luego el señor Martin tomó cartas en el asunto.

—«Miren», dijo, dirigiéndose al comandante con una gran dignidad mientras señalaba con un brazo de color azul pálido hacia los tres pequeños patrulleros, «sus sus hombres han arrestado a un oficial extranjero».

—El oficial, a propósito, estaba vestido completamente en uniforme y, en comparación con el resto de nosotros, parecía un emperador como mínimo. Además, seguía diciendo en voz baja cosas terribles en su propia lengua. El comandante lo miró y empezó a despertarse.

—«Yo…», tartamudeó él, «nosotros tenemos nuestras órdenes». Esta idea pareció darle confianza. «El señor estaba en la calle después de las nueve de la noche sin su pasaporte. Permanecerá detenido aquí hasta la mañana, cuando será llevado donde el alcalde».

—Vi que los ojos de Martin empezaban a brillar con malicia. Sí, brillaban —insistió frente al reclamo del señor Martin—. No sabía lo que iba a hacer luego.

—¡Ridículo! —dijo el señor Martin—. Había una sola cosa por hacer.

—¿Qué cosa? —exigimos la señora Martin y yo.

—Decirle a ese bandido que obligara a sus jóvenes ladrones a devolver todo lo que se habían llevado de los bolsillos del oficial.

—¿Usted le dio órdenes al comandante en cuanto a lo que debía decirles a sus propios hombres? —le pregunté interesada.

—¿Y por qué no?

—¿Y el comandante hizo lo que usted le dijo?

—Claro que sí lo hizo —dijo el señor Anson contestando la pregunta—. Incluso fingió una actitud de asombro y escándalo, aunque sabíamos muy bien que él habría compartido el botín. Luego empezó a balbucear algo sobre un pasaporte, de nuevo, y sobre el alcalde y una multa; pero Martin lo interrumpió en seco.

—«Tenga la amabilidad», le dijo Martin al oficial alemán, «de pagar una multa de dos dólares. Eso lo librará de cualquier posible complicación. Por lo demás, yo asumo toda la responsabilidad».

(La señora Martin miró a su esposo radiante de orgullo y con gesto de aprobación).

—Bueno, el oficial pagó la multa y, por primera vez, dejó de decir groserías.

—Luego, el señor Martin se inclinó con pompa al comandante y el comandante se inclinó hacia él. Todo el mundo dijo «buenas noches» muy cordialmente y, luego, nosotros, los cinco extranjeros, salimos juntos, dos estadounidenses y dos ingleses, todos en pijamas, y un alemán en su uniforme completo de oficial. ¡Vaya, qué gracioso fue!

—¿Alguien los vio en las calles? —preguntamos la señora Martin y yo, mientras todos nos reímos juntos.

—Ni un alma. No había nadie por allí. El oficial se fue, afortunadamente, a su barco, y nosotros regresamos a nuestras casas y camas, y nadie más se enteró de nada.

20 de julio

Hoy es el Día de la Independencia en Colombia, lo que para nosotros es el Cuatro de Julio. Nadie en la finca está prestando atención alguna a ello (dudo que alguno de los mozos sepa qué día es), y creo que casi no lo celebran en Santa Marta. El año pasado pasé el veinte en Bogotá, y debido a la revolución, tampoco hubo celebración de ningún tipo. Durante las semanas previas, hubo rumores inquietantes de que iban a suceder grandes eventos políticos en aquel día. Marín, el general liberal negro, proclamó que tenía la intención de pasar el veinte en la capital de la nación. Pero no sucedió nada, con la excepción de que la comida se volvió tan cara como si hubiera un asedio y la pobre gente se moría de hambre. El día diecinueve, recuerdo, fui a ver a mi dentista, quien era un liberal ardiente, y mientras iba saliendo me dijo que volviera nuevamente al día siguiente. «¿El veinte de julio?», le recordé. «Usted no estará en su oficina mañana,

¿verdad?». «¡Estaré mañana y también *cada* día hasta que caiga este gobierno!», dijo vehementemente. «No estamos en paz y tengo muy pocas ganas de celebrar un festivo. ¡La espero mañana!». Estoy tan feliz de no haber nacido colombiana.

A menudo me asusta pensar cuán diferente podrían haber resultado las cosas si no hubiera ocurrido algún incidente insignificante que hiciera que los eventos se desencadenaran de la forma en que lo hicieron. Es increíble considerar que un pasito hacia la derecha o la izquierda, una decisión tomada sin pensarla mucho o, incluso, la acción fortuita de alguna persona que, de otro modo, no tiene nada que ver con la vida de una, puede cambiar la balanza hacia un lado u otro y terminar causando los resultados más tremendos. Si no hubiese ido justamente a aquella pensión que visité en Suiza, no habría conocido a los Caravallos y es casi seguro que nunca habría visto Suramérica. Luego, otra vez, cuando estaba en Barranquilla esperando tomar el siguiente barco de vapor hacia Nueva York, resultó que el que venía era el único durante ese mes que iba a parar en Kingston por el camino hacia el norte y, por esta razón, cada litera ya había sido reservada antes de su llegada a Colombia y, por ende, no había puesto para mí. Entonces, cuando me enteré de que tendría que esperar una semana más si quería partir de Barranquilla, decidí, más bien, ir a Santa Marta y tomar el barco bananero desde allí, y la única razón por la cual no me fui en el barco bananero fue por lo que le dije, por casualidad, al señor cónsul, en cuanto a mi anhelo de experimentar la vida en una plantación de café. Es una cuestión muy, muy antigua: hasta qué punto estas cosas están dispuestas para nosotros antes de nacer y cuánto tenemos nosotros mismos que ver con ellas; aun así, incluso allí donde los sabios no se han puesto de acuerdo, no puedo evitar inclinar mi mente, modestamente, a reflexionar sobre ello. ¿Qué tal que no hubiera ido a esa pensión? Y así había muchas, muchas otras. ¿Qué tal que hubiese sido cualquiera de los tres barcos de vapor que no paran en Kingston cada mes? ¿O qué tal que no le hubiese mencionado nada del café al señor cónsul? Todo esto me ha venido a la mente

al pensar cuán cerca estuve de no tener una huerta. Solo hice un comentario acerca de ser agricultora; fácilmente habría podido hablar de monos. Según entiendo, Maeterlinck afirma que el futuro es tan real como el pasado. En ese caso, la huerta era tan real hace dos semanas como lo es hoy. Pero ¿y si el señor Martin no hubiera sugerido hacer una huerta? ¿Si por casualidad no hubiese mencionado la agricultura?

La mañana después de que la señora Martin y yo bajamos la loma y escogimos el sitio, el señor Martin me permitió aprovechar a Francisco, y durante los siguientes nueve días, excluyendo los domingos, le pagué al hombre quince dólares de papel colombiano al día para que trabajara para mí. El resultado es satisfactorio en grado superlativo. Tengo una huerta de diez eras, cada una de alrededor de unos ocho metros de largo por uno de ancho, toda encerrada con una cerca de alambre para protegerla contra las gallinas de la señora Martin. En las eras he sembrado semillas de frijoles, arvejas, remolacha, repollo y cebollas de las Bermudas blancas y rojas. Además, he llenado una era con semillas de las matas de tomate de la Niña Eva. Ahora espero impacientemente a que las semillas asomen sobre la tierra, y estoy llena de envidia hacia Jonás, cuya calabaza creció en una sola noche. Mientras tanto, he pedido cuatro barriles de papas de los Estados Unidos; cuando lleguen, van a ser sembradas en uno de los espacios abiertos, ya que no hay tierra sin uso al lado de la casa.

Estaré muy contenta cuando estemos en la casa nueva y más cerca de mi huerta; ahora tengo que subir media hora para sembrar un solo frijol. La Casa Nueva avanza de maravilla y esperamos mudarnos alrededor del primero de agosto. El armazón exterior de la casa está casi todo «embarrado»; se están terminando los suelos de cemento en las habitaciones del piso inferior y el techo ya tiene sus tejas. Vamos a tener cielorraso, así que ya no caerán más ratas sobre mi cama desde las vigas.

Casi todos los materiales de la nueva casa se han fabricado aquí en la plantación. Las tejas se hacen de madera que talamos en nuestros propios bosques, las puertas y marcos de ventanas las hacen

nuestros carpinteros, las tablas del piso se cortan aquí y hasta los ladrillos de la chimenea se fabrican en casa. En realidad, las únicas cosas que creo que son importadas en este momento serían los vidrios de las ventanas (¡ya no entrará esa neblina tan densa como para formar bolas con ella!), el cemento de las habitaciones de abajo y los pasillos, y las bisagras, cerraduras y pestillos. Hasta tendremos muebles hechos por nativos cuando ya esté terminada la casa y los carpinteros puedan enfocarse en hacer las mesas y sillas.

El domingo, después de haber regresado de la parranda de los Anson, don Roberto subió para llevarme a buscar orquídeas. Esta no es la parte de Colombia donde se encuentran las mejores y más raras orquídeas, pero hay algunas aquí en el bosque que los del norte considerarían hermosas, y quería enviárselas a mi hermano, allá en casa. Ciertamente, fue un buen gesto por mi parte hacer esto, porque tuve la experiencia más espantosa intentando llevar una caja de orquídeas y otras plantas tropicales cuando venía de Bogotá hacia la costa; tan espantosa que juré en ese momento que nunca más tendría algo que ver con las orquídeas de manera voluntaria. Uno de los hombres de nuestro grupo llevó un loro y yo llevé orquídeas. Sería difícil decir cuál de los dos nos causó más problemas, pero murió primero el loro. Si en algún momento llego a tener un enemigo, intentaré hacer que viaje durante semanas, en tiempos de guerra, a través de los trópicos en mulas, barcos y trenes, llevando matas que se deben regar, pero que no deben tener demasiada humedad, y que no pueden recibir sol directo justo cuando no hay nada de sombra. Todavía puedo ver esa caja de orquídeas cayéndose del lomo de la mula con el resto del cargamento, la mula rodando una y otra vez y rompiendo todo a patadas; el señor Adams gritándole al arriero que colocara esa cajita por debajo de la maleta para que el sol no le diera, y al arriero maldiciendo a la mula, a las orquídeas, al loro y a nosotros de manera indiscriminada. «¡Mula sinvergüenza!», gritaba con ira, y la mula sinvergüenza se ponía de pie a trompicones, tenía sus ojos vendados, permitía que le colocaran el cargamento con resignación y prometía portarse bien hasta la próxima vez.

Pero eso fue hace seis meses y tanto ha sucedido en ese lapso que ya me he calmado con el asunto de las orquídeas, y cuando don Roberto me dijo que sabía dónde había unas muy finas, de alguna manera me sentí completamente dispuesta a ir a buscarlas.

Íbamos en mula, por supuesto, y cruzamos el valle por un hueco cortado en la selva que poco se usa, y en la mayoría de los tramos es nada más que una senda. No obstante, en una parte se ensancha hasta tener un ancho de aproximadamente dos metros, y fue allí donde vimos la culebra. Y ¡vaya culebra que fue! Más que una culebra, fue una boa constrictor. Yo iba adelante cuando, como les digo, el sendero se ensanchó y, atravesándolo, exactamente frente a mí y casi debajo de las patas delanteras de mi mula, se deslizaba lentamente una serpiente enorme. Estaba tan sorprendida que puede que me haya parecido mucho más grande y larga de lo que realmente era, pero don Roberto, quien se me acercó apresuradamente cuando me detuve y grité, dijo que realmente era gigantesca y de las más grandes jamás vistas en la Sierra Nevada. Cuando la vimos por primera vez delante de nosotros, ya no se veía su cabeza porque estaba metida en el bosque en un lado de la senda y, mientras esperábamos allí mirándola deslizarse por el camino, parecía que pasaban minutos, y seguramente eran muchos segundos, antes de que su cola apareciera de un helecho en el otro lado y finalmente desapareciera. Cuando estuve en Bogotá, un día llegó a la casa de los Caravallos un cazador indio con lo que yo pensaba que era un rollo de estera. Tenía cerca de un metro de ancho, y era un bulto tan grande que, mientras el hombre lo sostenía bajo el brazo, le llegaba desde la axila hasta los dedos. Lo puso sobre el piso del corredor y lo desenrolló, tal como un vendedor exhibe una pieza de alfombra, y entonces observé, con maravilla y deleite, que era una piel seca de serpiente de un metro de ancho, como ya mencioné, y de unos seis metros de largo. El hombre la había traído para mí, pero era tan enormemente voluminosa que tenía miedo de no poder llevármela nunca a casa; entonces me rehusé a aceptarla, y me he sentido arrepentida desde entonces. Por supuesto, nuestra culebra del domingo no era tan larga como esa, pero

era significativamente la más grande que haya visto con vida, y quise poder tener su piel. Si don Roberto hubiese tenido la oportunidad de acceder a su cabeza, él podría haberla cortado con su machete, pero era imposible seguir a la criatura bosque adentro, y haberle dado un tajo en su cola mientras cruzaba la senda habría sido una locura: nosotros habríamos «dado un tajo a la serpiente sin matarla»[11]. En todo caso, se fue. Era una verdadera belleza, y estoy feliz de haberla visto.

Seguimos nuestro camino y conseguimos muchas orquídeas; sin embargo, ninguna era como las que vi en el interior. Mientras montábamos, le conté a don Roberto mi plan para una huerta. Apenas acababa de empezar cuando me interrumpió:

—Pero, señorita (él siempre me llama *señorita*, haciendo vibrar la ere como un español, mientras que el resto de su discurso es tan inglés que la combinación es fascinante). Pero, señorita, las semillas, inclusive en el trópico, necesitan tiempo para crecer, ¿no lo sabe?

—Por supuesto que sí; lo sé muy bien —me quejé—. Tengo tanta prisa por que broten que no sé cómo voy a esperar.

—Efectivamente —contestó él. Luego, un brillo muy poco inglés apareció en sus ojos, de tal forma que, a pesar de mí misma, bajé la mirada—. Pero la pregunta es: ¿usted va a esperar? —preguntó mirándome.

Es desconcertante y extraño para un hombre tener dos nacionalidades a la vez. Conozco a los hombres ingleses, y conozco a los hombres colombianos, pero encontrar ambas en una sola persona es más de lo que una mujer puede soportar.

Realmente no había considerado el hecho de que, al conformar una huerta, me estaba comprometiendo a un futuro de al menos algunos meses en la Sierra Nevada. Cuando subí aquí, pensé que, para el otoño, si no antes, ya habría tenido suficiente de este lugar. No obstante, ya es casi el primero de agosto y estoy sembrando se-

11. **N. del E.:** Cita de *Macbeth* (acto 3, escena 2), de Shakespeare: «Le dimos un tajo a la serpiente sin matarla. Sanará y se repondrá, mientras nuestra pobre inquina sigue expuesta a sus colmillos».

Acuarela que refleja las labores de la hacienda Minca y el trapiche de caña donde se hace la panela.

millas de repollo, que, como señala don Roberto, requieren tiempo, inclusive en el trópico.

Él todavía me miraba, esperando una respuesta. «¡Tonterías! Él es solo un hombre», me dije a mí misma, con desprecio. Luego, en voz alta:

—Oh, siempre puedo dejar la huerta e irme a casa, ¿sabe?

Esto se suponía que debía sonar frío y demoledor, pero me temo que era demasiado evidente que se trataba de una ocurrencia repentina como para que tuviera algún efecto. Él es lo suficientemente inteligente como para haber percibido que la idea de «dejarla e irme» se me había ocurrido en ese instante, y que, de hecho, estaba planeando, inclusive si yo aún no lo sabía, permanecer en El Cafetal indefinidamente.

Pero imagino que comprendió que no me gustaba mucho que alguien más entendiera mis acciones mejor de lo que yo misma las pudiera entender.

—¿Alguna vez ha visto cómo se hace la panela? —me preguntó de repente—. ¿O la ha comido usted caliente y suave?

—No —dije—; ni lo uno ni lo otro. No producimos panela en El Cafetal, ¿sabe?

—¿Bajarían usted y la señora Martin a Vista Linda uno de estos días, pronto, a ver el proceso?

—Estaría encantada.

—¿Cómo le va a usted con las ratas?

Sin duda, los latinos tienen una agilidad en el discurso que un anglosajón jamás podrá tener. No creo que Kent pudiera cambiar el tema tres veces en tres minutos, aunque un hombre estadounidense podría hacerlo mejor que un inglés. ¡Me imagino a Harry Hunter aleteando a toda velocidad de un tema al otro como un colibrí de flor a flor! Es más fácil imaginarse a un búho danzando una giga[12].

Era necesario pensar mucho y rápido para seguirle el paso al esprint mental de don Roberto, pero lo hice, y me gustaba hacerlo.

12. **N. del T.:** Estilo de baile muy animado, a veces denominado *slide*, de origen irlandés.

—Yo siempre duermo dejando solo mi nariz fuera de las cobijas —dije entonces—. Las ratas corren sobre las camas, y no dejaría que alguna de ellas tocara mi rostro por nada en el mundo. ¡Ugh! Son lo único de la hacienda que no me gusta.

—Debería tener un gato —dijo don Roberto—. De hecho, una gata y dos gatitos.

—¿Por qué dos gatitos? —pregunté.

—Porque la gata que voy a darle tiene dos hijos a los que no les gustaría estar separados de ella —respondió seriamente, con el tono de alguien que alude a una madre viuda y sus crías.

El lunes en la mañana, el mozo de la casa de don Roberto apareció con un cesto.

—Un regalo para la señorita —anunció el muchacho poniendo el cesto en mis manos.

—¿Qué diablos es esto? —exclamó la señora Martin.

—Una gata y dos gatitos, por supuesto —le dije en tono prosaico mientras levantaba la tapa.

La señora Martin me miró fijamente, pero inmediatamente desvió su mirada, ya que una gata gris y grande salió y caminó sobre el piso mientras un gatito negro y uno beige rodaron junto a ella.

Había dos pequeños sobres amarrados a la manija del cesto, uno dirigido a la señora Martin y otro dirigido a la señorita Parnell. Dentro de cada uno, estaba la tarjeta de don Roberto. Bajo su nombre, había escrito: «El miércoles desde las dos hasta las cinco», y a lo largo de la parte superior «panela», como si se tratase de «baile» o «*bridge*».

La señora Martin y yo nos reímos y de inmediato enviamos de regreso con el muchacho nuestras tarjetas con un «Aceptado» inscrito en ellas.

La panela es el sustituto colombiano del azúcar de maple; está hecha de caña de azúcar. El miércoles, la señora Martin y yo bajamos a Vista Linda, y contemplamos cómo se hacía la panela desde el inicio hasta el fin, exceptuando el corte de la caña, que se había hecho el día anterior. La caña, en grandes fardos, es llevada por los

bueyes al lugar donde se muele (puede ser que yo no hable con los tecnicismos), donde se machaca entre rodillos. El jugo corre hacia unos tanques que son calentados desde abajo, y se hierve hasta que parezca melaza. Luego se drena, se deja enfriar y espesar un poco, y luego, se sirve en moldes de unos cinco centímetros de profundidad, quince de largo y diez de ancho, donde se endurece en pedazos. Cuando está suave y tibia, es la cosa más deliciosa que he comido, y dura y fría parece más azúcar de maple. Los nativos la consumen bastante, así como los niños, y también lo hace la institutriz de la señora Martin. Nosotros tomamos nuestro café tan temprano que a las diez de la mañana estoy medio muerta de hambre, de lo cual solo el pan y la panela me pueden salvar. Si la señora Martin se encuentra en el almacén, ella reparte la comida que da vida con generosidad. Si no está allí, ella me da la llave y yo me sirvo. Puede ser que, por esta situación, el pequeño Willie me relacione vagamente con el almacén, la llave y su adorada panela. Como sea, el pasado domingo se despertó muy temprano, se levantó de la cama antes que cualquiera y fue solo hasta el corredor. Poco después, naturalmente sintió hambre. Su madre y su padre todavía estaban dormidos, y yo creo que él cayó en cuenta de que, si los despertaba, corría el riesgo de que lo regresaran a la cama de manera oprobiosa. Entonces, debí llegar a su mente de bebé, ya que hubo un golpeteo en una de mis puertas exteriores, y al abrirla, contemplé a Willie, todavía en su camisa de dormir, muy alicaído y sufriendo de espasmos de hambre. Cuando abrí la puerta, su rostro se iluminó, creyendo, imagino, que el alivio estaba a su alcance.

—Tía —como suele llamarme—, pan, panela. —Al mismo tiempo, agarró mi mano para conducirme al almacén.

—Pero, Willie —le dije—, no puedo darte pan y panela. Todo está con llave.

—¡Tía! —repitió enfáticamente, como si yo no lo hubiera entendido—, pan, panela. ¡Venga! —Y seguía tirando de mi mano.

—Pero, Willie —dije de nuevo—, no te puedo dar, querido. No tengo la llave.

Con la palabra *llave*, pareció comenzar a entender la situación.

—¿No tiene llave? —inquirió buscando.

—No —le aseguré—. De verdad no la tengo, Willie.

Soltó mi mano, dio un fuerte suspiro y luego se alejó sacudiendo su cabeza. Hasta cuando estuvo lejos en el corredor, lo escuché repitiendo una y otra vez, en el tono más melancólico: «Tiene llave, no; tiene llave, no».

El miércoles le agradecí a don Roberto por la gata y los dos gatitos —la gata, por cuenta de las ratas, y los gatitos, por cuenta de ellos mismos—. ¡Son las cositas más preciosas! Los nombré Claro y Oscuro, porque así son. Nada es más divertido que sus travesuras juntos. Ayer en la tarde, me senté en el corredor a observarlos, y reí casi hasta llorar. Primero, los dos espiaron un bicho en el césped, y los dos dieron saltitos gráciles hacia él. Luego, el bicho debió de moverse (yo no podía verlo) porque los gatitos retrocedieron, perplejos. Acto seguido, se acercaron con cautela, saltaron hacia la criatura desde lados opuestos, sin tocarla, pero golpeándose el uno al otro suavemente. Entonces, olvidaron al enemigo externo y la guerra civil empezó. Ambos se agacharon, mirándose el uno al otro con cautela. De repente, saltaron juntos, y rodaron y rodaron al encontrarse. Luego se separaron y se quedaron tranquilos por un instante. Claro fingía estar con la guardia baja; Oscuro lo observaba con astucia. De repente, la pata de Claro se asomó, y raudamente golpeó a Oscuro en la oreja. Arriba saltó Oscuro y se apartó a toda velocidad; Claro iba tras él. Echaron carreras por el prado hasta que llegaron a un gallinero ahora desocupado. Oscuro se lanzó detrás del enrejado; Claro se detuvo justo afuera, en guardia. Hubo unos segundos de suspenso; luego, sin aviso, la pata de Oscuro voló afuera y golpeó a Claro directamente en la nariz. A eso siguió un estrellón salvaje a la malla por parte de Claro, y una defensa estupenda por parte del asediado. Aprisa, Claro dejó las hostilidades y, dando la espalda a su hermano, empezó a lamerse sus patas y acicalarse su pelaje, alterado por la refriega. Oscuro se mantuvo agachado, pero casi que pudo observarse un guiño mientras permanecía sentado observando a Claro y se

fijó en su actitud confiada. Si es que se había acordado tácitamente una tregua, Oscuro rompió la confianza de la forma más vergonzosa, ya que, mientras Claro se aseaba confiadamente y reinaba la paz y tranquilidad, ¡*presto*!, Oscuro salió del enrejado. Claro rodó por los suelos y, encima de él, cayó el pérfido hermano, hasta que ambos quedaron enredados en una suave pila de forcejeos. En ese momento me reí fuertemente; los gatitos se separaron, retrocedieron y me miraron, en alerta. Luego, en un impulso natural, corrieron frenéticamente cruzando el prado, bajo las rosas y alrededor de la casa, perdiéndose de vista.

Otra cosa divertida sucedió ayer. Había lavado mi cabello y luego había salido para dejar que se secara con el sol. Tomé un libro conmigo, y mientras leía, de improviso sentí, en la parte de atrás, una sacudida y un tirón en el cabello, pero pensé que era uno de los niños y no le presté atención. Luego sentí un fuerte tirón y me giré rápidamente para protestar y atrapar al pícaro. Pero, en lugar del niño risueño que esperaba encontrar evadiéndome, estaba un pequeño ternero, mirándome con ojos marrones llenos de asombro. Evidentemente, había confundido mi cabello con un manojo de paja.

29 de julio, domingo

Ayer en la mañana, la señora Martin y yo trabajamos de siete a once plantando repollos. Yo, personalmente, planté trescientos cinco pequeños repollos que la señora Martin me dio de su jardín, cultivados de semillas. Estas, por supuesto, no las puse en las eras de mi jardín de cocina; no habría tenido espacio, pero sí en un claro bajo los árboles de banano. Luego, en la tarde, bajé la colina de nuevo y sembré, en mi jardín, semillas de zanahoria, coliflor y pepino cohombro (los fríjoles y arvejas que planté la semana pasada ya están brotando). Me fui a acostar a las ocho y dormí por diez horas. Todos los que han estado últimamente aquí se han burlado sin piedad de mis cultivos de vegetales. Me ofrecen lupas para poder ver los pequeños brotes verdes sobre el suelo; han vaticinado que mis rendimientos de papa serán

barriles vacíos y me dicen que la sal no crece a esta altura. El señor Cunningham vino el otro día anunciando que había llegado por vegetales frescos, y que desearía poder hacer su pedido, ahora, de todas las papas que yo vaya a cosechar. La otra noche, mientras cenábamos, Juana subió de Santa Marta trayendo consigo una carta del agente del señor Martin que decía que cuatro barriles de papas habían sido ordenados de Nueva York. El señor Martin miró la nota y me la entregó sin comentarios. Yo la leí y se la pasé a la señora Martin, quien cordialmente dijo: «Bueno, entonces tus papas están realmente en camino». El desagradable hombre inglés estaba cenando con nosotros esa noche, y tras el comentario de la señora Martin, me dijo sarcásticamente: «Supongo que espera usted hacer su sempiterna fortuna».

Estaba tratando de pensar en algo que decir cuando el señor Martin levantó la mirada de su postre y dijo tranquilamente:

—Esas papas son mías.

Todos lo miraron fijamente.

—¿Qué? —dijo el inglés desagradable.

—*Esas-papas-son-mías* —repitió el señor Martin, igual de tranquilo, pero con un énfasis que podía sentirse.

No se pronunció una palabra más sobre el asunto: no era necesario. El señor Martin había dejado perfectamente claro que cualquier comentario adicional sobre papas podría ser redirigido a él. Como dice Jean Ingelow, «algunos hombres son tan caballeros».

8 de agosto, miércoles

La casa nueva

Nos mudamos el sábado pasado. Kent vino a ayudarnos y todavía sigue con nosotros. Llegó el sábado en la mañana en medio de la confusión, y como, por supuesto, no sabía que nos estábamos mudando a la nueva casa ese día, mientras subía, inicialmente pensó que teníamos otro incendio. Harry Hunter vino con Kent de La

Ventura para mostrarle el camino, así que tuvimos otro ayudante más en nuestro cambio de residencia, pero el señor Hunter se regresó esa misma tarde. ¡Nunca hubo una mudanza como esa! Cada objeto debía cargarse cuesta abajo a lo largo de ciento veintidós metros, por una colina bien escarpada. Fue una suerte contar con tantas manos, ya que todo debía estar bajo techo antes de que empezara la lluvia. La escena en la ladera de la montaña, entre la casa vieja y la nueva, se veía como una colonia de hormigas que, cargadas con el botín, corrían ocupadas de un lado a otro, de un hormiguero a otro. Estábamos el señor Martin, Kent, Harry Hunter, don Pepe, la señora Martin, todos los niños que pudieran caminar o tambalearse, yo, todos los sirvientes de la casa y uno o dos hombres de la hacienda. El asunto era arriba, arriba, arriba y abajo, abajo, abajo, como el rey de Francia y sus diez mil hombres. «Y cuando íbamos solo a medio camino hacia arriba, no estábamos ni arriba ni abajo»[13]. Para el mediodía, ya todo había terminado; el desayuno se cocinó en la nueva cocina y se comió en el comedor de la casa nueva. No había tapetes que extender en el piso; las cosas simplemente se pusieron en el lugar y la esquina indicados, y todo quedó resuelto. Cuando llegó la lluvia y la tarde se tornó fresca, encendimos un fuego en la nueva chimenea; y cuando vimos que la chimenea tenía un tiro perfecto, sentimos, por el momento, que no había nada más que pedir. Desde luego, como somos seres humanos, rebosantes de vida y sanamente progresistas, estamos ahora, dos días después, felizmente insatisfechos de nuevo. Queremos nuevos muebles de todo tipo; algún tipo de papel tapiz o similar para las paredes internas y techos; el señor Martin quiere una parhilera; y la señora Martin y yo estamos ansiosas por pintar la chimenea. Pero estas cosas llegarán a su tiempo, y mientras tanto, estamos en la casa cuya construcción hemos observado por tanto tiempo y con tanto interés. ¡La casa nueva! Todo es conveniente y confortable, y tenemos un buen sentido del espacio y la expansión. Se siente extraño volver a subir

13. **N. del T.:** Referencia a la canción para niños llamada *El gran duque de York*.

escaleras después de haber vivido por completo en un solo piso. Mi nueva habitación está en el segundo piso, y considero que tengo la mejor de la casa, ya que la ventana da a la vista, el oeste y el atardecer. Hay dos habitaciones arriba, además de un gran espacio que empleamos para almacenar. Abajo tenemos la sala, el comedor, un vestíbulo cuadrado, tres habitaciones, una oficina y una hermosa despensa, que es la alegría del corazón de una ama de casa. Aparte de la casa principal, pero conectada por un corredor cubierto, están la cocina y el alojamiento de los sirvientes, y un baño público en el que hay un tanque grande de cemento. El agua le llega de una quebrada que baja de la colina, recibiendo el calor del sol durante su recorrido; así, a las diez de la mañana se ha calentado a la temperatura correcta para tener un baño delicioso. A una corta distancia de estas construcciones hay una casa para las gallinas y un corral. Al lado derecho de la casa está el jardín de la señora Martin (el mío está abajo, después de un pequeño declive); más allá de eso, está la tienda (una construcción de buen tamaño con varias habitaciones) y, más allá, el establo, como es llamado, pero que no es más que un cobertizo muy grande y abierto donde las mulas pueden guarecerse cuando no están en el campo. La tienda es un factor bastante importante en la vida de la hacienda. Siempre se le menciona por su nombre en inglés, no sé por qué. Llamamos al *sitting-room*, la sala; al *store-room,* la despensa; a los *muleteers*, arrieros; a la *plantation*, una finca o una hacienda; y así, pero a la tienda siempre le dicen su nombre en inglés, *store*; ni siquiera es una *shop*. Todo lo que los mozos y sus familias necesitan para comer, para ponerse o para mantener la casa se vende en el store, y cada día a las cinco, cuando hacen sonar el gong para que dejen de trabajar, la gente viene en masa a comprar. A la venta o, en términos generales, a la atención de las demandas le dicen *despatching*[14], una palabra del español anglicanizada. Don Pepe usualmente *despatches*, pero algunas veces

14. **N. del T.:** A continuación, la autora hace una reflexión sobre el uso de *despatching* como un anglicismo que han adoptado para esta acción.

la señora Martin lo hace, y luego me parece de lo más interesante ir abajo y sentarme en el extremo de un barril y ver la escena. Generalmente, los hombres son los que vienen a comprar, pero a menudo las mujeres vienen también, y a veces niños pequeños. Se juntan frente al mostrador, riendo y bromeando, y uno a uno son *despatched*. Los esenciales de más venta son arroz y manteca, sin los cuales, cocinados juntos, no creen que puedan vivir un día. A veces pienso en la rima sin sentido:

Es más barato por docena,
y lo alimenta a uno,
y ese es el principal objeto de la comida

Pero ellos también se van de las tiendas con calicó, fósforos, plátanos, malangas (el sustituto colombiano de las papas), panela; todo tipo de elementos metidos en la popular mochila que llevan al hombro. El sol justo se pone cuando van a sus ranchos, y la larga luz cae sobre imágenes dignas de ser vistas, de grupos dispersos con rostros morenos, ojos brillantes, cabello oscuro y desordenado, y cuerpos erguidos sin mucho cansancio de la jornada laboral. Se separan hacia sus chozas y a su cena, y a la vida familiar que les sea posible dadas las condiciones en las que viven, las cuales me impactaron tremendamente cuando vine aquí la primera vez, pero a las que ya estoy completamente habituada, por no decir reconciliada. Uno nunca puede estar seguro, al hacer el llamado matinal en cualquiera de los ranchos, de qué combinación exacta de señor y amante se asomará; no hay certeza por ningún medio de que sea la misma pareja que uno vio junta el día anterior. El hombre puede ser el extraño, o puede ser la mujer, pero el cambio de uno u otro no es nada inusual. Cuando supe de este estado de las cosas, me pareció que algo debía hacerse al respecto y me aventuré a expresarlo. Luego me contaron la historia de los matrimonios de la señora Warner y ya no hice más sugerencias. Al parecer, hace unos años, había en una de las fincas un administrador llamado Warner, quien

era esposo de la hija de un sacerdote inglés. La señora Warner llegó directamente de la casa cural a la Sierra Nevada, y su consternación frente a lo que encontró puede adivinarse fácilmente. Lloró y sentía nostalgia, y decía que este era un país pagano, y que ella nunca podría vivir aquí, pero que, si ella iba a vivir aquí, al menos pondría un alto a la vida en concubinato de los ranchos. Hablaba de la ignorancia de los pobres salvajes sobre sus obligaciones morales y dijo que ellos solo necesitaban a alguien que les enseñara, y que una vez esto se hiciera, felizmente vivirían una mejor vida. Mandó traer en mula a un sacerdote de Santa Marta. Hubo un día completo en el que reunieron a la gente y los exhortaron a contraer nupcias. Al final del servicio, todas las parejas, una tras otra, fueron solemne y legalmente casadas. El cura fue llevado de regreso a Santa Marta, y una gran satisfacción y sentido del deber bien cumplido llenó el corazón de la señora Warner.

¡Pobre señora Warner! Había hecho lo mejor; al menos podía reconfortarse con ese pensamiento, y eso es siempre un consuelo. Consuelo de algún tipo ciertamente necesitó, ya que en menos de un mes de la ceremonia ya no había ni una sola pareja en la hacienda que estuviera conformada por el mismo hombre y la misma mujer que el sacerdote hubiera unido en santo matrimonio.

—Así que, como ve —dijo resignadamente la señora Martin—, nada hay que pueda hacerse. Y a mí me parece mejor así —añadió de la manera más razonable—, dejarlos vivir como lo hacen, sin casarse, en lugar de casarlos sabiendo que serán infieles a sus votos en menos de un mes.

La señora Martin es de las mujeres más razonables que he conocido; una de las pocas que puede observar algo desde la perspectiva del otro. Es muy tranquila y tiene mucho autocontrol, en el mejor sentido de la palabra, lo cual no implica que no sea impulsiva. ¡Cómo me disgusta una persona que no sea impulsiva!

La otra tarde, un día o dos después de que la señora Martin y yo hubiésemos pasado la mañana trasplantando repollos, Clara llegó corriendo a la casa, muy emocionada, gritando:

—¡Oh! ¿Qué creen que ha hecho Francisco?

—¿Qué? —exigimos saber.

—¡Ha sacado todos los repollitos de mamá y los ha puesto en el jardín de la señorita Parnell!

Desafortunadamente, era muy cierto. No sabemos por qué lo hizo, pero, por algún malentendido de órdenes, Francisco, el señor que trabaja para mí, había desenterrado cuidadosamente casi todos los repollos tiernos que la señora Martin había puesto en la tierra con tanto esfuerzo y los había replantado en mi jardín. Eso habría sido suficiente para que una esfinge se halara los cabellos, porque no solo había echado por el suelo todo el trabajo de la señora Martin, sino que ella había perdido sus repollos, pues estos no soportarían ser trasplantados una segunda vez. La Niña Eva solo reía y reía y reía hasta que ya no pudo reír más.

Kent ha estado visitando las haciendas en el otro valle, y ahora, como he dicho, está aquí en El Cafetal. Ha estado estudiando el café de primera mano, y a pesar de que demuestra una actitud fría y desapasionada al hablar del tema, puedo notar que, si aún no padece un caso de fiebre de café, al menos su pulso es rápido y su temperatura está por encima de lo normal. Todas las mañanas sale con el señor Martin y se queda hasta la hora del desayuno observando a los mozos en lo que sea que estén haciendo. Después del desayuno, se vuelven a ir los dos, caminando o cabalgando por la finca; hasta estoy segura de que no hay una pulgada a la que un hombre o una mula puedan ir que Kent no haya visto ya. Ahora conoce la plantación mucho mejor que yo, tanto que siento como si él fuera el que perteneciera a este lugar y yo fuera la extraña recién llegada, y no sé si eso me gusta o no. Supongo que es una conducta muy enérgica y empresarial, pero pienso que no debería pasar todo su tiempo así. Inclusive después de la cena, Kent y el señor Martin hablan de hectáreas y talar, y limpiar, y sombra, y trilladoras, y secadoras, hasta que es hora de dormir; de hecho, la señora Martin y yo nos vamos a nuestras habitaciones y dejamos a esos dos hombres

todavía fumando y hablando en la sala, y quién sabe a qué hora se van a la cama.

El único momento que Kent ha tenido para mí fue en la tarde del domingo pasado, mientras el señor Martin tomaba su siesta, e inclusive, en ese momento, sus pensamientos estaban completamente en el café. Entre los momentos de lluvia, lo llevé a mi jardín y le enseñé todo, y le conté sobre las papas y todo lo que estoy planeando hacer. Recordando a don Roberto, naturalmente esperé que Kent me preguntara, con entusiasmo, cuánto tiempo pensaba quedarme en Colombia; hasta me sentí un poco aprensiva sobre lo que podría decir al respecto. No tendría que haberme sentido así; igual podríamos estar hablando del jardín de la señora Martin. Al inicio, de hecho, Kent se veía interesado; me preguntó exactamente cuándo había plantado las semillas y cuánto tiempo llevaban brotando las plántulas. Le dije y le prestó tanta atención a mis respuestas que me sentí halagada y conmovida. Pero cuando terminé y tenía toda la información en su cabeza, él dijo lenta y pensativamente: «Sí, es una tierra sumamente buena. Las semillas no salen así en casa. El café ciertamente debe darse bien aquí».

Luego regresamos a la casa y encontramos despierto al señor Martin, y solo se necesitaba la palabra *tierra* para que empezaran de nuevo una de sus discusiones.

—Veinticinco mil hasta enero del próximo año fue lo que usted dijo, ¿verdad? —Esto lo dijo Kent.

—Sí, veinticinco mil, costo total de hacer la plantación. Pero he tenido ingresos de cinco mil en cosechas, así que, de mi bolsillo, hasta esa fecha, veinte mil dólares.

—Entonces, ¿qué hay sobre la cosecha del próximo año?

—Quince mil dólares. Ocho mil que estarán destinados al funcionamiento del lugar, haciendo que la propiedad, al final del próximo año, represente un costo de trece mil dólares. Los mismos rendimientos para el año siguiente lo bajarán a seis mil.

—Y el año después de ese, entiendo que el café estará en total producción. ¿Cuántos bultos dijo usted?



Filo de cerros de la Sierra Nevada propicios para el cultivo.

—Dos mil quinientos; lo cual significa treinta mil dólares al bajo precio de hoy.

—¿Y los gastos de ese año?

—Diez mil dólares.

—Veinte mil netos. Eso es catorce mil de ganancia. Y una propiedad avaluada en cien mil, ¿ese es su estimado?

—Cien mil, sí.

—¡Por Jove! —exclamó Kent, sus ojos brillando.

—Entonces mira aquí.

—¿Quieren una taza de té? —pregunté tímidamente. (La señora Martin siempre me deja a cargo del té después del mediodía porque a mí me gusta hacerlo y a ella no.)

—Estábamos hablando de café —dijo Kent sonriendo, mientras yo le daba su taza.

—Oh, ¿de verdad? —interpolé.

—Pero a las cinco de la tarde creo que es tiempo de cambiar el tema.

11 de agosto

Kent se ha ido, pero los señores cónsules británicos se están quedando ahora con nosotros. Llegaron ayer en la tarde, acompañados de don Roberto, a quien han estado visitando por un corto tiempo. Tomamos un agradable té, y luego, como Kent va a pasar por Vista Linda unos días a ver esa plantación antes de retornar a Santa Marta, él y don Roberto se fueron juntos.

He notado algo muy curioso con respecto a esos dos hombres: el carácter estadounidense de Kent parece borrar todo lo inglés en don Roberto y dejarle solamente lo colombiano. Cuando don Roberto está solo, si no considero sus ojos, y si no dice «señorita», parece ser completamente tan inglés como el señor cónsul británico; pero cuando está con Kent, de una forma misteriosa el inglés desaparece, se derrite, se disuelve, se esfuma, hasta que no queda rastro de él, y me asombra haberlo creído alguna vez otra cosa que un español.

Es como uno de esos experimentos que solíamos hacer en la escuela. Había una jarra de vidrio llena de algún líquido rojizo-amarillo; el profesor le vertía una gota o dos de algo azul e instantáneamente el rojo desaparecía, dejando puro ámbar. Siempre me ha disgustado la química, pero con personajes en el crisol en lugar de átomos, es una ciencia más interesante.

15 de agosto

Mis papas fueron traídas de Santa Marta anteayer. La casa nueva está mucho más cerca del camino de lo que estaba la vieja y ahora sabemos, tanto por la vista como por el ruido, cuándo los arrieros y las mulas están llegando, al menos unos minutos antes de que lleguen a la tienda, donde se descargan las mulas siempre. A lo lejos, serpenteando en las curvas del camino, vemos la fila de mulas cargadas, y en este instante, el grito largo y peculiar de los arrieros llega a nuestros oídos. Los niños han sabido que mis papas estaban en camino y han estado pendientes de ellas; así, cuando la pequeña caravana fue vista, hubo muchos gritos de «¡Ahí vienen las papas! ¡Ahí vienen las papas!», Ayer, catorce hombres estuvieron plantando, y anoche las papas ya estaban todas en la tierra. Plantarlas me costó doscientos cincuenta y nueve dólares en billetes colombianos (como cinco dólares en oro).

Tengo todas las razones para creer que la ubicación de mi futura cosecha de papa anteriormente era un asentamiento indio. Un pequeño punto en particular fue, evidentemente, un lugar de alguna importancia. A un lado o filo de este espacio, justo donde el suelo comienza a inclinarse acentuadamente, hay dos monolitos de aproximadamente tres metros de altura, separados por unos dos metros y medio de distancia, y desde ellos, pendiente abajo, desciende una escalera de piedra particularmente amplia y bien hecha. Los escalones entonces conducen directamente hacia abajo de los pilares, y la señora Martin y yo creemos firmemente que estos eran los postes de una gran puerta o camino; probablemente la entrada de la morada de un poderoso cacique.

Justo ahí, cavando huecos para las papas, los hombres encontraron dos cuchillos, cada uno de cerca de treinta centímetros de largo; uno curvo al final, parecido a un cuchillo de poda, y el otro recto. Los dos estaban tan incrustados con óxido que tenían el doble de su grosor original, y son muy pesados. El señor cónsul británico estaba muy interesado en el hallazgo.

—Españoles, por supuesto —dijo tomando los cuchillos en sus manos y girándolos de un lado hacia el otro—. Me pregunto si los antiguos españoles llegaron tan arriba del valle o si los indios bajaron a Santa Marta y comerciaban con los hombres blancos y luego trajeron los cuchillos arriba a sus casas. De cualquier modo, esas cosas han estado bajo su terreno de papas, señorita Parnell, por más de trescientos cincuenta años; lo suficiente para que el bosque haya crecido sobre ellos y florecido por siglos antes de que el señor Martin lo talara para hacer sus clareados. ¡Cómo me gustaría conocer la historia personal de estos cuchillos! —prosiguió con aire distraído—. Debieron ser una gran maravilla para los hombres rojos cuando los subieron aquí, primeramente, y me atrevería a decir que eran los tesoros más distinguidos del indio suertudo que los poseyera. Tal vez él haya sido asesinado debido a ellos por algunos envidiosos guerreros que lo hicieron con el fin de tomar posesión de ellos. ¿Por casualidad no encontraron un cráneo humano cerca de los cuchillos?

—No creo que hayan encontrado ningún cráneo —le respondí riendo.

—¡Caramba! Sí lo hicieron —interrumpió el señor Martin—. Lo traje a casa, pero olvidé dárselo a usted. —Introdujo su mano en el bolsillo grande de su chaqueta de campo, sacó un cráneo verdadero y me lo ofreció con sus ojos centelleando.

—Pero es el cráneo de un niño —dije, sosteniéndolo cuidadosamente—; es solo de un bebé.

El señor Martin sonrió, al igual que el señor cónsul británico.

—¿Es este el primero que ha visto, señorita Parnell? —preguntó el señor Martin.

—¿El primer qué? —pregunté desconcertada.

—El primer cráneo de un mono.

—¡Mono!

—En efecto. Ese es el cráneo de un mono. Parece humano, ¿verdad?

De hecho, sí parecía.

—Imagínense nada más —dije— que esa alguna vez fue la cabeza de un mono vivo. Me pregunto si vivió aquí en los tiempos de los indios.

—Oh, por cierto —recordó el señor cónsul británico—, ¿qué hay de aquel asesinato? En vista de la evidencia recién presentada, me inclino por la opinión de que el gran cacique que poseía los cuchillos de los carapálidas no fue asesinado, sino que su vida fue salvada por una advertencia a tiempo de su emocionado mono parlanchín favorito.

—El mono fue el asesinado —sugerí, alzando el cráneo.

—Ciertamente —coincidió el señor cónsul británico con seriedad—. El mono fue envenenado por el asesino desconcertado; pero murió feliz por saber que había cumplido con su misión.

Subí los viejos cuchillos a mi habitación cuando fui a acostarme, y mi último pensamiento de vigilia fue que deseaba que ellos me hablaran y me contaran lo que el señor cónsul británico llama su historia personal. Me quedé dormida, y dormí largo y profundamente, pero a medida que la noche avanzaba hacia la mañana, escuché de repente el sonido más extraño, un traqueteo metálico, e instantáneamente abrí mis ojos. La habitación estaba inundada de la luz de luna, la luz de luna tropical, y cada objeto se distinguía claramente. Vi los dos viejos cuchillos españoles, pero no exactamente donde los había dejado, y no estaban solos; de alguna manera, su resurrección del día anterior se dio a conocer, ya que, mientras dormía, una congregación de sus amigos se había reunido a saludarlos. Ellos eran un arma de chispa, un rifle moderno, un revólver y una punta de flecha india, además de un número de cuchillos de diferentes tipos. Estos últimos eran, por supuesto, los familiares inmediatos de los cuchillos españoles, y, con ellos, se formaron como si fueran

un pequeño grupo aparte. Hablaban emocionados, y en una oportunidad vi a uno de los cuchillos españoles apuntar rápidamente al cráneo del mono que posaba en la repisa sobre ellos. Les Habría dado cualquier cosa para poder escuchar lo que estaban diciendo, porque, por supuesto, sabía que debía de ser la historia del intento de homicidio. ¡Qué ilustrativa debió ser la narrativa, contada desde la perspectiva del cuchillo, indiscutiblemente un testigo ocular, sobre la vida, costumbres e historia de aquellos días! Justo lo que el señor cónsul británico había querido tanto saber. Justo lo que la señora Martin y yo nos habíamos preguntado y discutido tantas veces cuando intentábamos hacer que el señor Martin excavara en los sitios de las villas indias. Pero, desafortunadamente, los cuchillos se hallaban muy lejos de donde yo estaba recostada para que pudiera distinguir más de un par de palabras de vez en cuando, y, además, aquello que podía escuchar estaba expresado en un español pintoresco y antiguo, como pudo ser el español de Cervantes, que yo no pude entender. Renuentemente, cambié mi atención al otro grupo, más cercano a mí; estaban hablando más fuerte, de hecho, en los tonos altos y veloces de una disputa.

—Supongo —dijo el rifle moderno—, supongo que usted se enorgullece de su ancestro, ¿no es cierto, señor Arma de Chispa?

—Desde luego —respondió el arma de chispa—. Tengo todos los motivos para hacerlo; pertenezco a una buena y antigua familia revolucionaria.

El revólver, que estaba de pie muy cerca, amartilló su gatillo ante esto y habló con una voz metálica y aguda.

—Por mi parte —dijo—, creo en la nobleza de las acciones más que en el tiempo, y de esas acciones realizadas por uno mismo y no las del abuelo de uno. Dame acciones; dame…

Debido a esto, un frenesí comenzó entre las armas.

—¿Y quién es usted? —preguntó la punta de flecha, punzantemente—. ¿Qué ha hecho *usted* que habla de acciones con tanta seguridad? Ni uno solo de los aquí presentes ha prestado más servicio y tomado parte en más «acciones» de lo que usted haya podido

Fotografía que muestra la relación de un niño de comunidad indígena de la Sierra Nevada con los animales domésticos considerados parte de la familia.

soñar jamás. ¿Y quién tiene más probabilidades de que realice acciones de valor que un arma con una trayectoria y una reputación familiar que mantener?

—¡Qué buena reputación tiene su familia! —dijo burlándose el revólver—. Cuando uno piensa en las masacres en las que probablemente usted ha jugado un papel importante, y en las atrocidades cometidas por sus primos, el hacha y el garrote de guerra, es suficiente para hacer sentir oxidada a un arma civilizada y moderna.

—¿Es así? —reviró la punta de flecha—. Ah, sin duda, las «atrocidades» siempre han estado estrictamente confinadas a las naciones incivilizadas. Tenemos un monopolio en ese tipo de cosas, por supuesto. Pero, discúlpeme, señor Revólver, ¿cuál fue ese pequeño asunto en el que estuvo involucrado hace unos pocos años cerca de París? Un duelo, ¿no es cierto? O así lo llamó su duelista. «Asesinato» fue la palabra empleada por los familiares del chico, creo. ¿Puedo relatar el incidente? Estoy seguro de que a nuestros amigos les interesaría escucharlo. Fue en un café en las afueras de la ciudad. Había, en un juego de cartas, un jugador profesional y un chico joven recién llegado de casa (la vieja historia que todos hemos escuchado). El joven quedó arruinado, por supuesto, y acusó al otro de hacer trampa. Todos los presentes sabían que era cierto, y cada hombre en el salón trató de impedir que el sujeto aceptara el desafío que el apostador le presentó. Pero no sirvió de nada. En menos de veinte minutos, el joven yacía muerto, con una bala de revólver que le atravesó el corazón.

Hubo un silencio por un momento o dos; luego, el revólver comenzó a hablar, malhumorado.

—El asunto ha sido muy tergiversado —reclamó—. El chico…

Es terrible ser tan dormilona como lo soy yo. Yo, sencillamente, no puedo mantenerme despierta en la noche, no importa lo emocionante que pueda ser la ocasión. Una vez estaba de visita en una casa de campo en mi país, y pasada la medianoche me desperté al escuchar voces afuera de mi ventana. «¡Ladrones!», me dije a mí misma. «Debo levantarme y avisarle a la familia». Me di media vuelta para

rodar mejor fuera de la cama, y lo siguiente que supe fue que el sol estaba brillando dentro de mi habitación y era de mañana. Probablemente las voces no eran de ladrones, pues no se habían llevado nada; pero si lo hubiesen sido, habría dado igual: me había quedado dormida en el acto mismo de levantar a los de la casa.

Ahora, puede creerse que, a pesar de estar así de interesada como estaba escuchando las historias de las armas, yo caí rendida en medio de la disputa. Cuando desperté de nuevo, se habían marchado. Solo quedaron los cuchillos españoles, y se veían razonablemente somnolientos.

Hemos estado hablando sobre folclor, un tema en el que el señor cónsul británico está inmensamente interesado. Cada noche, después de cenar, los sirvientes de la casa se sientan en el corredor de la cocina, y ahí, hasta el momento de ir a la cama, chismosean y cuentan historias. Algunos de ellos son buenos contadores de historias, como lo son aquellos que usualmente dependen para su entretenimiento mental de la oralidad en lugar de la escritura; pero lo curioso es que esas leyendas que ellos cuentan noche tras noche son precisamente las mismas historias que yo solía escuchar cuando era una niña. La primera vez que escuché esos cuentos fue una noche cuando cuando llevaba poco tiempo en las montañas, antes de bajar a la casa nueva. Tenía algo que quería decirle a Clara, y buscándola la encontré en la cocina en medio de un grupo de sirvientes que rodeaban a Felicia, escuchándola atentamente. Me hizo pensar un poco sobre lo que he leído de los viejos días de «cuarto» en el sur, cuando los negros se reunían a escuchar las historias de la plantación. Me senté con Clara en mi regazo, y al inicio estaba más interesada en la escena y el cuentista que en lo que se decía. Sin embargo, escuchaba distraídamente y, en breve, escuché, por supuesto, en español: «Y el Hermano Conejo se sentó ahí, escondiéndose bajo un árbol. Luego vino el señor León, y dice muy fuerte y ferozmente: "¿Hay alguien que pueda ayudarme a cruzar el río?". Luego vino el Hermano Zorro saltando con zancadas rápidas y dice…».

«¡Hermano Zorro!», «¡Hermano Conejo!», «¡Señor León!». Entonces, ¡estos niños del trópico tenían sus historias del Tío Remus[15]! Bueno, eso tal vez no era tan sorprendente; es natural para las personas que viven cerca de la Madre Tierra considerar a los animales como miembros de la familia y contar historias sobre ellos. Pero lo que sigue no era tan fácil de explicar. ¿De dónde sacan estos nativos sudamericanos la noción de Cenicienta y de *Goody Dos Zapatos* y de Jack el Mata Gigantes, inclusive la vieja historia de Hércules y su lucha contra Anteo? Ninguna de estas personas puede leer ni una palabra; no obstante, desde el más viejo hasta el más joven, todos conocen las viejas historias, tal como las conocemos nosotros. Ellos dicen que los cuentos fueron narrados a ellos por sus padres y abuelos, pero ¿de dónde los sacaron sus padres y sus abuelos? No fue de libros; podemos estar seguros de ello. ¿Por medio de los españoles? Es levemente posible. A duras penas podía creer mis oídos cuando escuché de Juana y Felicia las palabras familiares en su poco familiar español; me despierta una sensación de extrañeza escuchar historias de casa contadas bajo la Cruz del Sur.

Por casualidad, hablaba de esto con el señor cónsul británico anoche en la cena, y él enfatizó que es posible tener esa misma sensación en muchas otras partes del planeta.

—El folclor comparado es uno de los temas más interesantes en el mundo —comenzó.

—Ya lo hiciste empezar —dijo la señora cónsul británica, susurrando—. Quién sabe cuándo se detendrá.

—Hay ciertas historias, así como hay ciertas costumbres —continuó el caballero—, que son conocidas casi que universalmente. Una comparación de los mitos y leyendas de diferentes países muestra que hay un estadio de cultura primitiva por el que todas las razas

15. **N. del T.:** El Tío Remus (Uncle Remus) es un personaje ficticio creado por Joel Chandler Harris en 1881, famoso narrador de cuentos folclóricos afroamericanos sobre el Hermano Conejo (Br'er Rabbit) en el sur de Estados Unidos. Aunque popularizó las historias, el personaje y su contexto de plantación han sido objeto de controversia por representar la esclavitud y el racismo de la época.

atraviesan y en el que se asemejan a las demás. Las historias populares son sobrevivientes de este periodo, que podría llamarse la infancia del mundo. Cuando los hermanos Grimm hicieron su colección de cuentos de hadas, reunieron información de diferentes bibliotecas, del habla de los campesinos, de años de indagación por muchas tierras. *Goody Dos Zapatos*, Jack el Mata Gigantes, Caperucita Roja, Cenicienta y otras historias familiares se repetían a los niños antes de que la lengua inglesa se conociera.

—Pero ¿quién inventó los mitos en primer lugar? —preguntó la señora Martin, de buen corazón.

El señor cónsul sonrió.

—Ellos se originaron de diferentes maneras —contestó rápidamente con placer—. Algunos de ellos son probablemente versiones de la narrativa de las sagradas escrituras; algunos tienen un origen histórico, como cuando algunas personas han sido divinizadas después de su muerte; algunos son verdades que fueron enseñadas originalmente en forma de alegorías, pero que, después, se entendieron como literales; y algunas que, sin duda, son de origen físico, es decir, de los elementos fuego, agua y demás, que eran objeto de adoración religiosa, y así los poderes de la naturaleza se personificaron.

La señora cónsul británica suspiró con un lamento; supongo que ella ha escuchado todo esto muchas veces antes. Cuando don Pepe (quien entiende inglés a pesar de no hablarlo, y quien había estado escuchando con interés al señor cónsul británico) ofreció un reparo, la dama giró hacia él con una sonrisa cordial de alivio.

—Entre las tribus del interior de Colombia —dijo don Pepe—, tribus que nunca han conocido al hombre blanco, he visto a los niños indios jugando juegos europeos como pelota, escondite, trompo y cuna del gato.

El señor cónsul británico aprovechó esto con entusiasmo.

—Oh, sí —avaló él—; no tengo duda de ello. Una colección de juguetes y juegos de niños, de siglos pasados, da mucha luz sobre la historia de la civilización. Algunos juegos como el ajedrez, por ejemplo…

Se detuvo abruptamente; su rostro se puso rojo; lágrimas llenaron sus ojos; parecía que se iba a atragantar.

—¡Achú! —estornudó con violencia—. ¡Achú! ¡Achú!

—¡Salud! —invocó la señora cónsul británica, riendo.

Ahora, solo un entusiasta habría mantenido su interés en un momento como ese. Todavía limpiándose los ojos, el señor cónsul británico se dirigió a su esposa:

—¿Sabes por qué dijiste «salud»? —le inquirió.

—¿Por qué lo dije? —respondió la señora cónsul británica, sorprendida—. Porque todo el mundo lo dice.

—Pero ¿por qué? —insistió el hombre con pasión.

—Quién sabe —respondió ella al mejor estilo del país.

—Porque —le informó él, deseando nada más que responder su propia pregunta—, porque alguna vez se supuso que quien estornudaba estaba tratando de expulsar un demonio que lo poseía, y el piadoso «salud» significaba «¡que Dios te ayude en tu esfuerzo!».

Todos rieron. Y luego, de nuevo reímos cuando la señora cónsul británica dijo, con honda emoción:

—Es la única cosa interesante que te he escuchado decir al respecto.

17 de agosto

Ha llegado el barco bananero. Lo vimos con los binoculares antes de entrar a la bahía ayer en la tarde, y lo podemos ver ahora atracado en el muelle de Santa Marta. El señor y la señora cónsules británicos bajaron esta mañana para recibir la correspondencia y el posible arribo de un viajero improbable de alguna parte del Imperio británico. Un arriero acaba de traernos nuestro correo del barco de vapor, y con él, una carta de Kent, quien se encuentra ahora en Santa Marta, con las sorprendentes noticias de que seguirá en viaje a Bogotá.

Dice: «Creo que debo visitar la capital y aprender algo del interior del país antes de decidir si quiero invertir en una tierra cafetera en la costa. Además, me gustaría ver una república sudamericana

durante una revolución, y esta es la mejor oportunidad que tendré. Si el resto de Colombia se parece tanto a una ópera bufa como Santa Marta, sería una pena perdérsela. Hasta la vista. ¡Estoy saliendo para Bogotá!».

1 de octubre

Cuando una enseña toda la mañana, trabaja en el jardín cada minuto de la tarde en que no llueve y va a la cama poco después de las ocho de la noche, supongo que el registro de los días de una, para un extraño, puede ser bastante aburrido. Estoy segura de que mis amigos en casa creen que, si no me he convertido ya en un repollo, lo haré antes de que pasen muchas semanas más de esta existencia de plantación sobre mi cabeza. De sus cartas puedo ver que aquellos que piensan que no sé hacer nada mejor que llevar esta vida sienten lástima por mí, y que aquellos que me atribuyen el pleno entendimiento de lo que estoy haciendo me censuran por ello. Todos me escriben: «¡Creo que debes estar muriendo de soledad y tranquilidad!». ¿Soledad? Ellos no se dan cuenta de qué tan frecuentemente… pero hablaré de ello más adelante. ¿Tranquilidad? ¿Quién de ellos ha sido picado por un escorpión y ha escapado a duras penas de una tarántula en un mismo día? Ninguno, estoy segura de ello. Pero a mí esas cosas sí me han pasado.

Un escorpión se parece mucho a una langosta, una reducida a un tamaño de dos y medio a diez centímetros. Pica con su cola, y al momento del contacto, su víctima está dispuesta a creer que ha sido una langosta de tamaño y fuerza completos la que ha hecho el trabajo. En la costa, donde hace calor, la picadura de escorpión a menudo produce fiebre; pero aquí arriba es solo una molestia.

Una mañana, cuando me vestía, introduje mi brazo dentro de la manga e instantáneamente sentí como si una larga aguja hubiese entrado completamente a mi hombro. Me arranqué la prenda y un escorpión de alrededor de unos dos centímetros y medio cayó al suelo. Lo pisé y salí corriendo a la habitación de la señora Martin.

—¡Oh, oh, oh! —grité—; ¡me ha picado un escorpión!

La señora Martin rápidamente aplicó amoníaco en el lugar, y luego me trajo ron, una gran cantidad de ron.

—¡Bébelo! —me ordenó.

—¿Todo eso?

—¡Sí, sí! No lo sentirás. ¡Bébelo de una!

Así lo hice. ¡Imaginen todo ese ron con el estómago vacío! El señor Martin dice que era suficiente para haberlo mareado a él, pero como la Niña Eva prometió, no sentí el más mínimo efecto. El resto del día mi brazo estuvo un poco hinchado y con dolor, eso fue todo.

Entonces, esa misma tarde, casi me muerde una tarántula. Estaba sentada sobre un madero atrás de la casa, cuando de repente observé la cosa caminando hacia mí. Había visto una anteriormente, pero estaba muerta; los hombres la habían matado en el bosque y don Pepe la había traído a casa. Había pensado entonces que, si alguna vez llegase a estar en el camino de una viva, me paralizaría del miedo, y así fue. Si hubiese estado correteando por el suelo, yo creo que no habría sido tan aterradora, pero el hecho de acecharme deliberadamente mientras se acercaba le confirió un carácter amenazante y siniestro que me congeló la sangre y me arrebató el poder de movimiento. También estaba tan arriba del suelo (como unos diez centímetros), poniendo sus negras y peludas patas una delante de la otra, lento, lento, pero siempre en mi dirección. Me sentí como en una pesadilla, viendo a la creatura acercarse, pero sin poderme levantar en lo absoluto y huir. Por fin estaba a menos de un metro de distancia y había escuchado a los nativos decir que las tarántulas algunas veces dan enormes saltos para atacar a una persona. Era ahora o nunca. Hice un esfuerzo desesperado, me levanté del madero, salté a un lado y corrí a la casa. Allí, primero me desplomé con debilidad sobre una silla, y luego hice tanta alharaca que todos en la casa llegaron alarmados. Cuando me expliqué, la emoción se diluyó. ¡Solo una tarántula! Una de las sirvientas dijo después que, por mi conducta, pensó que era un tigre. Pero era la primera tarántula que había visto viva —y venía hacia mí tan lentamente y con tanta

confianza—. He visto otras dos desde ese día y me he mantenido firme y les he arrojado piedras. Al menos esta no volverá a asustarme de nuevo. Todos salimos con palos, y entre dos atrapamos a la tarántula como si tuviéramos unas pinzas, y ahora está acurrucada dentro de una botella con alcohol.

Estos pequeños incidentes deberían convencer hasta al más escéptico de que la vida en El Cafetal no es del todo monótona. Si nada pasa en el momento, al menos siempre hay posibilidades, y uno nunca puede estar seguro de qué aventuras traerá el día.

Ahora, en cuanto a la soledad, solo tengo un comentario para hacer, y es simplemente que no estoy sola. ¿Importa tanto qué tanta gente hay? Le he tomado mucho cariño a la Niña Eva, el señor Martin y los niños. También tenemos invitados, inclusive aquí arriba; nunca pasa una semana sin que alguien llegue cabalgando a nuestra puerta, y a menudo son bastantes. Esto, sin embargo, es una ambigüedad; supongo que la verdadera razón por la que no tengo nostalgia por mi tierra es don Roberto. Está aquí con frecuencia y no pretende venir a cosa diferente más que a verme. No sé si un hombre de su raza pueda o no mantener sus sentimientos lejos de sus ojos aun intentándolo. Don Roberto no lo intenta, y veo en sus ojos café eso que me hace sentir contenta en esta tierra salvaje.

Por supuesto que nada podría salir de esto; en raza, religión y país estamos completamente divididos. Él también debe darse cuenta de ello, de tal manera que no me siento culpable de que las cosas estén a la deriva. A él le gusta venir aquí y hablarme con los ojos más expresivos que haya visto. Me gusta que venga, y encuentro los mensajes de sus ojos como los más placenteros. Eso es todo, no puede haber peligro para ninguno de los dos; y como la raza latina es proverbial por su volubilidad, probablemente él será el primero en dejar de tener algún interés.

Mientras tanto, no podría irme a casa si así quisiera. La revolución ha tomado un nuevo impulso y las condiciones en la costa están en extremo caóticas. Los liberales parecen estar ganando; acaban de capturar la armada completa de Colombia: un bote que, anteriormente,

era el yate privado de uno de nuestros millonarios estadounidenses. Por supuesto, esta es una gran pérdida para el Gobierno; con mayor razón ahora que está el rumor de que los liberales van a bombardear Santa Marta próximamente. El Departamento de Defensa de la costa se encuentra en un gran estado de agitación; siendo la defensa de la costa algunos cañones viejos y oxidados en el Morro. A pesar del tiempo que estas armas han estado en posición, parece que los artilleros todavía no han aprendido a manejarlas, ya que uno de los residentes extranjeros, quien es algún tipo de ingeniero práctico, ha sido enviado con prisa, y los angustiados defensores le han suplicado que les enseñe a usar su artillería. Los liberales han quemado puentes y han tomado posesión de la pequeña vía férrea, y han luchado contra las tropas gubernamentales muy cerca de Santa Marta. Todos los días se espera un ataque a ese pueblo, y todos los accesos a las calles tienen barricadas. Los barcos bananeros no están funcionando, y nadie sabe cuándo lo harán. No se pueden traer bananos desde las plantaciones para ser enviados, así que el agente de la United Fruit Company anunció, por medio del último barco que estuvo aquí, que no se debía enviar otro hasta que él les avisara. Como no hay barcos de vapor, tampoco hay correo llegando o saliendo. La única opción posible de enviar cartas es mediante alguien que vaya en velero a Barranquilla, y de pronto algo de correo pueda llegar de la misma manera. No ha habido comunicación normal con Barranquilla en tres semanas. No he tenido noticias de Kent desde que salió para Bogotá, y como pocos barcos, si acaso alguno, están navegando por el Magdalena ahora, quién sabe cuándo podremos tener noticias de él. Debió haber llegado a la capital mucho antes de todo esto si es que pudo encontrar un barco de vapor que fuera a subir cuando llegó a Barranquilla; pero si los liberales tienen control del Magdalena, puede ser que pasen meses antes de que pueda regresar a la costa. Esta revolución es la tragedia más cómica, y la más trágica comedia que pueda concebirse para alguien que no haya vivido en una república sudamericana.

Cuando el señor Martin vino a desayunar este mediodía, cambió su chaqueta de campo por una de casa, como siempre lo hace,

y colgó la chaqueta de campo sobre una silla en su habitación. Nosotros ya habíamos terminado la comida, pero todavía estábamos sentados en la mesa hablando despreocupadamente, cuando de repente el señor Martin exclamó:

—¡Caramba! ¡Casi lo olvido! Señorita Parnell, ¿podría introducir su mano en el bolsillo de mi chaqueta y ver qué encuentra?

Por supuesto que fui. Puse mi pulgar en el bolsillo y saqué una pequeña papita.

—¡Oh! —exclamé con gran emoción corriendo de regreso al comedor—. ¿Están maduras?

—Maduras —se burló el señor Martin—. ¿Quién ha oído alguna vez sobre una papa madura? Si se refiere a si están con buen tamaño para ser desenterradas, no, no lo están; todavía están pequeñas, como esta. Pero creo que podrá sacarlas de los matorrales para el Día de Acción de Gracias si tiene suerte.

Él puede reírse todo lo que guste; las papas de verdad están progresando y eso es todo lo que me importa. Con respecto a mi jardín de cocina, es mi alegría y mi orgullo. Ayer recogí los primeros fríjoles. Poner los postes para esos fríjoles fue trabajo duro. Había sesenta, y cavé los huecos e hice todo yo sola; pero la recogida de ayer, la de hoy y la idea de recoger todo lo que falta, compensan más que cualquier cosa. Las remolachas y las cebollas van bien, y los repollos están «brotando». Afuera de mi cerca de alambre he puesto ciento noventa y dos plantas de tomate, y ya hay una cantidad de pequeños tomates verdes en ellas. Estas plantas deben estar amarradas a palos gruesos, y he descubierto que tiras de hojas secas de banano hacen cuerdas excelentes y no se pudren en el clima húmedo.

15 de octubre

¡El café es una cosa tan hermosa! Me refiero a cuando está creciendo. Los árboles están plantados en hileras; cientos y miles de hileras. Si se les dejase crecer sin cortarlos, podrían crecer hasta

unos seis metros de altura; pero se les mantiene a una altura de dos y medio o tres metros para que las cerezas puedan alcanzarse más fácilmente en el momento de la cosecha.

Cuando llegué a El Cafetal el pasado junio, todos los frutos estaban verdes; ahora, muchos de ellos están de un rojo oscuro, como cerezas, y el efecto de contraste con las hojas brillantes de los árboles es deslumbrante. No es, sin embargo, la belleza de las cerezas el mayor atributo que llama nuestra atención en este momento; es el hecho de que, cuando están rojas, están maduras y listas para recoger. La cosecha ya ha empezado, pero como el café no madura todo a la vez, la recolección irá desde ahora hasta enero. Las cerezas se recogen, una a una, por hombres, mujeres y niños; los dos últimos hacen el trabajo con el mayor de los gustos, ya que es la oportunidad del año en que pueden ganar algo de dinero. Por todas partes ahora pueden verse grupos de viejas, muchachas y niñas ocupadas cosechando mientras ríen y cuentan chismes, aparentemente divirtiéndose. Hacen ver la recolección como algo tan sencillo que pensé que era un trabajo placentero y que debía tratar de hacerlo. Tomé un pequeño balde y fui alegremente a unos árboles cerca de la casa; pero en más o menos media hora regresé, con calor, agotada y muy deprimida porque, en lo que pareció ser una eternidad, no había podido llenar el balde. Decidí que era mejor que enseñara, o, inclusive, que pusiera palos para fríjoles. Un buen recolector cosecha tres arrobas por día y gana cincuenta centavos; hay quienes recogen como seis arrobas por día, pero eso es raro. Una arroba de cerezas proporcionará cuatro kilos y medio de café limpio. Los granos deben ser despulpados el mismo día en que se recogen; de lo contrario, empezarán a fermentarse en la pulpa y se manchará el café. De la despulpadora, los granos van a los tanques de fermentación, donde se les permite fermentar de veinticuatro a ochenta horas para poder eliminar una sustancia dulce y pegajosa que está en la cáscara. Después, el café se fermenta como corresponde, se lava en varias oportunidades y luego se esparce al sol para su secado. Cuando está seco, debe pasarse por

la trilladora para quitarle el pergamino; luego, por fin, el grano queda como lo vemos en el mercado.

Como somos una familia tan grande, siempre hay ropa recién lavada colgada secándose, y como el cultivo de café está en permanente desarrollo, siempre hay café esparcido afuera en el sol. Cada tarde, por lo tanto, cuando las lluvias inician, hay gritos alborotados de «¡entren la ropa!» y «¡guarden el café!», y por un rato, todos los días, tenemos escenas de la más escandalosa prisa y confusión.

13 de noviembre

Ahora estamos en lo peor de la temporada de lluvias, las cuales se vuelven más y más severas a medida que se acercan a su fin. En menos de un mes, probablemente, los días serán todo cielo azul y sol, pero en el presente, inclusive nuestras brillantes mañanas nos han abandonado. Hacia las diez de la mañana, las nubes se agrupan y llega la bruma hacia arriba del valle, bloqueando inclusive el rancho más cercano. No hay paseos en mula los domingos; la señora Martin y yo no podemos ir a desenterrar tesoros indios; a duras penas puedo trabajar en mi jardín. Puedo imaginar que, si ahora estuviéramos en la casa vieja, donde no había vidrio en las ventanas y las puertas no cerraban adecuadamente, todo estaría húmedo y frío. Este debe ser el clima al que el señor cónsul se refería cuando estaba tratando de convencerme de que sería un sinsentido ir a las montañas. A mí me parece increíble que alguien pueda sentir que la felicidad o la tristeza dependa de circunstancias externas. La gente que es alegre o miserable, dependiendo de si está con calor o con frío, mojada o seca, o que tenga o no las cosas que le gusta comer, no sabe (o nunca ha sabido) lo que significa la felicidad, o su tiempo de felicidad ha terminado y ha quedado en el lugar común y aburrido de la simple existencia física. A los primeros, siempre quiero revelarles lo que se han perdido; para los segundos, me temo que hay muy poca esperanza. Si soy infeliz, soy infeliz, y las condiciones externas más paradisíacas no me reconfortan.

Por otra parte, si soy realmente feliz, ni el calor, ni el frío, ni la humedad, ni la sequía tienen el poder de tocarme. Yo sabía, el día que el señor cónsul me estaba hablando, que ninguna de esas cosas haría diferencia alguna. De pronto habría podido ser muy infeliz aquí arriba, pero no sería por culpa del clima. Estoy contenta con cómo sean las cosas, y estar contenta significa mucho. Significa que cada día es un agasajo, tal como sea, y que no quiero que las cosas sean diferentes a como son.

Como no podemos salir estos días, don Roberto y yo tenemos conversaciones eternas enfrente del fuego en la sala. Hablamos de la vida en Inglaterra, con la que no he tenido ninguna relación, pero que ha moldeado las condiciones del entorno de don Roberto desde que era un niño pequeño; de la vida en los Estados Unidos, un país del cual don Roberto no puede oír lo suficiente, y del cual hace diez mil preguntas; de Bogotá, el lugar de nacimiento de don Roberto, pero que conozco mucho más que él; de Colombia en general, Santa Marta, la Sierra Nevada y el café. Luego, deambulamos alrededor del mundo —su historia, su literatura, su ética— hasta que, con las tazas de té, generalmente empezamos a hablar de nosotros.

Algunas veces, después de uno de estos largos intercambios de pensamiento, me pregunto si, después de todo, las diferencias entre raza y religión y país son tan fundamentales como he creído que son; o si, tal vez, detrás de todo ello, y más allá de todo ello, el corazón de un hombre no es igual en todas las partes del mundo. ¿Y algo más importa?

1 de diciembre

Una semana atrás, estábamos haciendo planes para una cena del Día de Acción de Gracias modesta, solo para nosotros. El pavo que engordamos estaba listo para ser sacrificado (es decir, estábamos listos para sacrificarlo) y algunas de las papas habían sido «recogidas de los arbustos» para que lo acompañaran. Luego, el martes anterior, para nuestra sorpresa, recibimos una invitación de los Anson

para pasar la festividad con ellos en Las Selvas, su propiedad en el valle que sigue. Nos pareció muy extraño que los Anson fueran a las montañas en noviembre, al final de la época de lluvias, cuando en tan poco tiempo el clima estará perfecto. Si ellos querían celebrar el Día de Acción de Gracias, ¿por qué no lo hicieron en Santa Marta? O si deseaban una fiesta en Las Selvas, ¿por qué no esperar a Navidad? Cada uno de nosotros, incluido don Roberto, quien estaba aquí cuando la nota de la señora Anson llegó, y quien también había recibido una igual, hizo estas preguntas a cada uno de los demás, así que en total se repitieron doce veces. Entonces todos nos respondimos: «¿Quién sabe?». Decidimos aceptar la invitación primero y confiar en que íbamos a encontrar las razones para ello después. Se nos solicitó arribar el miércoles y quedarnos hasta la tarde del Día de Acción de Gracias, y nos sentimos obligados a preguntarnos unos a otros de nuevo por qué no nos pidieron quedarnos hasta el viernes.

El miércoles en la mañana, la señora Martin y yo empacamos nuestras prendas de fiesta en bolsos y maletas, y el señor Martin inspeccionó las correas y amarres de las sillas de montar y bridas para nuestras mulas, ya que él sabía que el camino iba a estar en malas condiciones. Don Roberto llegó hacia las once, y a las doce y media, después de un desayuno tempranero y apresurado, partimos de El Cafetal los cuatro. Cada uno de nosotros montó una mula; y otra mula, a cargo de un arriero a pie, cargaba nuestro equipaje.

El sendero a través del bosque sobre las montañas que va hacia el siguiente valle es una vieja ruta india, descuidada por siglos y parcialmente desmontada solo hace unas pocas semanas; y es el peor camino que he visto, excepto por algunas partes del paso entre Honda y Bogotá. Una y otra vez tuvimos que bajarnos de nuestras mulas y dejar que los animales escogieran la mejor ruta, mientras nosotros hacíamos lo mismo a pie. Veinte veces pareció que nos íbamos a romper el cuello. Nos enmarañamos en enredaderas; tropezamos con maderos; resbalamos hacia abajo por laderas empinadas y gateamos hacia arriba por los lados de las más perpendiculares. Algunas veces, el sendero era tan estrecho que no parecía que las

Paisaje de las montañas de la Sierra Nevada de Santa Marta.

cuatro patas de una mula pudieran estar al mismo tiempo sobre este, y luego yo, apuradamente, me repetía a mí misma el dicho de que si una mula tenía tres patas sobre un precipicio con solo una en tierra firme, se replegaría rápidamente de nuevo al camino. Se tuvo que bajar el equipaje de la mula muchas veces y cargarlo en la espalda del arriero, pieza por pieza, en sectores que estaban muy mal. Una o dos veces, realmente pareció dudoso si íbamos a poder cruzar o no; pero finalmente, justo al atardecer, salimos del bosque y salimos al borde del claro de Las Selvas; doscientos mil árboles de café se extendían ante nosotros y ya podíamos ver la casa. Todos gritamos al tiempo, y el señor Anson y Harry Hunter se apresuraron a recibirnos.

Habiendo llegado a la casa, encontramos reunidos a todo el resto de la colonia extranjera de la Sierra Nevada y Santa Marta; incluso estaban el señor y la señora King, un clérigo y su esposa, de Barranquilla. Realmente fue algo muy bueno por parte de los Anson subir hasta aquí en esta época y sacrificarse por celebrar un festivo estadounidense.

«¿Qué es el Día de Acción de Gracias?», me había preguntado don Roberto en el camino hacia acá, y, por un momento, la pregunta arruinó mi viaje de placer. Mis pensamientos se regresaron años atrás a todos los Días de Acción de Gracias que pude recordar, desde que era tan pequeña que tenía que ser cargada completamente dormida desde la mesa hasta mi cama. Estos festivos son parte de mi vida, y de la vida de todos mis antepasados, de regreso a los días de las colonias, y significan más de lo que la festividad significa en sí. El hecho de que tenga Días de Acción de Gracias que recordar significa que yo nací en una tierra de acción de gracias, de ancestros de acción de gracias, en una atmósfera de acción de gracias, pues ese día representa un nuevo mundo, un pueblo libre y la individualidad de pensamiento y conciencia. ¿Cómo sería vivir el resto de mi vida con alguien a quien tengo que explicarle el Día de Acción de Gracias? Fue solo por un instante que esto estuvo en mi mente, pero fue lo suficiente para hacerme desear que el lugar de nacimiento de don Roberto fuera Boston en lugar de Bogotá.

Olvidé el asunto durante la noche. Era una reunión cosmopolita, y había muy poco en el ambiente para recordarme la tierra donde mis padres murieron, tierra del orgullo de los padres peregrinos[16]. Todos hablaban de café, como siempre; eso es, todos los que no estaban hablando de bananos. Yo estaba enfocada en Baby y Harry Hunter. No estuvieron mucho juntos, pero me pareció que había algo en su actitud hacia el otro que no había en el pasado julio; y en cuanto vi una mirada de «entendimiento» entre ellos, supe con certeza que Harry había, hasta ese momento, prosperado en su cortejo. Nadie más lo notó, creo; nadie más, tal vez, estaba mirando a través de los ojos del corazón como lo estaba haciendo yo en ese entonces.

Antes de las siete de la mañana del jueves de Acción de Gracias, ya estábamos todos levantados y fuera de la casa. ¡Qué mañana! Brillante, sol radiante, el aire apenas frescamente tibio; era como un día perfecto en las montañas Adirondack. Era como si la época seca hubiese llegado por la noche, ya que durante toda la festividad el cielo estuvo azul y no había ni una nube en todo el universo. «El clima de la reina[17], ¡por Jove!», dijeron los hombres ingleses; pero nosotros los estadounidenses, recordando qué día era, intercambiamos miradas, sonriendo; nosotros sabíamos por qué la temporada de lluvias se había rendido incondicionalmente.

Se nos había dicho que la cena sería a mediodía, como de hecho tendría que ser si todos íbamos a regresar a casa ese día. Tomamos el café de la mañana con calma; luego, la mayoría de nosotros salimos de nuevo y caminamos por ahí, viendo la plantación. Los hombres hicieron algo de deporte, corriendo, saltando y disparando; la señora cónsul británico y yo, que habíamos traído cámaras, fotografiamos a cada uno en varias oportunidades. Cerca de las once, regresamos

16. **N. del E.:** En el original, «Land where my fathers died, land of the Pilgrims' pride». La narradora está citando el himno My Country, 'Tis of Thee, también conocido como America, de Samuel Francis Smith

17. **N. del E.:** «El clima de la reina»; en el original, «*Queen's weather*», una expresión inglesa para indicar un día soleado y hermoso. Su origen está relacionado con una leyenda de la reina Victoria del Reino Unido, de quien se decía que, cuando viajaba o hacía una aparición en público, mejoraba el clima milagrosamente.

a la casa a vestirnos para la cena, y a las once y media estábamos todos reunidos, en nuestros trajes de fiesta, en el corredor amplio de afuera. Baby y Harry Hunter estaban juntos de pie, un poco distanciados; pensé que nunca la había visto tan linda y dulce, o a Harry tan aplomado y varonil. En ese momento, el señor King, el clérigo de Barranquilla, caminó hacia los dos; se detuvo cuando se les acercó y luego (¿podíamos dar crédito a nuestros oídos?):

—Amados hermanos —dijo el clérigo—, estamos aquí reunidos a la vista de Dios, y a la vista de esta compañía, para unir a este hombre y esta mujer en santo matrimonio.

Hubo un ligero sonido, como si todos los presentes hubiesen tomado un pequeño respiro al mismo tiempo; luego, perfecto silencio, y el servicio continuó.

—… para tenerte y cuidarte, desde hoy en adelante, en las buenas y en las malas, en la riqueza y la pobreza, en la enfermedad y la salud, para amarte y respetarte hasta que la muerte nos separe.

Cuando llegó la parte de «yo, Margaret, te tomo a ti, Henry», miré alrededor para ver dónde estaba «Margaret» antes de caer en cuenta, por supuesto, de que ese debía de ser el nombre de Baby. Bueno, como la señora Henry Hunter, «Baby» ya no sería el apelativo adecuado.

—A quienes Dios ha unido, que no los separe el hombre. Los declaro marido y mujer. Amén.

¡Así que esta era la razón! Con todos hablando y riendo al tiempo, de alguna manera llegamos a entender que un tío de Harry había muerto en Inglaterra. El tío no había heredado a Harry un título o una enorme fortuna, como habría sucedido en las novelas de tres tomos de antaño[18], pero le había legado a su sobrino un «pequeño y pulcro lugar en Surrey», como lo expresó el joven inglés, y no quedó más opción para el agradecido heredero que regresar a casa y vivir allí. Y Baby, quiero decir, Margaret, quien no había tenido idea de lo que quería mientras Harry estuviera a la distancia de un recorrido de mula, había llegado

18. **N. del T.:** Se refiere a la forma estándar en que se publicaba la ficción en la época victoriana (novelas extensas en tres volúmenes). Constance usa esta referencia para contrastar la realidad, más modesta pero sólida, con los finales exagerados de la literatura romántica.

a la verdad rápidamente cuando vino a decirle que se iba a miles de millas de distancia. El barco de vapor que había llegado de Barranquilla le había traído las noticias a Harry; todo se había planeado en cuestión de unas pocas horas; Baby se había rehusado completamente a casarse en Santa Marta («¡un lugar horrible y chismoso!», declaró), por eso apresuraron el revoloteo a Las Selvas. Con respecto a la hora de partida establecida para los invitados, los propios anfitriones estarían de regreso inmediatamente después del banquete para que el señor y la señora Hunter pudieran partir en el barco de vapor esa misma noche.

Justo a mediodía nos sentamos para la cena de Acción de Gracias, que se había convertido, de repente, en un banquete de bodas. Debieron ser alrededor de unos quince minutos, creo yo, cuando de repente hubo un gran repiqueteo de cascos afuera, y luego unos pasos veloces a través del corredor; la puerta se abrió y ahí estaba Kent. ¡Qué día de fascinantes sorpresas! Por un momento, el novio y la novia fueron olvidados. Todos saltamos a rodear a Kent, estrechando manos, exclamando y haciendo preguntas; pero él, riendo, nos hizo señas de volver a nuestras sillas e hizo lugar para él en la mesa, diciendo cómicamente: «¡Tengo hambre, mucha hambre!». Nos apresuramos a darle todo lo que estaba a la vista y luego exigimos explicaciones. ¿De dónde había venido? ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Por qué no había venido antes? ¿Quién le había dicho del matrimonio?, ya que nadie en Santa Marta sabía de este.

Con la velocidad de la luz, Kent paró de comer y miró alrededor de la mesa hasta que sus ojos se toparon con los míos.

—¿Qué boda? —preguntó con entusiasmo.

Hubo un coro de gritos, pero sobre ellos, el señor Anson finalmente logró hacerse escuchar.

—Señor Winthrop —dijo, levantándose de su silla y haciendo una reverencia a Kent, y luego hacia Baby y Harry—, tengo el placer de presentarle al señor y la señora Henry Maxwell Hunter.

Cuando Kent fue alrededor de la mesa y ofreció su felicitación, él les dijo a Baby y Harry que nunca había estado más complacido en su vida, y pienso que dijo toda la verdad cuando lo expresó.

Después de eso, escuchamos su historia. Había bajado de Bogotá y llegado a Barranquilla el martes. Para haber llegado a Santa Marta de la manera usual, tendría que haber esperado varios días, así que contrató una canoa con carpa que se impulsaba con palos e hizo que lo trajeran a través de los caños.

—Los zancudos casi me comen vivo —nos contó, con un estremecimiento retrospectivo—. No me podía quedar en la sección cubierta, porque, si hubiese fumado adentro, me habría ahogado, así que me senté en la parte destapada toda la noche, fumando para poder mantener alejados a los zancudos lo más que podía, esperando que me quedara dormido y me cayera por la borda y que un caimán me tragara silenciosamente en la oscuridad. Llegué a Santa Marta esta mañana a las siete, fui directo donde los Anson, me dijeron que todos estaban aquí arriba y entonces conseguí una mula y continué mi camino.

—Pero ¿cuál era tu loca prisa, mi querido amigo, si no sabías nada de la boda? ¿Por qué no esperaste y te venías en el barco de vapor? Habría sido cuestión de solo unos pocos días más.

Esto lo dijo don Roberto. Kent lo miró con asombro.

—¿Unos pocos días más? —repitió él—. ¡Unos pocos días más! ¡Pero cómo! ¡He movido cielo y tierra desde antes de salir de Bogotá para poder estar aquí para el Día de Acción de Gracias!

Tan pronto como la cena terminó, todos empezamos a hacer preparativos para partir. Yo estuve lista antes que los demás y salí al corredor a esperar. En un momento o dos, fui alcanzada por el inglés desagradable. No es que él intente ser desagradable, es que nació así.

—Bueno, señorita Parnell —dijo él—, la boda fue una gran sorpresa, ¿no?

—Sí, lo fue —concordé con él.

—¿Pero no cree, realmente, que los matrimonios internacionales son arriesgados?

—Para nada —dije inmediatamente, dde manera combativa—. ¿Por qué deberían serlo?

—Piense en la diferencia de referentes y tradiciones nacionales —instó él—. Esas cuestiones aparecerán con frecuencia, me imagino, y les impedirán comprenderse completamente, ¿no lo cree?

¡Qué irritante que el hombre le diera voz a lo que yo siempre había creído! Nada en el mundo me habría inducido a decir que pensaba igual que él, así que me vi obligada a inventar nuevas opiniones de inmediato y tornar todos los lugares seguros de mi mente al revés rápidamente en búsqueda de nuevos contraargumentos. Fue afortunado que durante las últimas semanas le hubiera otorgado una genuina consideración al otro lado de la cuestión, así que tenía algo con lo cual empezar.

—Esas diferencias son enteramente superficiales —comencé asertivamente—. Nunca podrían afectar la vida interna de unas personas felizmente casadas. Los elementos verdaderamente esenciales de la simpatía entre dos personas son mucho más profundos que las similitudes de un ambiente previo. Debajo de elementos externos sin importancia, los hombres y las mujeres son muy parecidos, sin importar su raza o país de origen. Estoy segura de que usted admitirá que…

—Señorita —interrumpió don Roberto cortésmente—, perdóneme, pero la señora Martin está preguntando por usted adentro.

«Por este alivio, muchas gracias», murmuré mientras me alejaba del hombre inglés desagradable; pero al instante siguiente tuve razones para cambiar de opinión.

—Escuché *cada palabra* que usted dijo —exultó don Roberto en el momento en que estuvimos solos—; ¡y nunca había oído algo tan convincente en mi vida!

Todos estaban listos para partir. Los de Santa Marta salieron primero, Baby cabalgando al lado de su esposo, como si los dos ya estuvieran empezando el camino de su vida juntos; luego nosotros, vociferando, mientras se alejaban, mensajes de adiós y buenos deseos al novio y la novia. Giramos nuestras mulas hacia el oeste y cruzamos de nuevo la montaña hasta nuestro valle.

5 de diciembre

Kent ha subido de nuevo a El Cafetal, ya que parece que, a pesar de las incontables horas de conversación sobre café, piensa que todavía hay muchas cosas sobre el asunto que desea hablar con el señor Martin. Está casi decidido a comprar una tierra en alguna parte de esta región, y va a ir en un viaje de expedición arriba del valle tan pronto como se establezca la temporada seca. Una cosa, al menos, que aprendió en su viaje a Bogotá es que no debe hacer ninguna inversión lejos de la costa.

—Actualmente —dice Kent—, la situación de los caficultores en el interior del país es una de las más desoladoras que he visto en mi vida. Imagínense tener buenas cosechas recogidas, miles de bultos listos para exportar y sin manera de bajarlos a la costa. Y este es el tercer año en esta condición; cada caficultor que conocí está al borde de la ruina, si es que no está ya arruinado.

—Los barcos del Magdalena parecen estar funcionando bastante seguido ahora —comentó el señor Martin.

—Sí, el Gobierno se los ha devuelto a la compañía, pero los costos de flete son enormes; están tratando de recuperar algo de lo que han perdido por la guerra, compensando el tiempo perdido. Hoy día, cuesta casi lo mismo transportar café desde el interior hasta Nueva York que lo que vale cuando llega aquí. Hasta hace poco, el Gobierno controlaba todo el transporte, y la consecuencia ha sido que el café de los amigos íntimos de aquellos en el poder es el que logra encontrar camino y el resto se deja a un lado. En todo el camino entre Bogotá y Honda hay café que ha sido relegado en beneficio de algún partidario del Gobierno, y en Honda, miles y miles de bultos son almacenados. Nadie sabe cuánto tiempo han estado ahí tirados, y los granos están todos blanqueados. Si alguna vez llegan a la costa, no estarán en condición de ser exportados, así que es una pérdida completa de todas formas. Conocí a un hombre en Bogotá, un colombiano dueño de una gran plantación, quien me dijo que de hecho estaba pensando ofrecerle al Gobierno la mitad de sus ganancias si este le garantizaba

un envío seguro de su café a Nueva York. Unos pocos extranjeros están bajando de Bogotá a Honda con mulas cargadas de su café. El Gobierno no se atreve a interferir con ellos o incautar sus mulas, como sí lo haría con las de los colombianos; pero inclusive en esta situación, hay que considerar el paso río abajo y el costo del flete. Realmente es una situación espantosa. Hay excelentes plantaciones en todo el interior que se están vendiendo por un décimo de lo que valdrían si el país estuviera en un estado de orden, y vi algunas haciendas que han sido completamente abandonadas: las casas y los cultivos y miles de dólares en maquinaria que se van a deteriorar.

—Pero dices que crees que la revolución se está extinguiendo por sí sola.

—Oh, sí: no veo cómo puede prolongarse mucho más. El país está totalmente exhausto en términos de hombres, dinero, barcos… —Kent rio, por la historia que le contamos de la armada y los defensores de la costa—. Realmente pienso que está casi terminada. Pero eso no mejorará la situación del café en el interior. En el momento en que las cosas estén medianamente normales de nuevo y el camino entre Bogotá y Honda no esté infestado de guerrillas, y las mulas estén más o menos seguras, habrá tal avalancha de café hacia la costa que no habrá mulas suficientes para cargarlo a Honda; los barcos del río tendrán más de lo que pueden cargar y cobrarán el precio que ellos gusten. E, incluso, después de que la congestión termine y las cosas se reajusten, quién sabe cuánto tiempo estará el país en paz. Una nueva revolución puede estallar en cualquier momento, y entonces todos los problemas empezarán otra vez.

—Gracias a Dios —dijo el señor Martin—, El Cafetal está donde el café puede ser enviado a la costa en cinco horas, en nuestras propias mulas, ¡con revolución o sin revolución!

—*I want* (quiero) un El Cafetal de mi propiedad —declaró Kent.

Su oído se ha acostumbrado a todo tipo de palabras y frases en español desde que llegó a Colombia, e intercala su conversación con

ellas justo como los niños lo hacen con el inglés, con los mismos resultados singulares y cómicos.

—Hay mucha diferencia —observa Kent— entre aprender una lengua en la escuela y aprenderla en el país donde la hablan. En el Magdalena aprendí las palabras para caimán y mono y calor y toldillo, y ahora sé cómo decirle al arriero que ensille mi mula y qué significa «¡alto ahí! ¿Quién vive?». Pero si quisiera decir: «yo tengo la pluma», «tú tienes la pluma», «él tiene la pluma»; o «¿dónde está el libro de la hermana de tu papá?», no sería capaz de hacerlo.

—Justamente —dije—, nunca querrás hacerlo. Antes de ir a Europa, yo había estudiado francés en la escuela por años y suponía que sabía lo suficiente para arreglármelas donde se hablara francés. Bueno, un día, cuando mi tía y yo estábamos en Ginebra, quisimos dar un paseo en carruaje por la orilla del lago, y antes de arrancar le di la instrucción al cochero. Empezamos el recorrido, pero en unos minutos nos dimos cuenta de que íbamos corriendo directo de regreso al campo, que está en dirección opuesta al lago. Detuvimos al cochero y le expliqué que queríamos estar cerca del agua, ver el agua, disfrutar la vista del agua, y que no nos interesaba ir al campo, de regreso al pueblo, lejos del agua. El hombre pareció entenderme, y arrancamos de nuevo, pero exactamente en la misma dirección en la que ya habíamos empezado a ir. «Dile», dijo mi tía, «que lo que queremos es pasear por el lago. Seguramente sabes la palabra para *lago*; te dieron el premio de francés en la escuela un año, ¿verdad?». «Sí», le dije, «y, por supuesto, puedo decir algo tan sencillo como eso. Es un hombre espantosamente estúpido; eso es todo». Luego llamé de nuevo al cochero y le dije, despacio y con cuidado, que estaríamos muy complacidas si nos llevase por el lago, a lo largo del lago, cerca del lago, alrededor del lago, en la orilla del lago, sobre el camino del lago, en lugar de ir en dirección opuesta al lago, de regreso del lago, fuera de la vista del lago, hacia el campo. Todo fue para nada. El hombre estaba tan atento y cortés como le era posible, y se veía perfectamente inteligente, pero nuestro paseo esa tarde fue muy lejos

del lago de Ginebra. «¡Después de todo ese dinero que se gastó en tu educación!», me reprochó mi tía.

—Si hubieras oído a alguien más, en ese momento, dar las direcciones para el recorrido que querías hacer —añadió don Roberto—, habrías sabido cómo hacerlo después para siempre. Esa es la manera en que uno realmente aprende una lengua en un país extranjero. Cuando yo tenía como siete años, antes de saber una sola palabra de inglés, fui enviado a una escuela en Devon. El primer mediodía, en el recreo, salí con los otros niños al jardín para jugar y corrimos por todas partes hasta que tuvimos calor y sed. Había un balde de agua sobre una banca a cargo de un chico que daba un cucharón lleno a cualquiera que fuera y lo solicitara. Estaba terriblemente sediento, pero no sabía cómo decir que quería un sorbo, así que me sofoqué en silencio por un tiempo. Finalmente, no podía soportarlo más; me acerqué y me paré cerca de la banca hasta que al menos una docena de niños vinieron y escuché lo que dijeron. Entonces supe cómo pedir un poco de agua en inglés, y nunca más lo olvidé.

Anoche ocurrió la cosa más curiosa; algo realmente asombroso. Había leído sobre «transferencia del pensamiento» y «telepatía» e «inspiración simultánea», pero realmente nunca supe de un caso hasta anoche. Estábamos todos escribiendo respuestas a algunas preguntas que la señora Martin tiene: preguntas tales como «¿qué es lo que más deseas?», «¿cuál es tu color favorito?», «¿prefieres la prosa o la poesía?». Cada uno tenía un pedazo de papel, y mientras la señora Martin leía las preguntas en voz alta, todos nosotros escribíamos nuestras respuestas, y solo nos daban medio minuto para cada pregunta; luego, la señora Martin tomaba los papeles y los leía para que todos escucharan. El nombre del autor de cada papel no se decía, pero éramos tan pocos —el señor y la señora Martin, Kent, don Roberto y yo— que no era nada difícil reconocer a cada uno. Entre otras preguntas estaba «¿cuál es tu idea de felicidad?». Yo escribí apresuradamente lo primero que me vino a la cabeza: «Estar en una nueva tierra». Luego, justo cuando la señora Martin había recogido

todos los papeles y estaba a punto de leerlos, el pensamiento de Kent vino a mi mente; el cómo o porqué no pretendo explicarlo, pero llegó tan insistentemente que grité a la señora Martin: «¡Oh, espera! Por favor, déjame tener mi papel un momento». Ella me lo regresó, y a lo que yo había escrito le añadí «con un viejo amigo». Ahora, justo cuando yo solicité mi papel de nuevo, Kent rogó por el suyo. «Por favor, déjeme tener el mío un segundo», dijo, «hay algo más que quiero escribir». Parece casi imposible, pero cuando los papeles fueron leídos, en respuesta a «¿cuál es tu idea de felicidad?», donde yo había escrito «estar en una nueva tierra con un viejo amigo», Kent había escrito: «Estar con una vieja amiga en una nueva tierra», y «en una nueva tierra» fue su adición de último minuto, tal como «con un viejo amigo» fue la mía. Los otros difícilmente podían creer que Kent y yo lo habíamos escrito independientemente y con el impulso del momento; parecía imposible que no hubiéramos planeado nuestras respuestas conjuntamente. Pensé que Kent estaría complacido de que yo me hubiera acordado de él —por supuesto, él es el único viejo amigo que tengo en esta nueva tierra—, pero dijo: «"El viejo amigo" fue un añadido, ¿verdad?». Don Roberto nos miró como si quisiera matarnos a ambos. Su respuesta a la pregunta fue: «Éxito en lo que me proponga». La señora Martin escribió: «Que todo el mundo sea tan feliz como lo soy yo»; y el señor Martin: «Tener suficiente trabajo que me guste hacer, y que me paguen bien por ello». «Eso no es original», confesó; «pero se me ocurrió, entonces lo escribí».

15 de diciembre

En realidad, el Día de Acción de Gracias fue el inicio de la temporada seca: no hemos tenido ni una gota de lluvia en más de dos semanas. El clima es tan perfecto que parece irreal —artificial, como las manzanas o duraznos de cera—, y tan agradable que nadie que no haya vivido estos días podría entenderlo. De vez en cuando, en casa, hay alrededor de doce horas en junio, tal vez, o inicios de septiembre, tras las cuales decimos (con un suspiro de arrepentimiento

porque ya se ha ido): «¡Este ha sido un día perfecto!». Aquí, en la Sierra Nevada, hemos tenido semanas de esos días. No hace calor, no hace frío, el sol brilla suavemente y una deliciosa pequeña brisa sopla ininterrumpidamente; uno podría decir que «fluye» porque el aire tibio y dulce es como una corriente de agua limpia, ondeando a medida que pasan las horas. El señor y la señora Martin dicen que, a pesar de que han estado aquí por diez años, todavía no dan por sentado cómo será el clima en esta temporada; cada diciembre viene como una hermosa sorpresa. Es en esta época cuando las rosas están en su máximo esplendor, ¡tan maravilloso esplendor! La «Belleza Americana» y «La France» están más altas que la casa y cubiertas con flores. Vemos grandes y hermosas mariposas ahora, y todo en el exterior de la casa está lleno de pájaros, desde los pequeñines amarillos hasta los loros que gritan muy arriba de nuestras cabezas. Solo la escasez de ángeles impide que el país sea un paraíso.

Kent ha regresado a Santa Marta, pero subirá de nuevo para Navidad. Vamos a tener una fiesta en la casa, e incluso ahora, los preparativos avanzan diligentemente. Los carpinteros están haciendo camas, un aparador, un comedor y sillas, un sofá, libreros; todo en un estilo misión modificado en madera nativa de cedro. El señor Martin está poniendo el techo de un azul grisoso muy, muy pesado y papel antiguo rosa dividido en grandes cuadrados con tiras de cedro —lo más hermoso que he visto de esa clase—, y las paredes laterales de las habitaciones han sido cubiertas con papel en un tono plano para que armonicen con los techos. La señora Martin y yo hemos pintado la chimenea de un rojo oscuro, muy acogedor, y hemos solicitado que un carpintero realice una repisa de cedro para la chimenea como los otros trabajos de madera.

En medio de todo esto, la recolección de café y su secado se continúan realizando, a pesar de que la cosecha está llegando a su fin. La vida del caficultor es una muy, muy ocupada, especialmente durante los primeros cinco años de la plantación, pero es la vida en la que el trabajo de cada día y cada mes se muestra por sí mismo, «algo logrado, algo finalizado»; y debo pensar que el hombre que ha creado

una propiedad cafetera debe sentir una gran satisfacción mientras observa el resultado final de su labor. Me parece que ningún trabajo de la ciudad se puede comparar con este.

24 de diciembre

La señora Martin y yo hemos hecho un viaje relámpago a Santa Marta; retornamos anteayer y Kent subió con nosotras. Los demás invitados a la festividad deben llegar mañana en la mañana.

Bajamos a hacer algunas compras de Navidad, pero a pesar de que nuestro pequeño pueblo costero ya no es el centro de una zona de guerra como lo era hace algunas semanas, los barcos bananeros han vuelto a visitarlo hace tan poco que escasamente se consigue algo en las tiendas. Solo estuvimos abajo por un día, pero fue más que suficiente para explorar al detalle el «distrito de compras». Tomamos, sin embargo, lo que pudimos encontrar y regresamos con alegría de nuevo al fresco. Ayer, los arrieros y las mulas de carga subieron, y el aire estaba lleno de misterio y emoción mientras las mulas eran descargadas en la tienda y los paquetes eran rápidamente escondidos de los ojos de los niños.

Kent fue con nosotras de un lugar a otro en Santa Marta, y mientras caminábamos en el calor a través de las estrechas calles de arena, visitando una extraña tienda tras otra, el contraste entre los alrededores parecía transportar los pensamientos del estadounidense al otro lado del mar, así que él no habló de otra cosa más que de la vida en Nueva York en esta época.

—Piense en Broadway ahora, tres días antes de Navidad —seguía diciendo tercamente—. Piense en la calle Veintitrés o la Quinta Avenida, o la plaza Madison a las cinco en una tarde de invierno, con las luces eléctricas centelleando sobre todo. ¡Mire las multitudes navideñas con sus paquetes, huela los árboles y el verdor en las aceras, observe los puestos y las carretadas de acebo y muérdago! ¿No quisiera estar allá?

Yo no, de veras, pero me alegra que alguien de casa, alguien que entiende, esté aquí conmigo en esta época. Imagino que don Roberto tuvo verdaderas Navidades en Inglaterra; ciertamente él nunca habría conocido una si se hubiese quedado en Bogotá. Estuve allí hace un año y no me imagino un ambiente que me cause más nostalgia por el hogar.

Aquí en El Cafetal cada rincón y rendija están permeados por el espíritu de Navidad, invocado, bienvenido y completamente presente en todo gracias a la Niña Eva. Cuando no hay mantequilla, algunas mujeres dicen: «Lo siento tanto, pero no podemos hacer pastel». La señora Martin no dice nada, pero hace pastel con manteca. Luego, ambienta el festín con tan dulce alegría que nadie piensa mucho sobre lo que hay en la mesa; una, vagamente, solo se da cuenta de que hay suficiente pastel y que es muy agradable estar sentados ahí y comiéndolo. Con casi nada con qué trabajar, la Niña Eva ha preparado la Navidad para todos los hombres, mujeres y niños en la plantación, más de cien personas en total, además de haber hecho regalos para los niños de su propia familia. Las personas de la finca tendrán vestidos o delantales o abrigos o muñecas o dinero, o solo bolsas con dulces y maní, de acuerdo con el tiempo que llevan aquí (hacer la lista de personas y decidir qué les darían les tomó al señor y la señora Martin toda una noche). Todas las bolsas debían ser cosidas, rellenadas y amarradas; todas las muñecas, cortadas, rellenadas y vestidas; la señora Martin hizo el dulce y tostó el maní. Un carpintero, bajo la instrucción de la señora Martin, hizo un pequeño *bureau*[19], un armario de muñecas, una cama y unas pequeñas sillas; y la Niña Eva, personalmente, construyó un caballo de madera y lo cubrió con fieltro para que ningún otro caballo de madera se viera tan real como este. Un bote de mantequilla se ha convertido en una bañera para una muñeca, y una tabla de lavar hecha en casa le hace juego; la maravillosa mujer transformó franela de Cantón en conejitos blancos; la estopilla a rayas roja y blanca sirvió para hacer bolas; retazos de alambre se convirtieron en candelabros para el árbol. Se verá lo poco que pudimos comprar en

19. **N. del T.:** Proveniente del francés, se refiere a un mueble normalmente empleado como escritorio.

Santa Marta; de hecho, solo uvas pasas, nueces, velas, algunas prendas de algodón para vestidos, unos pocos dátiles y media docena de linternas chinas. Hice dulce de crema de dátil, pero como solo tenemos pan de azúcar[20], el cual debe ser triturado en un viejo mortero de piedra indio, la «crema» está decididamente arenosa.

Esta mañana temprano, los mozos se fueron al bosque y trajeron cantidades de palmas, algunas con raíces y otras cortadas a ras del suelo; y esta tarde, hemos estado decorando el corredor. Tenemos una fila de grandes cubos llenos de tierra por todo el lado del corredor, y en estos hemos colocado las palmas con raíces; plantas de dos metros y medio de altura con grandes hojas de abanico que se chocan sobre nuestras cabezas. En los espacios entre los cubos, colgados del techo del corredor, hay cestos de alambre (el señor y la señora Martin los hicieron) llenos de musgo y helechos. Las palmas que fueron cortadas las hemos apilado en grandes manojos en las esquinas, y hemos creado un arco sobre la entrada; algunas serán usadas para decorar la sala mañana en la mañana.

El árbol ha sido cortado y ahora lo están colocando en su lugar, al fondo de la sala. El Cafetal no está a suficiente altura sobre el nivel del mar para encontrarse en la zona de abetos, así que no tenemos vegetales fragrantes o aromáticos, ni acebo, ni muérdago, ni un árbol de Navidad propiamente dicho. Seguramente Santa Claus se sorprenderá esta noche cuando baje por la chimenea a la sala y encuentre un árbol de café. Sin embargo, en realidad, aparte de las asociaciones que una tiene con la familia de árboles de hoja perenne en esta época, el árbol de café es especialmente hermoso para el propósito. El nuestro tiene como tres metros de altura, es perfectamente simétrico, con hojas cerosas de un verde oscuro y está lleno de cerezas que bien parecen frutos rojos. Mañana, la sala estará cerrada para los niños, y nosotros podaremos el árbol y pondremos los

20. **N. del E.:** Se le llamaba *pan de azúcar* a la forma tradicional en la que se producía y vendía el azúcar refinado a finales del siglo XIX: un largo cono de punta redondeada. De este producto deriva el nombre del famoso atractivo natural de Brasil llamado Pan de Azúcar, patrimonio de la humanidad.

presentes en él. Don Roberto ha estado aquí todo el día ayudándonos. Esta tarde, él y yo fuimos abajo a mi jardín y para la cena de mañana recogimos dos cestos llenos de verduras: tomates, remolachas, arvejas, pepinos y lechuga. Mientras trabajábamos juntos, sacando de la tierra y recogiendo de las enredaderas, de cierta manera sentí que éramos más cercanos, un poco más cercanos de corazón y afecto de lo que habíamos estado antes.

28 de diciembre

Me fui a dormir en Nochebuena pensando en don Roberto, y supongo que no es extraño que haya soñado con él. Sin embargo, ¡qué sueño! Pensé que me había casado con él, pero por poderes, así que todavía no había visto a mi esposo. Luego, me di cuenta de que él sí había venido; que estaba esperando en otra habitación y que debía reunirme con él. Fui con calma, sin ningún tipo de emoción, pero cuando estuve en la habitación y lo vi ahí de pie, instantáneamente sentí que no lo amaba. Mi corazón se hundía mientras el pensamiento se elevaba en mi cabeza: «Estoy casada con este hombre. No hay escapatoria hasta la muerte. ¡Y yo no lo amo!». Una absoluta desesperanza tomó posesión de mí. «Ya se hizo», pensé. «Y es para siempre». Aun así, caminé a través de la habitación hacia él, mientras él se acercaba a mí con la mano estirada. Puse mi mano sobre la suya, pensando, mientras lo hacía: «Yo soy su esposa; es su derecho». Cuando tomó mi mano, me acercó a él mirando, a la vez, con gravedad mi rostro; luego, acercándose aún más, se inclinó y me besó en los labios. Lentamente, levanté mi cara y nuestros ojos se encontraron. De repente, mi cabeza estaba en su pecho, y él estaba abrazándome tan cerca que podía sentir su corazón palpitando fuerte y rápidamente. Y en ese momento supe que sí lo amaba, de verdad lo hacía. Pero no fue por él, fue por ese beso.

«¡Qué peligro!», me estaba diciendo a mí misma al despertar; «¡muy peligroso!». ¿Qué es lo peligroso?, me pregunto. ¿Amar? ¿Besar? ¿O amar por un beso? Sí, eso puede ser. Y eso me recuerda la

pregunta del inglés desagradable: «¿No piensa que los matrimonios internacionales son peligrosos?».

Don Roberto estaba aquí en la mañana de Navidad a la hora del café, como a las siete. Me trajo la bufanda más preciosa, hecha por los indios de Puebloviejo.

Tan pronto como habíamos tomado el café, las personas de la finca se reunieron en el patio, afuera del comedor, y sus regalos les fueron repartidos. Además de los regalos principales, los vestidos y abrigos y las cosas que ya he mencionado, cada hombre, mujer y niño obtuvo un panecillo caliente y una galleta hechos por la Niña Eva. Luego, enviamos a los niños a jugar afuera y podamos el árbol y decoramos la sala. Usamos cantidades y cantidades de palmas y rosas, y cuando terminamos, la habitación estaba preciosa, pero no en la forma usual de la Navidad; parecía un antealtar en una boda de junio. Colgamos las seis linternas chinas entre las palmas, para encenderlas en la noche con las velas del árbol.

Casi en el momento en que la sala estuvo lista, nuestros primeros invitados empezaron a llegar de las otras plantaciones, y luego, de Santa Marta. Tuvimos casi la misma fiesta de Acción de Gracias-boda, pero extrañamos mucho a Baby y Harry Hunter, quienes ya estaban establecidos en su pequeño y pulcro hogar en Surrey. Alrededor de las tres iniciamos nuestra cena de Navidad, y para el momento en que terminamos, el sol se estaba poniendo. Tan pronto como estuvo oscuro, las linternas y las velas fueron encendidas, las puertas de la sala se abrieron y Clara gritó extasiada: «¡Ya está el *tree* (árbol)!». Era la hora de los niños, pero los adultos no fueron olvidados. Entre otras cosas que recibí, estaba la más hermosa hamaca que había visto, toda de cuerda blanca y flecos. Kent la había visto en Maranguey[21], una de las poblaciones del río Magdalena, y la había mandado traer para mí.

En la noche de Navidad, la gente de la plantación tuvo una de sus danzas nativas, que ellos llaman cumbiambas, y que debe ser un

21. **N. del E.:** Seguramente se trata de Magangué, Bolívar.

remanente de los viejos tiempos salvajes; si indígenas o negros, no lo sé, pero me parece que lo segundo. El baile es al aire libre, en algún lugar plano, en cuyo centro hay un gran palo alto, con una lámpara arriba. Hombres y mujeres, hasta jóvenes niños y niñas (había setenta u ochenta la otra noche), cada uno con una vela encendida en su mano, entran en parejas al gran círculo alrededor del poste, moviéndose hacia delante, constantemente, en un extraño paso de baile donde arrastran los pies. Dentro del círculo, uno de ellos golpea continuamente un enorme tambor nativo: *tac, tac, tac*, sin detenerse por un instante, y esa es la única música (?) que hay. El brillo de la lámpara sobre el poste proporciona la suficiente luz para producir sombras fantásticas bamboleándose en círculos; mientras los puntos brillantes de las velas giran y viran bruscamente a través de la oscuridad circundante, iluminando los rostros morenos de los danzantes. Dan círculos y círculos alrededor del poste, enérgicamente, cambiando de parejas en cortos intervalos a medida que el hombre o la mujer avanza o retrocede; y hora tras hora, esta extraña y barbárica presentación continúa. Me gustaría mucho saber si la cumbiamba es el bisabuelo de la danza del Palo de Mayo. Todos salimos y vimos el baile, de pie, alejados del círculo, bien adentro de la sombra. Sobre nuestras cabezas, ardían las estrellas del trópico: la Cruz, y la Osa al revés. Me sentí a millones de kilómetros de distancia de casa, pero no sentía nostalgia; en lugar de eso, estaba llena del placer más entusiasta por lo que estaba pasando a mi alrededor. Me alejé una corta distancia para observar mejor la escena: un pequeño grupo de blancos riendo y hablando en frente, y la multitud de hombres rojos y negros más allá. Y me paré ahí, preguntándome cómo era posible que hubiera tanta gente que no siente la alegría de viajar. Pensé en amigos, allá en casa, que bien podrían haber estado ahí ahí conmigo, pero quienes, muy seguramente, se preguntarían, por su parte, cómo podría querer estar tan lejos. Me encontraba de ánimo para empatizar con todas las cosas extrañas y extranjeras, cuando don Roberto se me unió.

—He intentado todo el día tener una conversación a solas con usted —empezó apresuradamente—, y ahora será solo un instante. Usted sabe lo que quiero decirle. Usted sabe que la amo. La he amado desde el inicio, desde el día del incendio. Lo habría dicho hace mucho tiempo si usted fuera una colombiana, pero ustedes, inglesas, estadounidenses, da lo mismo, ustedes no entienden; usted no me habría creído. Así que he esperado seis meses. Ahora, dígame pronto —ya van de regreso a la casa—, ¿me quiere aunque sea un poco?

—Venga, señorita Parnell —llamó el señor Anson—. ¡Venga, Álvarez! Vamos a entrar a bailar.

—¡Dígame! —don Roberto insistió, incluso mientras dábamos la vuelta para reunirnos con los demás—. Solo eso: ¿me quiere?

Si hubiésemos tenido cinco segundos más, estoy casi segura de que hubiera dicho: «Sí, le quiero». Pero no hubo ni un instante, y estoy muy contenta, ahora, de que haya sido así. No estoy segura de que ame a don Roberto, y estoy mucho menos segura de que esté dispuesta a casarme con él, inclusive si lo amo. Hay amores de amores, y no sé, todavía, si el suyo o el mío es del tipo que deba terminar en matrimonio. «Al matrimonio no debe entrarse sin advertencia o con ligereza, sino muy respetuosamente, con sobriedad y bajo el temor de Dios».

Hemos hablado de todo esto desde la noche de Navidad. Don Roberto no entiende en lo más mínimo. Pienso que él desearía que yo fuese una colombiana. Caminar un poco bajo un balcón, una presentación en la casa, algunas visitas en la presencia de la chaperona, una petición formal de la mano de la chica y ya todo está arreglado. Mientras que el futuro de la pareja, ¿quién sabe?

20 de enero

No hemos tenido lluvia en ocho semanas, y mi jardín está empezando a sufrir. Semillas que planté hace dos semanas no han brotado, y verduras como las remolachas, repollos, cebollas y coliflores, que estaban en buenas condiciones al inicio de la temporada seca,

ahora están languideciendo y se ven sedientas. Los únicos que están bien son los tomates; el sol permanente es bueno para ellos y las plantas están inclinadas y cargadas de frutos. Los jardines están muy lejos de cualquier manantial para poderlos regar artificialmente, así que la Niña Eva y yo ahora estamos plantando nuestras semillas en lo que aquí llamamos un «troje», o sea, una cama de semillas hecha en un gran marco de madera o caja que está por encima del suelo para protegerla de las gallinas. Tenemos nuestros «trojes» justo detrás de la casa, por el chorro, que es un chorro de agua que viene de un riachuelo en las colinas, así que fácilmente podemos asegurarnos de que las pequeñas plantas se empapen todos los días. Para el momento en que la temporada de lluvias inicie de nuevo, las plántulas estarán lo suficientemente grandes para ser trasplantadas a las eras del jardín. Es ahora cuando las predicciones del señor Martin sobre ser comida viva por la plaga están cobrando rigor; el sol caliente saca infinidad de plaga. Arriba en la casa no nos molestan, pero abajo en mi jardín casi que me enloquecen. Afortunadamente, se mantienen a nivel del suelo, así que es solo cuando me agacho para deshierbar, o cuando estoy sacando algunos vegetales, que son completamente insoportables. Trabajo por un minuto o dos, luego me levanto y bato mi pañuelo con vigor para dispersar el enjambre por un instante. Luego, vuelvo a deshierbar un poco más. «No me detendré hasta que llegue a la mitad de la era», me digo a mí misma. Pero todo el jején regresa, trayendo a sus amigos, y hay días cuando están tan, tan terribles que renuncio y escapo a la casa.

Empiezo a sentirme como una verdadera arriera —espero que *arriera* sea la palabra femenina para *arriero*, pero no estoy nada segura—. Como sea que se diga, me siento como una porque «he estado abajo» con frecuencia últimamente.

Esta vez fue para cazar al brioso caimán. El señor Cunningham mandó preguntar si nosotros iríamos por dos días en el Caimanero, y nosotros le respondimos que por supuesto lo haríamos.

El Caimanero es la más pequeña de las lanchas de vapor, y solo había espacio para el señor y la señora Martin, el señor Cunningham

y yo, además del maquinista y de un señor que despelleja los caimanes. Salimos de Santa Marta temprano el miércoles en la mañana y regresamos el jueves en la tarde, así que estuvimos cerca de dos días en los caños, que son muy parecidos al río San Juan en Florida. Estuvimos por aquí y por allá, por serpenteantes y estrechos arroyos en los que, a veces, apenas había espacio para que nuestro pequeño bote girara, y en muchos lugares los árboles se juntaban sobre nuestras cabezas; salimos a aguas más abiertas, donde la marea viene del mar y forma lagunas; por pequeñas islas cubiertas de matorrales tropicales y enredaderas enmarañadas; y a través de canales sinuosos de humedales tropicales o la ciénaga. El agua estaba infestada de caimanes y salían para recostarse en los bancos; les disparamos, pero ninguno de nosotros, excepto el señor Cunningham y sus hombres, logró matar alguno.

En las últimas horas de la tarde del miércoles estábamos cerca de Puebloviejo, el pueblo indio más aborigen que he visto, excepto los del río Magdalena. Algunas de las chozas estaban construidas en pilares sobre planos bajos, afuera de tierra firme; la superficie se inunda con la marea alta, y el aspecto del lugar es tan primitivo que pareciera que uno está viendo sobre el lago viviendas de tiempos prehistóricos. La lancha llegó al pueblo justo al final del día. Los indios iban y venían sobre el agua en canoas de grandes troncos ahuecados; dentro de las chozas de palma estaban cocinando en pequeñas hogueras de piedras sobre el suelo de barro; niños desnudos corrieron por todas partes y se reunieron para vernos mientras nos acercábamos, y toda la escena estuvo saturada con la luz colorida de un atardecer tropical.

En esta latitud, el crepúsculo se desvanece exactamente como lo hace en el teatro. Tan pronto como el sol desaparece sobre el horizonte, la oscuridad empieza a caer en sombras visibles, más profundas a cada segundo, justo como lo hace en el escenario cuando las luces se extinguen en rápida sucesión para indicar la llegada de la noche.

Dormimos a bordo del Caimanero: la señora Martin y yo, en la pequeña cabina; los hombres, en hamacas en la cubierta. Me desperté justo al alba y, levantándome suavemente, fui a la pequeña

ventana y me asomé. Todo estaba muy quieto, excepto por un susurro de viento pregonando el amanecer, y, de vez en cuando, una salpicadura de agua mientras un caimán se movía a través del agua cerca del bote. El pueblo indio estaba todavía dormido; y miré hacia allá preguntándome por la clase de sueños que tendría un morador prehistórico de un lago. Sobre nosotros, las estrellas ya estaban empezando a apagarse y, cerca del horizonte del sur, la Cruz se había «inclinado hacia la mañana». Esperé cerca de la ventana hasta que la primera luz rosada llegó al cielo y el pueblo comenzó a removerse en su sueño. En ese momento, un niño indio salió de una choza, fue al agua y, tomando una de las pequeñas canoas, remó un poco hacia afuera; en un momento o dos vi que estaba atrapando pescado.

Para esta hora, el mundo estaba despertando, y no mucho después todos estábamos afuera, y el señor Cunningham estaba comprando pescado al indio para un desayuno estadounidense. Un poco después, antes de salir de nuevo a los caños, caminamos por una arboleda de palmas de coco; una de las cosas más hermosas y majestuosas de toda la naturaleza. Debo admitir, sin embargo, que los pensamientos de una se ven distraídos de la solemnidad litúrgica de este maravilloso lugar por los enormes cangrejos terrestres que van traqueteando por todas partes, casi debajo de los propios pies, tratando de ocultarse en sus agujeros.

Cuando regresamos a El Cafetal, después de la cacería de caimanes, el señor y la señora Anson y Kent nos acompañaron, y uno o dos días después, todos, con don Roberto, fuimos en una excursión de acampada a un terreno que Kent ha decidido comprar. El tramo está un poco más allá de El Cafetal; no está lejos yendo en línea recta, pero es de muy difícil acceso debido a la densa vegetación del bosque. Nos llevamos varios hombres con machetes para cortar la vegetación, y más hombres para llevar nuestras cobijas y comida.

—¿Por qué está trayendo tanta comida? —le pregunté al señor Martin—. Parecería que se estuviera preparando para un viaje a África central.


Caminos indígenas de la Sierra Nevada y su infraestructura.

—Piense en todos los mozos que nos están acompañando —me respondió—. Debe haber comida para que ellos coman, ¿no cree?

—¿Por qué trae tantos hombres? —insistí—. No veo la necesidad.

—Mire toda la cantidad de comida que debe cargarse —explicó el señor Martin.

Fuimos en mula hasta el final de nuestro propio claro; luego, empezamos lentamente a caminar a pie. Las colinas en esta sección son una red de caminos indios pavimentados, pero han pasado tantos años desde que estos fueron colocados que el bosque ha crecido sobre ellos, y el pavimento está, en gran medida, cubierto con vegetación. En medio de muchos de los caminos, crecen árboles de más de un metro o metro y medio de diámetro, testigos fidedignos de los cientos de años que han transcurrido desde que el último hombre rojo pasó por ese camino. Una gran parte del sendero de Santa Marta a El Cafetal es uno de los viejos caminos indios que fueron reabiertos, y cada vez que subimos, recorremos una distancia sobre el pavimento original de piedra. La misma ruta continúa más allá de nuestra propiedad, a través del valle y sobre la cresta para el valle del río Córdoba, y fue por este camino que entramos al bosque y comenzamos a trepar la ladera. Los hombres con los machetes iban primero, cortando lo más que se podía: enredaderas, raíces colgantes y lo que llamamos «monte», vegetación bajita y gruesa, para despejar el camino; pero, aun así, nuestro avance fue extremadamente lento y difícil. Me imaginé que éramos una compañía de los primeros exploradores españoles empujando a estos indios ante nosotros, urgiéndolos continuamente, en nuestro deseo loco e insaciable de encontrar oro.

Cada mañana comenzábamos la marcha, seguros de que antes del anochecer deberíamos encontrarnos con El Dorado, y cada noche, debíamos aceptar, amargamente, otro día de decepción. Pero siempre presionábamos más, más y más hacia el interior, semana tras semana, mes tras mes, dejando la costa y la Sierra Nevada muy atrás de nosotros hasta que, finalmente, tras cruzar los Andes, salimos a una planicie a cerca de 2.700 metros sobre el nivel del mar, y ahí construimos la ciudad de Santa Fe de Bogotá.

Habiendo fundado la capital de Colombia, regresé a estas montañas, y ahora, traté de imaginar toda esta selva desaparecida, los caminos indios despejados y a los hombres rojos yendo y viniendo por todo el país. Aquí no tengo registros históricos que puedan guiarme, e inmediatamente me perdí en un laberinto de incertidumbres y conjeturas. No puedo entender, por ejemplo, qué necesidad tenían esos indios de esos caminos tan anchos y bien hechos. ¿Por qué no eran suficientes los senderos angostos y ordinarios? Estos caminos de ellos eran tan buenos que parecían caminos militares, si uno considera su calidad en relación con el nivel de la civilización indígena. Con esto quiero decir que, así como los caminos militares de Alemania, por ejemplo, corresponden a la civilización alemana, también lo hacen estos caminos de la Sierra Nevada con referencia a lo que se supone que fue la civilización de los indios primitivos de esta región. Y esto significa que los caminos de los indios eran muchísimo mejores, en proporción a su estatus entre los pueblos del mundo, de lo que son las calles de nuestro país con relación al estatus de los Estados Unidos. Los indios de esos tiempos debieron de ser muy diferentes de cualquier indio colombiano de hoy. Estos no tienen un modo de vida que invite a corredores de viaje bien hechos, en primer lugar, y no tienen calidad en el carácter que pueda inducir a tanto trabajo, inclusive si tener buenas carreteras fuera una ventaja para ellos. Personas que ni siquiera mantienen en buenas condiciones sus casas, o que no se molestarían en plantar un pequeño jardín alrededor de sus ranchos, aun cuando el suelo y las semillas les son ofrecidos libremente, ciertamente se espantarían con cualquier idea de construir caminos.

La primera noche en el bosque dormimos muy cómodamente en nuestras cobijas, porque todavía no habíamos subido lo suficiente como para sentir mucho viento, y la gran fogata nos mantuvo lo suficientemente cálidos; pero la segunda noche, cuando dormimos en un vivaque muy cerca de la cota de nieve, el viento soplaba espantosamente, y las cobijas parecían estar hechas de finas telarañas. Era difícil creer que, a 32 kilómetros y cinco horas de distancia, la gente

estuviera sofocada, con abanicos eléctricos girando junto a las camas de quienes eran lo suficientemente suertudos como para tenerlos. En esta región, es un asunto sencillo cambiar de clima; recuerdo a una mujer en Bogotá que una vez me dijo, con algo de envidia: «Ustedes los del norte no tienen que viajar para cambiar de temperatura; se pueden quedar en un solo lugar, y el calor y el frío, sucesivamente, ¡llegan hasta sus casas!».

Lo más lejos que esta mujer había estado de Bogotá era Villeta, y no podría tener la concepción de un neoyorquino en permanente revoloteo de Palm Beach al campo de Adirondack, de Tuxedo a Los Ángeles, de Newport a la Riviera. Su idea, sin embargo, me sacudió por ser grandiosamente sencilla y majestuosa: la noción de que un humano pueda morar, calmada y tranquilamente, como un dios, mientras, para su comodidad, las estaciones siempre cambiantes pasan rápida e incansablemente.

Estuvimos dos noches y casi tres días en nuestra pequeña expedición, pero el primer día fue básicamente seguir hasta el destino, y el tercer día, el regreso; entonces, para el segundo día se agolparon todos los incidentes y aventuras. Era temprano esa mañana, y mientras me tambaleaba por ahí, de repente, me cayó encima al menos una pinta de agua fría; y cuando el agua helada me corría por la espalda, me di cuenta de que, sin percatarme, había empujado una planta de agua. Esa cosa se ve como un repollo, y crece como una orquídea, en los troncos y ramas de árboles. Para los nativos es una vasija natural de agua de la cual beben cuando están sedientos en el bosque. Luego, con un orgullo y deleite inexpresable, Kent disparó a un tapir. A lo largo de una de las laderas al este del valle, hay un camino trillado, trajinado y mantenido abierto por el paso y repaso de los tapires, de los cuales hay tantos que esa ubicación es conocida como la Cresta de las Dantas. Una o dos veces en la noche, habíamos escuchado su chillido estridente y silbante, y a medida que llegábamos a su camino observamos muchos rastros de estos animales (sus huellas, especialmente sus camas en forma de nido en el pasto); pero sabíamos que, a pesar de ser numerosos, son difíciles de encontrar, así que no

sospechábamos encontrar uno. Pasó que, sin embargo, mientras hacíamos camino por un sendero relativamente despejado, una forma grande y oscura cruzó el camino directamente en frente de nosotros, y durante los pocos segundos que el animal estuvo a su alcance, Kent disparó. Había aprendido que el tapir está entre un elefante y un cerdo en cuanto a su familia zoológica, y alguna vez imaginé que era del tamaño de un jabalí; me sorprendí mucho, por supuesto, cuando supe que los tapires son casi tan grandes como las mulas. Los hombres dijeron que fue muy afortunado que Kent hubiese matado al animal y que no solo lo hubiera herido, ya que, a pesar de que el tapir evita a los seres humanos, es peligroso cuando se siente acorralado.

Así que el segundo día seguimos sobre la ruta del antiguo camino indio de Santa Marta; ahora por alguna distancia sobre un tramo despejado de pavimento; luego por una sección tan llena de matorral que durante una hora solo pudimos avanzar unos 60 metros a duras penas; sin los machetes, cualquier avance habría sido imposible. Trepamos y gateamos y recorrimos el difícil camino, y estábamos ya bastante cansados cuando nos topamos con algunos descubrimientos que instantáneamente desvanecieron nuestra fatiga, como si nunca hubiera existido.

Sin saberlo, habíamos hecho una peregrinación; pues, de repente, ante nosotros, exactamente sobre el curso del camino por el que íbamos, se alzaba un altar. No estoy segura de cómo se sintieron los demás, pero yo no estaba sorprendida. Por supuesto, no sabía de la existencia del altar, y no habría podido esperar ver algo semejante; pero cuando lo vi, me pareció completamente natural y apropiado que estuviera ahí, así que, casi con un sentido de reconocimiento, me acerqué a él. Aquí, entonces, había un propósito, al menos, para que hubieran hecho el largo y bien pavimentado camino, para guiar al santuario del hombre rojo. ¡Oh, regresar al tiempo, al menos por una hora, de cuando este lugar era el escenario de ceremonias religiosas! Poder ver a los indios venir aquí arriba desde los valles a hacer su adoración; conocer la forma de su ceremonia y cuáles eran los sacrificios que ofrecían. Su altar es de piedra; tiene metro y medio de

altura; las esquinas convergen un poco hacia la parte superior plana, que mide metro y medio por lado. Sobre esta superficie, detrás del centro, hay una piedra plana de unos 60 centímetros por lado y unos 40 de altura. A los lados del altar hay escalones hechos con piedra, y el camino pavimentado conduce directamente arriba hasta ellos a un lado, y hacia los escalones que se dirigen hacia abajo en el otro lado. Luego, el camino continúa hacia la cima, baja hasta el valle siguiente y más allá desconozco.

En ese punto, dejamos el camino que habíamos seguido desde que salimos de El Cafetal y, en lugar de seguir por lo que yo llamo el camino indio de Santa Marta, giramos al sur, continuando por la cresta entre los dos valles. Después de un tiempo encontramos otro de los caminos pavimentados antiguos; este cruzaba la cresta en ángulo recto y, yendo hacia abajo, al valle del río Córdova, se unía a la ruta de Santa Marta. Ramificándose de este segundo camino, había un tercero, y justo en la intersección de estos dos había un ancla de piedra. Después del descubrimiento del altar, pienso que todos habíamos estado con bastante expectativa y que nadie sintió que esto era más de lo que ya habíamos estado buscando cuando encontramos otro recordatorio material de la vida de los indios siglos atrás. El ancla estaba hecha en dos partes: la caña, que mide 2,7 metros de largo, y los brazos curvos, que miden tres metros de extremo a extremo; entre estas dos secciones va el camino indio. ¿Por qué está allí el ancla? ¿Para qué propósito fue hecha? ¿Qué significa? ¿Y por qué el camino pasa a través de ella en lugar de alrededor de ella? Son preguntas que solo pueden hacerse y nunca responderse.

Si el altar puede simbolizar la fe, y el ancla la esperanza, sería muy razonable encontrar un corazón como el siguiente elemento de ruinas indias; pero los antiguos guerreros no tenían caridad para tipificar, o pensaron que un corazón de piedra era una inconsistencia muy obvia, ya que los últimos rastros de ellos que encontramos en el camino ramificado, más allá de la cresta, fueron una silla de piedra, de cerca de 38 centímetros de lado, y una gran jarra de arcilla. El último está casi intacto y tiene un rostro grotesco en

un lado, con dos manos sosteniendo algo en la boca, lo que probablemente representa a una persona bebiendo algo. Kent reclamó la jarra por estar ubicada cerca del terreno que él va a comprar. Hizo que la tomaran con mucho cuidado de regreso a El Cafetal, y luego me la dio a mí.

Se dice que, para conocer a alguien realmente, se debe viajar con él. Eso es cierto, lo he hecho. En un viaje largo, las personas o bien se acercan unas a otras, o discuten. Ahora, la relación que existe entre un viaje ordinario y las condiciones de quedarse en casa es la misma que existe entre una acampada y un viaje ordinario. Así mismo, como un mes de viaje equivale a un año en casa, entonces un día de campamento equivale a un mes de viaje. Quienes se quedan en casa se conocen en lo que les interesa y lo que les interesa que los conozcan; los viajeros saben si les interesa o no; y los campistas, más que saber, lo sienten. Hay algo sobre el bosque que pareciera que reduce a una persona a sus más bajos términos, para mostrarle exactamente cómo es, sin revestimiento de nada. La vida libre e inusual desata restricciones, y el verdadero hombre es revelado. El carácter revelado, entonces, puede ser más elevado o más bajo de lo que ha mostrado hasta ahora, pero al menos es su verdadera naturaleza.

La verdad, no sé mucho más acerca de don Roberto de lo que ya conocía antes de ir al bosque; no obstante, me siento menos simpatía por él de lo que sentía hace una semana. Intento encontrar una razón para esto, y vuelvo sobre cada palabra y acción suya durante este viaje de tres días; pero puedo pensar en solo una cosa que pueda explicar su alienación. Una polilla estaba volando por su cara; le disgustó. La capturó por un ala y la sostuvo sobre el fuego, quemándola viva. Eso fue todo; pero ahora siento que, si me casara con don Roberto, no quisiera estar lejos de un cónsul de Estados Unidos a quien pudiese apelar en caso de necesidad, en caso de que quisiera irme a casa en algún momento. La impresión es absurda, irracional; no ha habido una causa racional para ella. Puede que desaparezca, y espero que sea así; quiero poder quererle.

27 de febrero

Miércoles de Ceniza

Apenas habían pasado las festividades de Navidad cuando ya las personas de la finca estaban llevando a cabo las actividades de la época de carnaval. Por semanas ya, los niños y los sirvientes de la casa se han estado vistiendo con atuendos fantásticos y llevando consigo botellas de agua de colores que se lanzan unos a otros. En esta parte del mundo, el agua de colores toma el lugar de las flores y el confeti de Nueva Orleans y el sur de Europa; y cuanto más popular es una aquí, mayor cantidad de agua tinturada será derramada sobre sus prendas. Si una señorita es bonita, todos los hombres jóvenes le lanzan su agua coloreada a ella, y la chica que tenga su vestido blanco más manchado es la *belle* del carnaval. El gran día de la época de carnaval es el Domingo de Carnaval, el domingo antes de la Cuaresma, pero por dos o tres semanas previas a ese día, y el lunes y martes, justo antes del Miércoles de Ceniza, la diversión y el jugueteo están presentes. En Barranquilla y Santa Marta, ha habido procesiones en las calles y cada noche se dan bailes. Hacia el final, que es el domingo, lunes y martes, la gente se entrega completamente a la alegría y el disfrute. No se piensa en ningún negocio; las tiendas cierran; las calles se atestan de personas; todos los jóvenes se visten con prendas adornadas; los hombres van por ahí de casa en casa, algunos a pie, otros en carruajes; las jovencitas observan hacia afuera con falsa modestia a través de las cortinillas o barrotes de las ventanas o puertas medio abiertas; y a la menor vista de ellas, los galantes les arrojan el agua tinturada de sus botellas.

Aquí en la plantación, como he dicho, los niños y los sirvientes han estado divirtiéndose por semanas; y por tres días, el lugar parecía como si la tierra de los elfos se hubiera desatado sobre este, con los enmascarados persiguiéndose por todas partes con alaridos de carcajadas y arrojándose agua coloreada por litros. El domingo

por la noche, la gente tuvo un baile en uno de los ranchos, y Kent y yo fuimos a mirar. En el único cuarto de la cabaña brillaban tres velas, alumbrando tenuemente el centro y dejando las esquinas en oscuridad. Después de que el baile iniciara, el aire estaba pesado con polvo del piso de tierra, así que vimos a los hombres y mujeres en una neblina, moviéndose a través de sus extraños pasos y figuras, y proyectando curiosas sombras sobre las paredes de barro. El gran tambor de la cumbiamba era golpeado continuamente por un indio justo afuera de la puerta del rancho; un chico hacía ruido con lo que ellos llaman un chucho: una calabaza larga y hueca con fríjoles o perdigones que retumban adentro cuando esa cosa se sacude. Kent y yo observamos la escena por solo media hora, o algo así, pero la gente siguió bailando hasta bien pasada la medianoche; de hecho, cuando me desperté como a las dos de la mañana, todavía escuché el gran tambor sonando.

Don Roberto fue a Barranquilla para la semana del carnaval. Trató de persuadirnos a la señora Martin y a mí de ir también, pero a ninguna de nosotras nos interesaba en lo absoluto y él fue solo. Dice que ha asistido cada año desde que llegó de Inglaterra; imagino que para él es lo mismo que el Cuatro de Julio es para nosotros, por ejemplo, excepto que en esto no hay nada patriótico. Sería difícil, pienso, para un colombiano tener algún sentimiento de patriotismo; sin embargo, es esa falta la maldición de esta tierra. No hace mucho que Kent citó el brindis de Stephen Decatur, hecho en Norfolk en 1816:

—¡Nuestra patria! Que en su relación con las naciones extranjeras siempre esté en lo correcto; ¡pero nuestra patria, con razón o sin ella!

Don Roberto dijo, francamente, que ese era un sentimiento que no podía entender en lo más mínimo.

—No me imagino entusiasmarme por ningún país solo porque nací en él —estableció—. Si es bueno, no me importa apoyarlo, pero si es malo, como este, puede irse al garete por lo que a mí concierne. Tan pronto como haya hecho suficiente dinero aquí, me voy a ir de todas formas. —Pero un momento después, añadió—: Creo, sin

embargo, que es esa política de «con razón o sin ella» lo que ha hecho a Inglaterra lo que es hoy.

Llegó ayer de Barranquilla, muy colombiano, socialmente, si no políticamente. Fue a un baile cada noche mientras estuvo en el pueblo y paseó en un carruaje con otros tres jóvenes todo el día, arrojando agua tinturada y disfrutando plenamente. Protestó diciendo que deseaba todo el tiempo que yo estuviera allá; pero me pregunto qué habría hecho él si yo hubiera estado. ¡Yo sé lo que yo no habría hecho! Kent ha venido a quedarse aquí en El Cafetal por algunas semanas mientras supervisa el trabajo que ya inició en su tierra arriba en el valle. Ambos, él y el señor Martin, tienen cuadrillas de mozos talando árboles por acres; y algunos de nuestros hombres están «tumbando» (como lo llaman aquí) tan cerca de la casa que podemos ver los grandes troncos tambalearse y caer, y escuchamos el golpe cuando llegan al suelo. Después de que los árboles fueron cortados y se tumbaron por un tiempo bajo el constante sol de la época seca, se les prendió fuego, y los tramos de tierra también se quemaron. Durante días y días, el aire ha estado lleno de humo y hay un agradable olor a madera quemada; cuando cae la noche, vemos grandes espacios en la oscuridad que han sido arrasados por las llamas, y el resplandor de estas sube a las estrellas. Recuerdo que, hace como un año, cuando llegué por primera vez a Santa Marta y recién estaba conociendo sobre las plantaciones de café en las tierras altas, salí una noche al balcón del hotel mirando arriba, hacia la Sierra Nevada. A medida que se iba oscureciendo, se veía una luz brillante en un lado de la montaña, y luego, por horas, observé el fuego en alguna plantación; de pronto era en El Cafetal. Estas conflagraciones duran hasta que ellas mismas se extinguen, y ahí solo quedan tocones chamuscados y una gruesa capa de cenizas sobre el suelo. Luego, la tierra yace abierta y vacía; lo que alguna vez fue el teatro de los asuntos humanos del hombre rojo está ahora listo para aquellos de su sucesor carapálida. Es algo grande, pienso, trabajar directamente con la naturaleza cara a cara, despejando el bosque, dejando entrar el sol, plantando árboles de café, construyendo una propiedad. Se

siente mucho mejor estar a este extremo de la aventura que en el extremo del mercado.

La cosecha de café ha terminado por este año; las últimas cerezas han sido recogidas; los últimos granos han sido secados, y todos los bultos, cada uno conteniendo 45 kilos, se han bajado en mulas a Santa Marta, y, de ahí, al extranjero.

Definitivamente, la revolución en realidad parece haber llegado a su fin, colapsando tan sorpresivamente como empezó hace tres años. Se dice que el señor Reyes está regresando de Europa, y los más optimistas están llenos de esperanza y piensan que, con este estadista, general y explorador, todos los partidos van a unirse, y que Colombia ahora sí será una tierra de paz y concordia, todos unidos de la mano y sin importar quién tiene las llaves del Tesoro. Ese es el sentimiento preferido y popular en el momento, pero en medio de este entusiasmo general, todavía hay unas personas perspicaces que afirman que otro conflicto está muy cerca. De hecho, es un motivo de asombro para nosotros en la costa que Bogotá no pareciera escuchar los retumbos de los truenos que vienen del departamento de Panamá. ¿Qué estarán pensando, allá arriba en la capital, que permanentemente fingen y evaden y actúan de la manera que lo hacen con respecto al tratado del canal? ¿Asumen que, inclusive si los Estados Unidos se someten ante la insolencia de tal trato (al menos sería insolencia si Colombia fuera una potencia responsable en lugar del gobierno pueril y malcriado que es), Panamá se va a quedar callada si no hay una ratificación de algún tratado del canal que le sea favorable? Los más flemáticos del mundo no aceptarían tranquilamente tremendo golpe a su bienestar, y mucho menos lo hará Panamá —Panamá, que lleva la revolución en su mismísima sangre—. El departamento dice ahora, abiertamente, que, si no hay un tratado del canal, se separará de la República de Colombia; y, aun así, el Congreso en Bogotá se hace el ciego con su política de aplazamiento y probable rechazo.

Uno de los últimos actos de guerra en esta región costera fue la incautación del pequeño Caimanero —el de nuestra cacería de

caimanes— y la decapitación con machete del ingeniero, justo en frente de su familia. Sucedió hace un mes, pero solo hasta ahora nos enteramos. A pesar de que no es peor que cientos de otras acciones de la revolución, nos horroriza más porque conocíamos al ingeniero y habíamos tomado ese viaje por los caños recientemente con él.

10 de marzo

Todo está muy, muy seco por estos días, tan seco que el mundo está sediento y chamuscado, y un polvo blanco y grueso se ha asentado sobre todo. Es terriblemente duro para los jardines; estoy tan triste por ellos, y haría cualquier cosa por darles el agua que están suplicando. La época seca es estupenda cuando recién inicia, pero ahora, después de tres meses de sol, va a ser estupendo tener lluvias de nuevo. «Estoy cansada del eterno sol»; creo que es justo como cuando el señor Kipling anhelaba «la primavera en los caminos ingleses».

Mis tomates están recibiendo muchos halagos y admiración justo ahora, sencillamente porque aman la época seca y prosperan en ella. El reconocimiento es manifiestamente injusto, ya que los tomates no merecen ningún crédito por hacer exactamente lo que les gusta hacer y ser prósperos y felices en medio de las circunstancias que, literalmente, les sientan de maravilla. «Sé buena y serás feliz» es ciertamente verdadero; pero lo contrario también es verdad: sé feliz, y si no eres buena, no hay excusa para ti.

—Sí —dice Kent—; pero algunas personas que deben ser buenas porque tienen tanto para ser felices son, no obstante, egoístas e inútiles; y algunas nunca son felices, no importa lo mucho que tengan (aquí él me recuerda a dos o tres personas que ambos conocemos en casa, quienes realmente poseen todo lo que cualquiera razonablemente desearía, pero que están constantemente preocupadas). —Si yo fuera tú —me aconseja—, no sería tan cínica y quisquillosa con respecto a esos tomates, pues al menos saben cuándo están bien.

Esto es bastante cierto, ahora que lo pienso; y los tomates verdaderamente merecen aprobación, pues al menos aprecian sus

bendiciones y están aprovechando al máximo sus ventajas. Por esto, siempre les estaré agradecida, y lo estoy cuando recojo los frutos de su buen desempeño: varios cestos grandes de tomates cada semana. Nunca habría pensado que el mundo podía contener tantas pequeñas mariposas amarillas como las que están revoloteando alrededor nuestro justo en este momento. No sé por qué están migrando así; tal vez sea para escapar a la próxima temporada de lluvias. El aire está lleno de ellas; por días han estado a la deriva pasando por la casa, en un aleteo de nubes del color del maíz, millones y millones de ellas, tan livianas y hermosas y delicadas y felices pequeñas Psiques, apresuradas para encontrar los Cupidos que parecen estar llamándolas desde algún lugar en el norte[22].

2 de abril

Es el mayor de los errores suponer que no hay primavera en el trópico. Es verdad que no hay invierno —que el hielo nunca llega y que la nieve nunca cae, y que los árboles nunca están desnudos sin hojas—. Pero la primavera está con nosotros y alrededor de nosotros, bajo nosotros y sobre nosotros; la tierra lo sabe, incluso aquí, cuándo es tiempo de primavera, y el cielo lo sabe, y nosotros lo sabemos porque ellos lo saben. Hace cinco días, las nubes comenzaron a agruparse: pequeñas cosas gris perla, tan livianas y vaporosas y traslúcidas que no parecían más que sombras; no obstante, eran real y verdaderamente nubes. Pasaban sobre el sol, nublándolo por solo un momento o dos; luego desaparecían, dejando al mundo brillante y encandilado como antes. Pero al día siguiente, venían de nuevo, y eran un poco más pesadas y oscuras, y se quedaban por un rato más, y antes de desaparecer, nos habían enviado las primeras gotas de lluvia que habíamos visto desde el pasado noviembre. Los niños y los sirvientes juguetearon bajo el primer rocío, riendo

22. **N. del T.:** En el griego antiguo, *psykhḗ* significa 'mariposa' y 'alma'. Asimismo, es una referencia a Psique, la esposa de Cupido.

y gritando y tratando de atrapar con sus manos las diminutas gotas mientras caían. Yo quería hacer lo mismo, pero no habría sido decoroso, así que solo corrí hacia abajo a mi jardín y observé las pequeñas salpicaduras de agua cuando golpeaban el polvo y hacían hoyos en él, pero no parecían estar lo suficientemente mojadas para hidratarlo. Les dije a todos los repollos y remolachas, secos y sedientos, que en tan solo unos días tendrían toda el agua que quisieran para bañarse o beber. Les recordé a los tomates que ellos ya habían tenido cuatro meses de sol y calor, y que, en cada vida, algo de lluvia debe caer, así que esperaba que no se fueran a quejar; y luego, me agaché bajito sobre la tierra y dije a las plagas que mejor se fueran de ahí lo más rápido que pudieran porque vendría la inundación y que, si se quedaban, se ahogarían.

Desde ese día, hemos tenido lluvias todos los días, y, a pesar de que cinco minutos después de que cae la lluvia el suelo sigue igual de duro que antes, sabemos ahora que la época de lluvias ha empezado y que, en una semana o dos, habrá humedad en abundancia. Mientras tanto, estoy haciendo que rastrillen las eras de mi jardín para prepararlas para las semillas que voy a plantar en ellas; y toda la tierra fuera de la cerca de alambre se está sacando para tenerla lista para las plantas del troje.

Por una o dos semanas me he sentido justo como en casa cuando llegan los primeros días de primavera. Alguna vez debí ser un pájaro, algún tipo de pájaro migratorio; porque tan pronto hay indicios de primavera en el aire, yo comienzo a sentirme inquieta y anhelo volar a algún lugar lejano, no importa dónde, solo lejos. Luego, todo mi sentido común debe impedirme de ir a la calle 42 y subirme al primer tren que esté saliendo; o, una tentación aún mayor, apresurarme a la parte baja de Broadway y conseguirme un pasaje en alguno de esos barcos de vapor trasatlánticos. Como a mediados de abril esta sensación pasa, por el momento, y con los primeros días cálidos, viene el deseo de estar en el campo. Quiero entonces hacer justo lo que estoy haciendo ahora: caminar sobre el suelo y pasto suave en lugar del pavimento de la ciudad, y tocar con mis manos cosas

verdes y frescas que crecen. Como Kent, en Navidad, no dejaba de pensar en Nueva York durante las festividades, así mismo estoy yo recordando en mi mente todas las fases de la vida allá a principios de la primavera. Es una temporada alegre y agradable, y a pesar de que pensar en ella no me está haciendo sentir nostalgia de mi casa en lo más mínimo, sí me está llenando de un cierto sentimiento de amor por mi casa, y la lealtad de casa que me hace sentir feliz de haber vivido donde he vivido. Es una pena, pienso yo, que los niños estén siendo educados en el extranjero. Si un niño es llevado afuera cuando tiene cinco años, como los tenía don Roberto, por ejemplo, y si permanece toda su niñez en una tierra extranjera, ¿cómo va él a conocer y amar realmente a su propio país? Ninguna cantidad de años viviendo en él después va a compensar todos los recuerdos que ha perdido, todas las impresiones e influencias que debía haber absorbido; y creo que él nunca podría ser capaz de sentir algo que lo lleve a decir: «¡Mi patria, con razón o sin ella!».

Don Roberto y yo hemos tenido una última conversación sobre lo que pudo ser y pienso que él está tan satisfecho como yo de que lo único que puede existir entre nosotros dos es una amistad. Vino hace unos días y me pidió decidirme sobre casarme con él o no; y cuando le dije que lo lamentaba mucho, pero que estaba segura de que nunca podría hacerlo, estuve muy segura de que él sintió alivio. Imagino que los últimos tres meses le han mostrado, al igual que me han mostrado a mí, que nuestras ideas de vida, nuestras creencias, tradiciones, instintos y prejuicios son totalmente disímiles; dado que es cierto que cualquier atracción que podamos tener el uno por el otro sería algo momentáneo y que no existe ninguna base sólida para un afecto de por vida. Por mi parte, el sentimiento que en la Navidad fue tan cercano al amor se ha desvanecido; y verdaderamente creo que sus sentimientos han cambiado justo como los míos lo han hecho. Su verdadera naturaleza es colombiana, y una mujer con un temperamento estadounidense, después de un tiempo, lo habría aburrido terriblemente. Pienso que él comenzó a darse cuenta de esto cuando fue al carnaval en Barranquilla. Lo he sentido, más

o menos, desde que pasamos tres días en el bosque, y con la llegada de la primavera y los pensamientos sobre mi patria que ella ha traído, me he convencido plenamente de que este matrimonio internacional sería peligroso. Y ahora no voy a pensar más en amar a alguien; voy a concentrar mi tiempo y atención en los jóvenes vegetales.

Hoy, nuestra plantación luce como si hubiese caído nieve durante la noche y cada planta de café hubiera sido espolvoreada con copos. Todos los miles de árboles están en flor, y es difícil de imaginar algo más delicado y exquisitamente adorable que los acres y acres de flores blancas. Nunca he visto Japón en su temporada de cerezos en flor, pero me niego a creer que es mucho más hermoso que una plantación de café completamente florecida. Con la luz de la luna, el efecto de nieve sobre los árboles es tan real que asusta, y anoche, cuando salí al aire fresco y puro y observé la propiedad yaciendo frente a mí, parecía casi imposible que no estuviera mirando un paisaje tempranero de invierno en el campo, en casa. Las flores permanecen en los árboles por uno o dos días, pero mientras duran, el lugar es como un cuento de hadas.

18 de abril

En los últimos diez días, la lluvia ha caído en cantidades refrescantes cada tarde; la tierra ya no está dura y seca, y la vegetación está verde ahora, en lugar de un blanco polvoriento o marrón descolorido.

Ayer y anoche recibimos a una «comisión» de Santa Marta, que es un grupo militar constituido por un capitán y doce hombres; el oficial era nuestro invitado en la casa, mientras que los soldados acamparon afuera. El pelotón fue enviado aquí a recuperar rifles que al parecer fueron robados al Gobierno, y las demás plantaciones están siendo visitadas de manera similar. Casi todos los mozos estuvieron en la revolución en algún momento u otro, pero cuando se retiraron a la vida civil solo «depusieron sus armas» en sentido figurado, mientras que, en realidad, literalmente todos y cada uno de ellos las conservaron para uso personal y privado. Esto lo hicieron en todo el país, así que,

ahora que la guerra ha terminado, el Gobierno está enviando estas «comisiones» para recuperar las armas que puedan encontrar.

La frase «armas robadas al Gobierno» me recuerda la forma en que, cuando estaba en Bogotá, tanto liberales como conservadores solían motivarse a sí mismos y a sus partidos creando afirmaciones que eran exactamente iguales, pero que eran presentadas de una manera tan opuesta que parecían proposiciones contradictorias. Un día, por ejemplo, escuché a un liberal simpatizante decir con jactancia: «Pronto al Gobierno no le quedarán más armas: los liberales están confiscándolas en todas partes del país». Esa misma noche, un conservador me comentó: «Los liberales están en malas condiciones: ¡no tienen armas, excepto aquellos que las han robado al Gobierno!».

Pasamos la Pascua en Santa Marta, bajando el último jueves y regresando de nuevo el martes, el día antes de ayer. Kent no regresó con nosotros porque se fue a Curazao por negocios y estará fuera por dos o tres semanas. Mientras estuvimos abajo, nos quedamos en el hotel; el hotel que alguna vez debió de ser una elegante y antigua residencia española, pero en el que ahora, en el presente, una come en el establo, o las mulas, cerdos y pollos tienen sus habitaciones en el salón del comedor. Nunca he sabido cómo es. El menaje es tan colombiano que me gusta pasar por la casa ocasionalmente para tener un poco de ambiente nativo y sabor local.

Durante la Semana Santa, Santa Marta estaba casi completamente entregada a los oficios religiosos, con casi ningún negocio llevándose a cabo. Las iglesias estaban decoradas con gran cantidad de lámparas, velas y flores, naturales y artificiales, mucho más de lo que estaban para Navidad, y en algunos antealtares había plataformas o tarimas sobre las que se representaban escenas de la vida de Cristo. En una estaba «La tentación en el monte» con figuras de tamaño natural de Cristo y el diablo; otra tenía la tumba custodiada por soldados romanos —hombres reales con armaduras romanas— que caminaban todo el día arriba y abajo custodiando el sepulcro. Fuimos a la catedral el Viernes Santo y el Domingo de Pascua. El viernes no había música; todo el interior de la iglesia fue completamente

cubierto de negro, y en un momento, todas las velas fueron apagadas y el lugar estuvo en completa oscuridad por varios minutos. Luego, una gran cortina que colgaba ante el altar se rasgó en dos, y hubo sonidos de truenos y piedras cayendo la una sobre la otra. Durante parte del sábado, una multitud de personas se reunió en la pequeña plaza frente a la catedral para ver una efigie de Judas ahorcado. La figura rellena estaba suspendida por una cuerda que se elongaba justo por encima de las cabezas del gentío y ahí quedó por varias horas, transmitiendo, sin duda, algún tipo de enseñanza a las personas cuya sensibilidad difícilmente sería alcanzada por otro tipo de educación más sutil.

El lunes por la mañana tomamos el pequeño ferrocarril de Santa Marta y salimos a pasar el día en una de las plantaciones de la United Fruit Company. La pasamos de maravilla; los acres de árbol de banano son una vista hermosa e impresionante, especialmente cuando sopla una suave brisa y todas las hojas se mueven de un lado a otro. ¡Pero, oh, hacía calor y había muchos mosquitos! Estoy muy feliz de haber estado allá, de haber caminado bajo la sombra de esas amplias hojas de árboles de banano y de haber visto crecer miles de miles de racimos de banano; pero para todos los días del año, soy más feliz quedándome en una finca de café a 1.200 metros sobre el nivel del mar.

15 de mayo

Como diez días después de que subiéramos de Santa Marta, Willie cayó enfermo. Tuvo una gripa muy fuerte y una fiebre que no lográbamos controlar, y comencé entonces a entender lo que significa estar a 32 kilómetros de un doctor. Por casualidad, había llegado un barco de vapor y su médico subió hasta aquí, pero solo se pudo quedar una noche, así que supongo que no fue su culpa que no haya podido ser de alguna ayuda. Willie empeoró en lugar de mejorar, y lo único que se podía hacer era llevar al pequeño a la costa. Dos hombres lo cargaron hacia abajo en una hamaca, y el señor

y la señora Martin montaron con ellos —la Niña Eva con Dollie, la bebé, en sus brazos—.

Se han ido por dos semanas, y a pesar de que Willie está mucho mejor, no tengo idea de cuándo volverán, y me siento tan sola que, si el desagradable hombre inglés llegara cabalgando, creo que estaría muy sorprendido por su bienvenida. Nunca me di cuenta antes de qué tan grande es la plantación y qué tan lejos está; y ahora, por primera vez, llama mi atención que los sirvientes solo hablan español. El sol parece ponerse mucho más temprano de lo usual también; antes de lo pensado, la luz del día se desvanece y la oscuridad empieza a crecer en la casa, y a pesar de que me apresuro a ir de alcoba a alcoba y enciendo las luces, todavía hay sombras en las esquinas y las noches son varias horas más largas que hace dos semanas. Pareciera que estoy a una distancia infinita de casa y de cualquiera que me importe. Me pregunto qué tan lejos estoy de Curazao.

Todo ha ido empeorando desde que el señor y la señora Martin se fueron. La cocinera se casó y se fue a vivir en un rancho en la cima de la colina. Es mucho, mucho más tarde de lo usual cuando llega a hacernos el café en la mañana, pero la cena está lista para las cinco de la tarde, para que la novia pueda irse lo suficientemente temprano para preparar la de su propia casa. Ayer cuando le llamé la atención por la excentricidad de sus horas para las comidas, me dijo: «En la mañana me dice que estoy muy atrasada, y en la tarde me dice que estoy muy adelantada; entonces ¿cómo se supone que sepa lo que usted quiere decir?». Cuando llegué por primera vez a El Cafetal y escuché a la señora Martin decir: «Bueno, tendré que despachar a la cocinera», el comentario comentario sonaba, a mis oídos desacostumbrados, muy amenazante. Desde entonces he aprendido que la cocinera se despacha tres veces al día y que el término no implica nada diferente a repartir arroz, manteca, plátanos y malanga; pero durante los últimos días, he deseado seriamente que pudiese llevar a cabo la idea en su significado en inglés en lugar del colombiano[23].

23. **N. del E.:** Cabe aclarar que, tal como recoge el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, *despachar* también significa, como en inglés, 'matar (quitar la vida)'.

Casi todos los hombres, mujeres y niños del lugar han aprovechado esta ocasión para desarrollar alguna dolencia, y mañana, tarde y noche vienen a mí para solicitar «remedios» que la señora Martin mantiene a la mano, y eso está muy bien porque ella sabe lo que son, y cuándo darlos y cuánto; pero yo no sé y no se debe experimentar con esas cosas. Las personas vienen a la puerta de la despensa y preguntan por un poco más de lo que la Niña Eva siempre les da de una botella azul, pero como hay cuatro botellas azules y yo no me siento competente para escoger entre ellas, me niego a darles remedio alguno, y luego me preguntan enfáticamente cuándo va a regresar la Niña Eva. No creo que haya algo malo con la mayoría de estos pacientes que solicitan tratamiento médico, pero hoy hubo un caso que fue muy serio. La empleada de la casa tuvo un «ataque» y espero que nunca, nunca más tenga que volver a ver otro. Un ataque es como una especie de convulsión, y en esta oportunidad se vio como una combinación de hidrofobia y trismo. El paroxismo de la joven fue tan violento que cuatro personas apenas podían sostenerla en la cama. Se puso tan rígida que la podían levantar de los hombros como si fuera un palo de madera; se dobló tanto hacia atrás que su cabeza y sus pies casi se tocaron; sus ojos estaban desorbitados; su rostro estaba horriblemente blanco a pesar de ser una india; le salía espuma por la boca y sus dientes se sellaron de tal forma que fue imposible forzar algo entre ellos. Luego de un rato, todo se calmó; luego ella se tendió y respiraba trabajosamente, y parecía como si no pudiera vivir ni un momento más. Sin embargo, al poco tiempo demostró un gran deseo de dormir y pensé que sería bueno para ella, pero las otras mujeres dijeron que sería peligroso permitírselo, así que la cargaron afuera y la obligaron a caminar de arriba abajo apoyándose en dos mujeres a sus costados. Gradualmente se fue pareciendo más a un ser racional, y ahora está bastante sana y tranquila. Está muy débil, pero sus dientes ya no están fijos; puede ahora recibir estimulantes y alimento, y me dicen que para mañana ella estará casi tan bien como siempre.

Si el señor cónsul me hubiera podido alertar sobre el hecho de que me iba a quedar sola con personas que sufrían de ataques, no

creo que me hubiera entusiasmado por venir; pero siendo las cosas como son, inclusive en medio de estas tristes experiencias, no lamento haber hecho el experimento. He estado en El Cafetal por casi un año ya. Me gusta la vida y estoy contenta de haberla vivido y de haber sentido por mí misma los rápidos y fuertes latidos de un nuevo país. «Estar en una nueva tierra con un viejo amigo». Me parece a mí que Kent lleva mucho tiempo en Curazao.

22 de mayo

Las cosas fueron de mal a peor hasta hace dos días. Luego un mozo subió una nota de la señora Martin en la que decía que Willie estaba mucho mejor y que habían decidido que no sería necesario quedarse en Santa Marta por más tiempo y que iban a subir al siguiente día, es decir, ayer. Estaba tan feliz que podría haber bailado de felicidad, pero solo canté mientras volaba por la casa alistando todo. Los niños estaban tan entusiasmados como yo, y juntos reunimos rosas y las pusimos por todas partes en las habitaciones e hicimos un pequeño fuego en la sala para que no hubiera la más mínima posibilidad de frío o humedad. El desayuno se solicitó para las doce, ya que sabía que los viajeros saldrían de Santa Marta muy temprano para no ser sorprendidos por las lluvias de la tarde. A las once y media la mesa ya estaba decorada con flores; todo estaba listo, y los niños y yo, en los trajes más limpios y frescos, comenzamos a mirar abajo hacia el camino, esperando el primer puntito en movimiento. Pero a las doce no había señal de nadie, ni a las doce y media, ni a la una. Alva comenzó a llorar y mi corazón se hacía denso y más denso a cada instante. A la una y media nos sentamos a desayunar, solos, ¡y cómo odiaba ver las flores!

—Oh, no importa —dije bastante alegre a los niños—. Seguro vienen mañana.

«Seguro que Willie empeoró», me dije a mí misma sombríamente. «No llegarán aquí en semanas, y mientras tanto, el mundo muy seguramente llegará a su fin».

Había comenzado a llover poco después de las doce y diluvió hasta las cinco. Luego, el sol salió brillantemente, y como la casa se sentía más y más sola toda la tarde, sentí como si no pudiera estar en ella un minuto más; entonces bajé a mi jardín. El día anterior, todo allí parecía ir perfectamente, todas las jóvenes plantas saltando hacia arriba en las lluvias de primavera, viéndose verdes y prósperas. Pero ahora noté que había gusanos comiéndose los corazones de los repollos; que alguien descuidado había pisado las enredaderas de los pepinos y había partido dos pepinos, y que todas las eras estaban desalentadoramente llenas de maleza. Deambulé por ahí un rato, y luego seguí un poco más allá del jardín bajo unos árboles de banano, fuera de vista de la casa y del camino. El sol había comenzado a bajar; sabía con qué terrible rapidez desaparecería una vez llegase al horizonte y vi que era hora de regresar con los niños y encender las lámparas en esas solitarias habitaciones. Las gotas de lluvia de las hojas de banano cayeron en mi cabeza a medida que subía la ladera, pero mi rostro ya estaba empapado en lágrimas; un poco más de agua no haría la diferencia. Justo cuando estaba pensando esto, escuché pasos apresurados detrás de mí. Me detuve y miré alrededor; y ahí, a la luz de lo que se había convertido en el atardecer más hermoso que he visto, estaba de pie lo que parecía ser un ángel; un mojado y muy embarrado ángel con figura de hombre en ropa de montar. Al mirarnos supongo que vio mis lágrimas, y yo vi algo en su rostro que hizo palpitar mi corazón. No hubo ninguna pregunta o respuesta entre nosotros; no parecía haber necesidad. Y exclamé: «¡Kent!, ¡Kent!», pero luego, por varios minutos, ninguna otra palabra fue dicha.

—Pero, pequeña —dijo Kent después de ese intervalo—, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? He invertido cada centavo que tengo y más en esa tierra allá arriba, y por los próximos cinco años, al menos, tengo que quedarme en ella. No habrá Europa.

Mi respuesta a esto fue, para una institutriz, la más vergonzosa. Si Carmelita hubiera dicho algo semejante, le habría señalado con mapas que la situación era geográficamente imposible.

—Por lo que a mí respecta —fue mi afirmación categórica—, Europa se puede quedar en el fondo del Mar Rojo.

Es evidente que a Kent no le entusiasma la geografía porque encontró mi afirmación satisfactoria en todo sentido. Pero en un momento o dos comentó en un tono pesaroso:

—Bueno, supongo que mejor subes a ver a la señora Martin.

—¡La señora Martin!

—Ciertamente.

—¿Dónde está?

—En la casa. Todos están allí

—No puede ser…

—Pero *están*.

—¿Cómo vinieron? ¿Por qué no vinieron antes?

—En mulas, como siempre. Porque debían ir tan despacio por Willie que los atrapó la lluvia y han estado en un rancho abajo toda la tarde, esperando a que aclarara. Tan pronto como sucedió, continuaron.

—¿Pero tú…?

—Yo llegué a Santa Marta a las once esta mañana y salí de allá a las doce. Alcancé a los Martin hace media hora, justo cuando iban saliendo del rancho de aquí abajo, y cabalgamos el resto del viaje juntos. Cuando llegamos aquí, los niños dijeron que tú estabas afuera en algún lugar cerca del jardín y me ofrecí a buscarte —como lo he hecho—… Ahora, ¿subimos a la casa?

Se diseñó y diagramó en la Editorial Unimagdalena.
Se imprimió en los talleres de Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S.
carrera 69H n.° 77-40. Bogotá D.C., Colombia.

En su composición se utilizaron caracteres Minion Pro.
Su portada va en papel esmaltado de 300 gramos y las páginas interiores en
papel book cream 60 gramos.
Tamaño 16 x 23 cm.